

BIBLIOTECA DE CIENCIAS PSIQUICAS

ERNESTO BOZZANO

LA VERDAD SOBRE
METAPSIQUICA HUMANA

REFUTACION DE
INTRODUCCION A LA MÉTAPSYCHIQUE HUMAINE

DE R. SUDRE

Magnetismo animal y fenómenos espíritas.- La mediumnidad de La señora Piper.- La metagnomía y la hipótesis espírita.- Fenómenos inexplicables por todas las teorías metapsíquicas.- Casos de identificación de difuntos desconocidos del médium y de los asistentes.- Apariciones de difuntos en el momento de la muerte.- Fenómenos de xenoglosía.- Fenómenos de bilocación en el momento de la muerte.- Fenómenos de materialización.- Correspondencias cruzadas, etc., etc.

Traducción de A. CHAMS D'OR
Digitalización Federación Espírita Española
<http://www.espiritismo.es>

Datos de Copyright

Sobre la obra:

La presente obra es puesta a disposición por el equipo de *ebook espirita* con el objetivo de ofrecer contenido para uso parcial en investigaciones y estudios, así como una simple prueba de la calidad del trabajo, con el propósito exclusivo de compra futura.

Queda expresamente prohibida y totalmente reprobable la venta, alquiler o cualquier uso comercial de este contenido.

Sobre nosotros:

El *ebook espirita* pone a disposición contenidos de dominio público y propiedad intelectual de forma totalmente gratuita, ya que considera que el conocimiento y la educación espírita deben ser accesibles y gratuitos para todos y cada uno. Puede encontrar más obras en nuestro sitio web www.ebookespirita.org



www.ebookespirita.org

LA VERDAD SOBRE
METAFISIQUICA HUMANA



FEDERACIÓN ESPÍRITA ESPAÑOLA
<http://www.espiritismo.es>

A propósito de la <Introducción al Estudio de la Metapsíquica>

No me entretendré en analizar el excelente tratado de Metapsíquica publicado por M. René Sudre y me limitaré a hacer observar que el autor ha logrado sintetizar, en un volumen de proporciones corrientes, una exposición completa, erudita y bien hecha, de todas las categorías de fenómenos metapsíquicas. Puede decirse con fundamento que su obra no sólo cumple la finalidad que el autor se había propuesto, sino que representa algo más que una Introducción al estudio de la Metapsíquica, y es de gran utilidad, aún a las personas competentes en la materia, por no ser frecuente hallar recopilada con tanta claridad y eficacia, la imponente masa de fenomenología examinada.

No lamento, desde el punto de vista de la fecunda propaganda que un tratado de esta especie puede ejercer en los centros científicos; no lamento, digo, el antiespiritismo superlativamente sofista del autor; en efecto, si no fuese así, su tratado perdería toda eficacia en los medios científicos, todavía dominados por los prejuicios materialistas.

Por el contrario, es natural que, desde mi personal punto de vista, diametralmente opuesto al sostenido por el señor Sudre, me disponga a analizar, discutir y refutar, una tras otra, las principales opiniones e hipótesis antiespíritas adelantadas por el autor, tanto más, cuanto que parece dominar bastante bien el tema y ser un pensador de indiscutible talento,. Se trata, pues, de un polemista habilísimo, con el cual es útil la discusión contradictoria, puesto que se presenta en la palestra provisto de las armas ofensivas más formidables de que se puede disponer en el campo en que milita.

CAPITULO I

<MAGNETISMO ANIMAL Y FENOMENOS ESPIRITAS>

Dicho esto, y sin más preámbulo, comienzo mi análisis crítico, señalando, primeramente, una afirmación inexacta, de carácter histórico, que el autor enuncia a propósito de los magnetizadores antiguos.

Dice:

Deleuze, y todos los magnetizadores no creían, pues, que hubiese una comunicación entre sus sonámbulas y unos seres invisibles. No comprobaban la realidad de las apariciones espontáneas, sino que las consideraban, siguiendo la opinión de la religión, como excepcionales; y en manera alguna creían en un posible comercio entre los vivos y los muertos. <<Pues bien; esta creencia general pasa a sus sujetos, que presentaron todos los fenómenos metapsíquicas completamente desprovistos de carácter espírita>>.

Haré notar que las comillas del último período son de autor mismo, que así demuestra cuánto interés teórico concede a la circunstancia señalada; pero ésta es históricamente inexacta, a tal punto, que su verdadera significación es diametralmente opuesta a la que supone el señor Sudre. Efectivamente, si se consultan los tratados de magnetismo animal, se hallan huellas de las prevenciones que abrigaban sobre este asunto los magnetizadores, prevenciones que se explican por su temor de que las manifestaciones de esa naturaleza, opusieran nuevos obstáculos a su tarea de convencer al mundo de las curaciones maravillosas obtenidas por las prácticas magnéticas. Pero no es menos cierto que, a pesar de estas prevenciones, las manifestaciones de entidades de difuntos por mediación del sonambulismo se realizaban con bastante frecuencia. El mismo Deleuze lo reconoce, en los siguientes términos, en su correspondencia con el doctor Billot:

<<No veo ninguna razón para negar la posibilidad de la aparición de las personas que, habiendo dejado esta vida, se ocupan de aquellos que les son queridos, y se les presentan para darles sanos consejos. Acabo de tener un ejemplo de esto; helo aquí...>>

Y Deleuze expone el caso de una sonámbula a la que su padre se manifiesta dos veces para aconsejarla sobre el esposos que debía elegir; sus consejos

indicaban la realización de un hecho que había de tardar en efectuarse, y que se realizó puntualmente en la época indicada. (Doctor Billot: Correspondencia sobre el Magnetismo animal, tomo III).

El doctor Billot contesta a Deleuze describiéndole un fenómeno maravilloso que le ha ocurrido a él mismo; el <<aporte>> de una planta medicinal, que cayó sobre las rodillas de su sonámbula por la intervención de una <<joven virgen>> que se manifestaba frecuentemente por medio de dicho sujeto.

Recuerdo, además, que el barón Du Potet, que sostenía frecuentes polémicas en el <<Journal du Magnetisme>> con sus colegas, cuando éstos se atrevían a publicar episodios de manifestaciones de difuntos, reveló sus íntimas convicciones, a este respecto, en una carta particular a Alfonso Cahagnet, que este último insertó en su obra:

<<Trata usted con veinte años de anticipación estas cuestiones, el hombre no está preparado para comprenderlas.>>

De esto resulta cuál era el motivo oculto de su pretendida incredulidad sobre el tema en cuestión, temía que los hombres de ciencia no estuviesen dispuestos a tomar en serio las manifestaciones de difuntos por mediación del sonambulismo, y que esto crease graves obstáculos a la misión, ya difícil, de convencer al mundo científico de las propiedades terapéuticas del <magnetismo animal>. Añadiré que cuando, varios años más tarde, el barón Du Potet habló en Londres con el reverendo William Stainton Moses, le confió, sin reticencias, sus convicciones espíritas, fundadas en los hechos que a él mismo le habían sucedido sin buscarlos. En aquella ocasión le ocurrió tener al mismo tiempo que a Stainton Moses la visión del espíritu de un hombre que se había suicidado algunas horas antes, lanzándose debajo de las ruedas de una locomóvil.

También recordaré que el magnetizador Alfonso Cabagnet obtuvo, con la sonámbula clarividente Adela Maginot, una larga serie de episodios de identificación personal de difuntos. Y hago notar a este propósito que dicha serie de manifestaciones pareció de tal importancia a Frank Podmore, que las estudió extensamente en un trabajo publicado por los Proceeding of the Society for Psychical Research.

Recuerdo asimismo, que el doctor Champignon, en su libro Fisiología, Medicina y Metapsíquica del Magnetismo, hace la siguiente observación:

El enfermo se encuentra, es decir, tiene el “aire” de encontrarse en comunión con un ser que nadie ve ni oye, que nadie toca, y que, sin embargo, se estaría casi tentado de creer que habla y responde.

El primero de estos hechos es extraordinario; el segundo, es abrumador.

Y en la página 363:

El primer sujeto magnético que hemos observado no respondía nunca a nuestras preguntas sin decir:<voy a consultárselo al otro>. Naturalmente, le preguntamos quién era el <otro>. Y nos respondió: <<Es el genio encargado de guiarme y de ilustrarme>>. Y, en efecto, aquel sujeto adquiriría, en estado de sonambulismo, unas facultades y conocimientos que le eran extrañas en la vigilia, y que no podían pertenecer más que a un ser superior.

El doctor Ricard en su Tratado de Magnetismo animal, escribe, página 275:

La primera sonámbula que me ofreció algo de notable en este género, se llamaba Adela Lefrey...Estaba terminando su cura, cuando, interrumpiendo nuevas indicaciones terapéuticas, me dijo, con acento singular: <<Bien oye usted que él me lo ordena. -¿Quién se lo ordena? -El. ¿No le oye usted? -No; nada veo, ni oigo. -¡Ah! Es natural; usted está dormido, mientras yo estoy despierta>>.

Y en la página 282, el doctor pregunta a su sonámbula:

<<¿Se acuerda usted de lo que ayer me dijo? -sí, -¿Quién es ese personaje misterioso? -El ángel de mi guarda... Mire, ahora habla con el de usted. -¿Está cerca de usted mi ángel guardián? -Sí, pero ahora, está más cerca de usted que de mí, y aunque usted no le vea, lo ilumina con sus consejos>>.

Haré notar, por último, que en el número de octubre de 1925 de La Revue Spirite he expuesto el caso muy interesante, del doctor Larkin, el cual habiendo puesto en estado de sonambulismo a una joven campesina, a fin de obtener informes diagnósticos sobre sus enfermos, obtuvo una larga serie de manifestaciones de entidades de difuntos, que, en su mayoría, le eran desconocidos. A éstos, el doctor Larkin les pedía su nombre y detalles de su vida, para proceder en el acto a una investigación severísima, que, constantemente, le demostró la autenticidad de las personalidades que así se habían manifestado, llegando a formarse la firme convicción de que su sonámbula estaba en comunicación con el mundo espiritual.

No continuaré desarrollando este tema, porque los ejemplos que he expuesto bastan para echar por tierra la primera afirmación antiespírita de nuestro autor, según la cual, los antiguos magnetizadores no creían en <<un comercio posible entre los vivos y los muertos, y que esta creencia pasó a sus sujetos, que presentaron todos los fenómenos metapsíquicas desprovistos de carácter espírita.>> Por el contrario, hemos visto que, a pesar de las prevenciones de los magnetizadores, las sonámbulas de la primera mitad del último siglo veían espíritus de difuntos, hablaban con ellos y presentaban pruebas de ello. En estas condiciones, las conclusiones que el autor establece, fundándose en esta

afirmación inexacta quedan irremisiblemente destruidas. Estas conclusiones tenían gran importancia, puesto que de ellas se deducía que, si los primeros experimentadores de la moderna mediumnidad no habían creído en los <espíritus>, los médiums – como antiguamente los sonámbulos, - tampoco habrían hablado con ellos. Lo que acabo de referir nos lleva a establecer, por el contrario, que los médiums habrían comunicado con los “espíritus”, puesto que los sonámbulos de la primera mitad del siglo anterior hacían lo mismo, a pesar de las prevenciones de los magnetizadores. Y si es verdad –como es, en efecto, indiscutible,- que, si la circunstancia señalada por el señor Sudre hubiese estado bien fundada, habría confirmado admirablemente su punto de vista, es decir, que todas las personalidades medianímicas no son más que el producto de la sugestión, combinado con la clarividencia del médium (prosopopeya-metagnomia), no es menos cierto que, puesto que la circunstancia en cuestión es de tal naturaleza, que prueba lo contrario de lo que el señor Sudre había supuesto, habrá que establecer una conclusión en un sentido diametralmente opuesto a aquél que él ha formulado. Esto es, que la circunstancia de que las antiguas sonámbulas comunicaban con frecuencia con personalidades de difuntos, a pesar de las prevenciones completamente contrarias de los magnetizadores, se transforma en una prueba admirable a favor de la realidad de estas personalidades como seres ajenos a las sonámbulas, y de la realidad análoga de las personalidades de difuntos que se manifiestan en nuestros días por intermedio de los médiums.

CAPITULO II

-A PROPOSITO DE LA MEDIUMNIDAD DE LA SEÑORA PIPER-

Al pasar a las experiencias hechas con la señora Piper, nuestro autor facilita singularmente su tarea recurriendo al sistema de citar todo lo que se ha obtenido de menos probante y negativo con este médium, sobre todo, en el curso de ciertos períodos de su larga carrera profesional, en los que se producía en ella una decadencia medianímica transitoria, pero pronunciada. En aquellos momentos, es evidente que no desempeñaba ya el papel de médium; era un sujeto sonambúlico, sugestionado en determinada dirección, o que podía ser sugestionado a su voluntad. Y esto ocurría tanto más, cuando los experimentadores eran ciertos hombres sedicentes científicos, de tal modo incapaces que, lejos de mantenerse mentalmente pasivos para no provocar interferencias de esta naturaleza, interrogaban deliberadamente al médium en trance con preguntas insidiosas, obteniendo así, precisamente, lo que buscaban, como lo habrían obtenido con sujetos hipnóticos. Pero el procedimiento es insensato, ya que nadie ha puesto jamás en duda la posibilidad de conseguir, por medio de sugerencias apropiadas, turbar y suprimir las delicadas condiciones medianímicas, siempre oscilantes y en estado de equilibrio inestable, trasformándolas en condiciones sonambúlicas propiamente dichas. De ahí la consecuencia de poder provocar a voluntad el fenómeno de la <<objetivación de tipos>>. Pues bien, sucedió que, un día, la señora Piper, sugestionada insidiosamente en el sentido de <<la personificación de un tipo>>, lo personificó a la manera de un sujeto hipnótico, mientras un sedicente <<espíritu-guía>> del médium parecía tomar seriamente la personificación; pero se comprende perfectamente que el pretendido <<espíritu-guía>>, era, a su ver, una personificación subconsciente que, por un efecto autosugestivo, había tomado el nombre de un <<espíritu-guía>> auténtico. Como era de prever en semejantes circunstancias, no se obtuvo ninguna demostración de identificación personal, ninguna prueba de conocimientos supranormales de otra naturaleza. El hecho

debió bastar al experimentador para hacerle comprender la diferencia existente entre un caso de <<objetivación de un tipo>> y la manifestación de una personalidad auténticamente espírita; pero el seudosofo no estaba en condiciones de poderlo comprender, y, por el contrario, se sirvió triunfalmente, para sus fines, de su pretendido admirable descubrimiento. Este, por lo demás, se reducía a una verdad elemental, dado que nadie ha discutido jamás que, en ciertas circunstancias, un sujeto en estado de trance no pudiese transformarse en un sujeto sonambúlico. Si se piensa que el profesor Hyslop, en una memorable polémica, demostró como debían interpretarse los hechos, sentando conclusiones definitivas, hay motivo para descorazonarse, comprobando que, aún hoy día, se persevera en resucitar aquellas experiencias inocentes y deplorables, como si Hyslop no las hubiese marcado con el sello de su inania.

En fin, aunque esta última observación demuestra cuán difícil es hacerse oír de aquéllos que se tapan los oídos, voy a probar, basándome en hechos, que con la señora Piper se obtuvo una multitud de casos de identificación de difuntos que son absolutamente inexplicables por la teoría de la <prosopopeya-metagnomia>, teoría que está lejos de ser nueva, puesto que bajo cubierta de estos recientes neologismos se encuentran las antiguas hipótesis de las <personificaciones sonambúlicas> y las <clarividencia telepática>; y aún si se quiere, se reconoce en ella la hipótesis de la <criptostesis>. Al emprender la tarea que me he impuesto, recordaré la máxima, científicamente sin réplica, de sir William Crookes: <<El valor teórico de cien experiencias **negativas**, queda literalmente aniquilado por una sola experiencia **positiva** bien observada.>>

Daré principio con un ejemplo que el señor Sudre refiere en su libro, aunque en forma abreviada, lo cual hace que desaparezca todo su valor teórico.

Jorge Pelma, incorporado en la señora Piper, reconoce a sus amigos entre las personas que le presenta, y les habla como lo hubiese hecho en vida.

Es cierto que la prueba fracasa con la señorita Warner, a quien él había conocido en su infancia, pero los esfuerzos que hace por recordar, le llevan a dar nuevas pruebas de identidad.

El episodio en cuestión, parece reproducido bastante fielmente, pero es preciso decir que, tratado según el punto de vista antiespírita del autor, ha sido resumido habilísimamente. Los que no hayan leído el texto no podrán imaginar que el incidente **negativo** de la señorita Warner contiene la prueba **positiva**, de que las hipótesis combinadas de la prosopopeya-metagnomia son impotentes para explicar el caso de Jorge Pelham.

Tenemos, pues, que reproducir el incidente de que se trata, resumiéndolo en parte y copiando íntegramente el resto.,

Como se sabe, a la personalidad medianímica de Pelham le fueron presentados, uno a uno, treinta de sus antiguos amigos, que se oyeron en el acto reconocer por

ella, sin que nunca una persona extraña fuese confundida con uno de los verdaderos amigos. No solamente Pelham llamaba a cada uno de ellos por su nombre, sino que le dirigía la palabra en tono diferente, como cuando vivía. (Obsérvese, a este propósito, que no hablamos de la misma manera a todos nuestros amigos, y que el carácter de nuestra conversación varía de tono según la naturaleza de las personas, su edad, la intimidad que con ellas tenemos y el aprecio o el cariño que por ellas sentimos.). Llegó, por último, la vez a una tal señorita Warner, una joven a la que Pelham había conocido cuando era pequeña, contando, ella, apenas ocho años. Pelham, no la identificó, y preguntó al doctor Hodgson quién podía ser. Hodgson le contestó que la madre de la joven era amiga de la señora Howard, a quien Pelham había conocido familiarmente. Dicho esto, se desarrolló el siguiente diálogo entre Pelham y la señorita Warner:

Pelham.—No creo haberla tratado a usted mucho.

Señorita Warner.—Muy poco, en efecto. Usted iba de vez en cuando a visitar a mamá.

P.—Supongo, pues, que también la he visto a usted.

Srta. W.—Sí. Yo le he visto a usted algunas veces. Iba usted acompañado de un tal señor Rogers.

P.—Realmente, el otro día, cuando la ví a usted por vez primera, pensé repentinamente en el señor Rogers.

Srta. W.—Así es, Pero usted no me habló nunca.

P.—A pesar de todo, no logro reconocer a usted... Mi más vivo deseo es reconocer a todos mi amigos... y siempre, hasta ahora, lo había logrado... Tal vez me encuentro ya demasiado lejos de la esfera terrestre. En una palabra, no puedo recordar su cara. Debe usted haber cambiado mucho, ¿verdad?

En aquel momento interviene el doctor Hodgson, diciendo: <<Vamos a ver: ¿no te acuerdas de la señora Warner?>>

La mano del médium tradujo una gran excitación.

P.—¿Ya lo creo que me acuerdo! ¿Sería usted su hija?

Srta W.—Sí; yo soy.

P.—¿Gran Dios, cómo ha crecido usted! Conocí muchísimo a su madre.

Srta. W.—Ella apreciaba mucho la conversación de usted.

P.—Teníamos las mismas aspiraciones.

Srta. W.— ¿Cómo escritores?

P.—Sí Y, dígame; así, ¿a conocido usted al señor Marte?

Srta. W.— En efecto, me he encontrado varias veces con él.

P.—Su madre comprenderá por qué hago alusión a él. Pregúntele si recuerda el libro que le presté.

Srta. W.—Está bien; se lo preguntaré.

P.—Pregúntele, también, si recuerda nuestras largas conversaciones por la tarde, en su casa.

Srta. W.—No sé si las recordará.

P.—Me hubiese gustado conocerla a usted mejor. ¿Es tan hermoso recordar el pasado con los amigos terrestres!

Srta. W.—Yo era una niña entonces, y no era posible que nos conociéramos mejor.

Tal fue el interesante episodio de no reconocimiento, por parte de Jorge Pelham, de una persona conocida por él cuando vivía. El doctor Hodgson observa lo siguiente:

No hay que olvidar que la sesión de que se trata tuvo lugar cinco años después de la muerte de Pelham, y que éste, en el momento de su fallecimiento, hacía tres o cuatro años que no había visto a la señorita Warner. Además, conviene repetir que ésta era una niña cuando la vio por última vez, y que, por lo tanto, no había sido nunca para él un amigo particular. Digamos, también, que la joven había cambiado completamente de aspecto desde hacía ocho o nueve años. Este interesante episodio de no reconocimiento inmediato por parte de Jorge Pelham, es, pues, absolutamente natural. Y si se tiene en cuenta que yo estaba perfectamente informado del nombre y del apellido de la señora Warner, y del hecho de que había conocido a Pelham, la circunstancia de que éste no la reconociera es el mejor argumento que podría esperarse a favor de la tesis de la existencia independiente de Jorge Pelham, puesto que contradice la hipótesis de una personalidad secundaria dependiente, para sus informaciones, de la conciencia y de la subconciencia de las personas vivas.

Cada cual puede juzgar que las consideraciones del doctor Hodgson contienen implícitamente la refutación de la hipótesis de la prosopopeya-metagnomia, que no es otra cosa, con un nombre nuevo, que la reproducción de las viejas hipótesis a las cuales se refiere en su crítica, Hodgson. Repito, pues, que si se hubiese tratado de una personificación subconsciente, auxiliada por las facultades clarividentes del médium, la personalidad en cuestión habría podido extraer de las subconciencias de los asistentes los informes que le eran necesarios para su mixtificación, o, dicho de otro modo, que hubiera debido reconocer inmediatamente, en la mujer que le presentaban, a la niña que Pelham había conocido en vida. ¿Por qué no lo logró, después de haber reconocido a todos los amigos que habían intervenido en las sesiones precedentes? ¿Qué consecuencias teóricas debemos deducir de este hecho? La respuesta no es dudosa: Si se hubiese tratado de una personificación subconsciente, ésta, en tales circunstancias, habría debido reconocer a la señorita Warner sin vacilar. Pero si, por el contrario, se trataba de la presencia real del espíritu de Jorge Pelham, éste no debía reconocerla, puesto que sólo la había conocido cuando era una niña, y en el tiempo transcurrido, la niña no se había hecho mujer. En otros términos, en la interpretación espírita de los hechos se observa un admirable acuerdo entre lo que debía producirse y lo que, en efecto, se produjo, mientras en la hipótesis opuesta se observa un desacuerdo desastroso, que se manifiesta precisamente en el momento crítico de la convalidación experimental de dicha hipótesis. Nos vemos, por consiguiente, forzados a determinarnos a favor de la hipótesis que explica realmente los hechos. Sin temor a errar, afirmo que, fuera de la hipótesis

espírita, no existe otra capaz de explicar los casos análogos a éste que acabo de exponer. Pues bien, los hechos de esta categoría se cuentan por centenares en las experiencias de la señora Piper.

De todos modos, como la fecundidad sofística de nuestros contradictores es tan considerable, no será inútil que la prevengamos, imaginando a qué objeciones podrían recurrir. Solamente veo dos.

He aquí la primera.

Se podría objetarme que las investigaciones metapsíquicas nos han enseñado que médium, o el sensitivo, perciben con dificultad una cosa pensada en un momento dado por el consultante, mientras que la misma cosa la perciben fácilmente, así que el consultante aparta de ella su pensamiento, es decir, que los sensitivos, en general, leen fácilmente en la subconciencia de los consultantes y con mucha dificultad en su mente consciente. Podríase, pues, presumir que, en el caso relatado, la personalidad sonambúlica no ha percibido los informes perdidos, por pensar en ellos los consultantes. Contesto a esta objeción especiosa diciendo que, si así fuese, no se lograría explicar los treinta incidentes de los amigos reconocidos precedentemente, aunque dichas personas tenían presente en su espíritu sus nombres, apellidos, parientes y cualidades, como sucedía a la señorita Warner y al doctor Hodgson. La objeción que así se formulase no tendría consistencia, y estaría contradicha por los hechos.

Abordando la segunda de las hipótesis presumibles, observaré que se me podría hacer notar que si la metagnomia existe, no se dice, sin embargo, que actúe permanentemente; podríase, pues, pensar que no ha funcionado en el caso que se discute.—Sea; admitámoslo, aunque el diálogo medianímico de que se trata puede, incluso, aclarar el detalle que nos retiene; pero admitámoslo, repito, por un momento. Y vemos surgir, formidable, la otra proposición del dilema, consistente en el hecho de que si, en el caso examinado, la metagnomia no funcionase, se formularía la pregunta:

¿Cuál era, entonces, el origen de los detalles verídicos suministrados por el comunicante sobre sí mismo?—En una palabra, o se supone que la metagnomia funcionaba, y entonces se adquiere la prueba de su impotencia para explicar los casos de identificación espírita, análogos al que he citado, o se sostiene que la metagnomia no funcionaba, y entonces, está claro que las pruebas de identificación personal suministradas por el comunicante procedían del espíritu del difunto, que se declara presente. No existen otras soluciones al dilema.

Habiendo comentado de una manera completa y decisiva este primer caso, contrario a la tesis prosopopeya-metagnomia, lo mismo que a todas las hipótesis naturalistas forjadas hasta la fecha para explicar casos de identificación espírita, voy a relatar otros ejemplos de la misma clase, tomados todos de las experiencias de la señora Piper, limitándome a hacer algunas aclaraciones, ya que los comentarios de orden general que acabo de exponer sirven para todos los casos que presento a continuación.

En este segundo hecho, la circunstancia in conciliable con la hipótesis de la prosopopeya-metagnomia consiste en esto: la personalidad comunicante se equivoca sobre la significación de una pregunta que le ha dirigido el experimentador, y responde citando hechos que, aun siendo exactos y apropiados, no corresponden a la pregunta; pero así que se da cuenta del error cometido, rectifica.

En el curso de una sesión a la que asistía el profesor James Hyslop, se manifestó una entidad que dijo ser su tío Carruthers, al cual preguntó el profesor:

—¿Podrías decirme algo a propósito de un paseo en coche que dimos poco después del fallecimiento de mi padre...? ¿Te acuerdas, James, del epitafio colocado...?
—¿Colocado, dónde? —En su tumba. —¿En qué tumba, tío mío? —En la de tu padre.
—Sí: lo recuerdo perfectamente. —¿Es a esa vuelta en coche a la que hacías alusión?
—No. —¿Entonces, hacías alusión a la visita que hicimos a Nannie? —Tampoco, tampoco. Cuéntame lo que nos sucedió en el curso de un paseo. —Ah!! Creía que hacías alusión al día en que colocamos el epitafio en la tumba de tu padre, <<pero veo que pensábamos dos cosas diferentes...>> Déjame reflexionar... ¿Te refieres a una tarde de domingo, después de comer? —Sí, tío mío; eso es. —Me acuerdo perfectamente... ¿Y tú, recuerdas el incidente? —En vez de esta palabra, entiéndase <rotura>. (Esta observación constituye una interpolación del espíritu-guía, <Rector>, el cual, como se sabe, se prestaba a servir de intermediario, con el fin de facilitar las comunicaciones). —<<Rotura>> está bien; continúa. —Espera un momento. James. He dicho que hubo una rotura; la ligué con... Cogí un cuchillo e hice un agujero... Luego, bien o mal, arreglamos las riendas con un cordel... (<Rector> interviene de nuevo, haciendo notar: Es víctima de la emoción, que apenas puedo entender sus palabras). —Después de esto, la entidad Carruthers comienza otra vez a exponer con frases entrecortadas, pero en una forma minuciosa y correcta, los detalles del incidente en cuestión.

Veamos ahora los comentarios del profesor Hyslop

El incidente de nuestra ida en carruaje al cementerio para ver el epitafio que yo había hecho poner en la tumba de mi padre, es verdadero, y había tenido lugar un año después de su muerte; pero yo lo había olvidado completamente y no lo recordé hasta que el espíritu de mi tío hizo alusión a él. En modo alguno pensaba, por lo tanto, en ello cuando le dirigí aquella pregunta especial... Constituye una circunstancia interesante del diálogo citado, el hecho de que la entidad se diese cuenta, señalándolo en seguida, de que ambos pensábamos en dos cosas diferentes... (American Proceedings).

Se trata, ciertamente, de un detalle teóricamente importante en su espontaneidad sugestiva, que nos hace pensar en un fragmento de conversación entre dos personas vivas que no se hubiesen comprendido en un principio. Estos incidentes parecen de poca monta, pero desde el punto de vista teórico hablan muy alto a favor de la existencia real de dos mentalidades independientes, y no pueden en absoluto conciliarse con la hipótesis de la prosopopeya-metagnomia. En otros términos, estos pequeños incidentes corresponden exactamente a los incidentes, no menos insignificantes, que en los tribunales de la justicia humana

sirven para ilustrar a los jueces hasta determinar la condena o la libertad del procesado.

Veamos otro episodio análogo, en el que la personalidad medianímica que decía ser el doctor Hodgson, se equivoca sobre el sentido de una pregunta que le dirige la señora William James, esposa del célebre psicólogo.

La señora James no había estado nunca en casa del doctor Hodgson cuando éste vivía, y si sólo una vez, después de haber muerto. Pensando en esta visita, le preguntó ella:

—¿Podría usted decirme cuándo estuve yo en su casa?

—¿Usted en mi casa? ¿A tomar el te, quizá? —No. —¿Tal vez para consultar allí algunos documentos? —No. —¿Acaso estuvo usted después de mi muerte? —Sí; fui a buscar algunos objetos que le habían pertenecido a usted. —Muy bien; esta es una hermosa prueba. Lodge y Piddington conceden mucha importancia a los incidentes en que no puedo acordarme de cosas que no han tenido lugar... (Proceedings, vol. XXII, pág. 103).

Esta última reflexión del doctor Hodgson constituye un rasgo muy característico del experto psiquista que había sido en vida. En efecto, desde el punto de vista teórico, no es posible dejar de conceder mucha importancia a los casos en que la entidad comunicante no se deja sugestionar por las preguntas que se le dirigen, de modo que, cuando no se acuerda, declara no acordarse. Y cuando se trata, como en el caso citado, de una falsa pista tendente a insinuar la idea de incidentes personales concretos, olvidados por el comunicante, pero que, en realidad, jamás han existido, la cuestión reviste una importancia mayor todavía, porque la sugestión en estos casos es lo bastante fuerte para ser acogida, incluso por personas vivas y normales. Esto hace que, en esta circunstancia, el hecho de no recordar cosas que no han sucedido, demuestra la presencia de una individualidad independiente, la cual, como es natural, no puede ser otra que la del difunto que dice hallarse presente.

Observemos, además, la espontaneidad, tan natural, del diálogo. Ya por su primera exclamación: <<¿Usted en mi casa?>>, demuestra claramente Hodgson no recordar que la señora James hubiese ido nunca a verle, y luego, no confiando en exceso en su memoria de <<espíritu comunicante>>, continúa preguntando con la misma perplejidad que hubiese empleado un simple mortal. A nuestro modo de ver, si se hubiese tratado de <<prosopopeya-metagnomía>> la personalidad mixtificadora hubiese debido discernir inmediatamente la intención de la señora James, en lugar de llegar a ella, procediendo por eliminación.

Veamos, ahora, otros incidentes análogos e interesantes, que, por exigencias de brevedad, relataré reproduciendo el excelente resumen hecho por M. Sage en la obra que consagró a las experiencias de la señora Piper.

Cuando vivía en Ohio, Roberto Hyslop, padre del profesor Hyslop, tenía por vecino tal Samuel Cooper. Un día, los perros de éste mataron cierto número de carneros de Hyslop, originándose con este motivo una querrela que duró varios años. En una sesión en que el doctor Hodgson reemplazaba al profesor Hyslop, el consultante presentó una pregunta que el profesor le había enviado por escrito, y por la cual pretendía llamar la atención de su padre sobre los incidentes de su vida mientras residió en el Oeste. La pregunta era la siguiente:

¿Se acuerda usted de Samuel Cooper, y podría decirnos algo de él?*. El comunicante respondió: <<James se refiere al antiguo amigo que tuve yo en el Oeste. Recuerdo perfectamente las visitas que nos hacíamos y las largas conversaciones que sosteníamos sobre temas filosóficos>>. En otra sesión, en la que todavía estaba solo el doctor Hodgson, volvió sobre la misma idea: <<Yo tenía un amigo llamado Cooper, cuyo espíritu se inclinaba a la filosofía; sentía por él un gran respeto. A menudo discutíamos amistosamente; sostuvimos correspondencia, y guardé varias de sus cartas, que es posible encontrar>>.

Otro día, estando presente el profesor Hyslop, el comunicante dijo:

<< He tratado de acordarme de la escuela de Cooper>>. Volvió al siguiente día, y dijo: —Me has preguntado, James, qué sabía yo de Cooper. ¿Has tenido en cuenta que ya no era mi amigo? Yo había conservado varias de sus cartas, creí que las había leído.

En nada de esto el profesor Hyslop hallaba la huella de Cooper. No sabía que pensar. Presentó entonces una pregunta directa, para fijar la atención de su padre en el tema en que él pensaba: **Yo quería saber si te acordabas de los perros que mataron a nuestros carneros. —¡Oh! Perfectamente. Esa fue la causa de nuestra desavenencia. Pero la había olvidado. No pensé en él desde el primer momento, porque no era ni pariente ni amigo mío. Si hubiese comprendido que era de él de quién querías hablarme, habría hecho un esfuerzo para recordar. Está por aquí, pero lo veo poco.**

Este episodio es interesante. Todo lo que Roberto Hyslop ha dicho al principio a propósito de Cooper, no se refiere para nada a Samuel Cooper, sino, por completo, a un antiguo amigo de Roberto, el doctor José Cooper, con el cual, en efecto, había sostenido muchas polémicas filosóficas, y se habían escrito. El profesor podía haber oído el nombre del doctor, pero ignoraba en absoluto que hubiese sido íntimo amigo de su padre. Fue su suegra la que le informó de estos detalles, en el curso de la encuesta que hizo cerca de sus parientes para aclarar los incidentes de unas sesiones para él oscuras. Como se ve, los desencarnados pueden equivocarse como nosotros.

Pero he aquí el incidente más dramático. El profesor Hyslop, recordando que su padre calificaba de catarro su última enfermedad, mientras que él, James Hyslop, consideraba que era un cáncer de la laringe, hizo al consultante una pregunta calculada para traer a colación la palabra **catarro**. Sirviese en esta pregunta de un término en doble sentido, que tiene en francés equivalente en los dos sentidos a la vez, lo que hace que yo no pueda traducir la pregunta de una manera inteligible. La palabra es **trouble**, que, a la vez, significa aflicción física y mala inteligencia, error. Esta palabra dio lugar, por parte del comunicante, a una curiosa equivocación, que la hipótesis de la telepatía explicaría difícilmente. El comunicante, apesadumbrado, contestó:

—No recuerdo, James, que nunca hubiese habido entre nosotros una mala inteligencia; creo que siempre habíamos sentido el uno por el otro la más viva simpatía. No recuerdo ninguna mala inteligencia entre los dos. Dime a propósito de qué era. Debes estar equivocado; era con otro. —No me has comprendido, padre; quería hablarte de tu enfermedad. —¿Ah! Muy bien. Comprendo. Sí; padecía del estómago. —¿No sufrías de otra cosa? —Sí; del estómago, del hígado y de la cabeza. Respiraba con gran dificultad. El corazón, James, el corazón me hacía sufrir. ¿No te acuerdas de la dificultad con que respiraba? Y aún creo que era el corazón el que me hacía sufrir más; el corazón y los pulmones. Parecía que algo me oprimiese el pecho y me ahogase. Pero, por fin, me dormí.

Un poco más adelante añade:

—¿Sabes que la última cosa de que me acuerdo es de haberte oído hablarme? Fuiste el último que me habló. Recuerdo muy bien haber visto tu cara, pero estaba demasiado débil para contestarte.

Este diálogo desconcertó, al principio, al profesor Hyslop. Había intentado hacer decir a su padre la palabra catarro, nombre de la enfermedad que él creía sufrir. Sólo un poco más tarde, al releer el acta de la sesión, se dio cuenta de que su padre había descrito, en términos bien suyos, las últimas horas de su vida. Una vez más se había equivocado. El médico había señalado un dolor al estómago a las siete de la mañana; a las nueve y media, los latidos del corazón se hicieron cada vez menos sensibles; poco después la dificultad de respirar se hace inquietante y el moribundo expira. Al cerrarle los ojos, su hijo James dijo: Todo ha terminado. Fue el último que le habló. Este último incidente parece indicar que la conciencia persiste en los moribundos mucho más tiempo de lo que se había creído.

Hay que tener en cuenta que en el último caso citado, además de los episodios en que el comunicante se equivoca sobre las preguntas que se le dirigen, y contesta en consecuencia-actitud inexplicable por la hipótesis de la prosopopeya-metagnomia, hallamos un episodio análogo al precedentemente referido, en el que el comunicante no se deja sugestionar por las preguntas que se le dirigen; es

decir, que por las preguntas que se le hacen se le inclina a suponer que no puede acordarse de acontecimientos importantes de su vida, y, a pesar de ello, se muestra seguro de sí mismo y se niega a admitir dichos olvidos. En efecto, habiéndose equivocado el comunicante Roberto Hyslop sobre la significación de una palabra, y creyendo que su hijo hacía alusión a una mala inteligencia sobrevenida entre los dos, dice, con expresión de dolor: **No recuerdo, James, que nunca haya habido entre nosotros una mala inteligencia; creo que siempre habíamos sentido el uno por esotro la más viva simpatía. No recuerdo ninguna desavenencia entre los dos. Dime a propósito de qué era. Debes estar equivocado; era otro*.**

A nadie escapará la elocuente espontaneidad de este lenguaje, lo mismo que la importancia teórica de semejantes episodios, solamente comprensibles con ayuda de la hipótesis espírita.

En este otro ejemplo, la inaplicación de las hipótesis prosopopeya-metagnomia, surge del hecho de que la personalidad comunicante habla de las últimas particularidades que ella recuerda en su lecho mortuario, y que coinciden con ciertos movimientos que indican la conciencia de sí misma, sin invadir el campo de los recuerdos complementarios, presentes en el pensamiento del interrogador, recuerdos, efectivamente, poco conciliables con las condiciones comatosas en que se hallaba la persona moribunda.

En una sesión interesantísima en que la entidad comunicante era la esposa del profesor Hyslop, dijo ésta, dirigiéndose a su marido:

—¿Te acuerdas de la noche que precedió a mi muerte? Tú estabas sentado conmigo, o cerca de mí; pero, aparte esto, apenas recuerdo otra cosa.

—Yo me acuerdo perfectamente, María.

—Tú cogiste mi mano. ¿Te acuerdas?

—Sí; distintamente.

—Y yo me acuerdo de muy poco, por el contrario. No siendo en un principio fácilmente legible esta frase, *Rector* explica:

—Ha querido decir que recuerda poco el incidente y que *él* debe saber más.

El profesor Hyslop comenta así:

Mi esposa empeoró en la mañana del viernes. Pasó al estado de inconsciencia (en lo que nos es dado presumir), en la noche del miércoles, a las once, y, aparentemente, permaneció en este estado hasta su muerte. La tarde del jueves, si mi memoria no falla (tomé nota del hecho inmediatamente después de su muerte), encontrándome a su cabecera, la cogí una mano y quedé sorprendido de comprobar que, si hacía cierto signo, me demostraba de una manera evidente tener conciencia... A fin de no aminorar el valor de ulteriores alusiones todavía posibles a este incidente, me abstengo de relatar cómo me conduje en aquella circunstancia. De momento, baste saber que el contenido del mensaje es exacto y que resulta probable y natural que ella recuerde pocas cosas fuera de los detalle comunicados... En estas condiciones, ¿cómo habría podido la telepatía circunscribir los límites del estado comatoso en que se hallaba la supuesta comunicante, hasta saber distinguir los detalles conciliables con sus condiciones

de aquéllas propias de mi solamente? ¿Por qué no dar los demás detalles complementarios? ¿Por qué detenerse tan oportunamente?.(American Proceedings of the S. P. R.) vol. IV pág 545.

En efecto, si se tiene en cuenta que los detalles complementarios de que se trata, estaban presentes en el espíritu del consultante, ni más ni menos que los demás referidos, no se podría comprender verdaderamente el misterio de una elección tan sabia por parte de la... prosopopeya-metagnomia.

Al llegar a este punto veo que se ha alargado demasiado la lista de los ejemplos contradictorios a las malhadadas hipótesis objetadas; me limitaré, pues a resumir otros dos ejemplos.

En las sesiones experimentales con miss Macleod, una hermana de ésta, llamada Etta, se manifestó. Cuando vivía y sufría del mas que la llevó a la tumba, creía padecer de una enfermedad del estómago, mientras que sus familiares sabían que se trataba de una enfermedad del corazón. Pues bien, en el mensaje medianímico hizo, entre otras cosas, alusión a la causa de su muerte, y dijo que había sido motivada por una enfermedad del estómago. (Proceeding of the S. P. R., vol XIII, pág.351)

¿Cómo conciliar fácilmente esta clase de errores con la hipótesis de la prosopopeya-metagnomia? Miss Macleod conocía la verdad, los parientes ausentes, también, ni la metagnomía con los presentes, ni la metagnomía con las personas ausentes, bastarían para explicar el incidente.

¿Y cómo acordar la prosopopeya-metagnomia con este otro incidente? En el admirable caso de identificación de los hijos gemelos de los esposos Thaw, el espíritu-guía, Phinuit, que aseguraba verlos ante él con las apariencias que en la tierra les eran propias, cometió, primeramente, el error singular de creer que la niña Ruthy era una muchachito. Pues bien, en vida, todo el mundo la toaba por un niño. (Proceedings, vol., XIII, pag. 384).

A propósito de esta última coincidencia verídica, la confusión en que incurrió Phinuit no habría necesidad de ser comentada, si se quisiese tomar al pie de la letra su propia afirmación de que veía al niño ante él en la misma forma que tenía cuando vivía; pero nada por el contrario explicarían las hipótesis de la prosopopeya-metagnomia, si se considera que los padres, presentes, conocían el sexo de su hijita, y que hubiesen debido poner en guardia, telepáticamente, al espíritu-guía, Phinuit.

Antes de terminar con la mediumnidad de la señora Piper, conviene tocar otro hecho negativo ocurrido den las experiencias con dicha médium. El señor Sudre concede a este episodio gran importancia, considerándolo como una prueba decisiva en apoyo de su tesis. Cuesta trabajo creer que no se haya dado cuenta de

que el caso de que se trata, aunque negativo, es desastroso como ninguno para la hipótesis de la prosopopeya-metagnomia.

Como es sabido, la personalidad medianímica que decía ser el espíritu de Myer no logró revelar el contenido de un pliego lacrado que el eminente psiquista dejó antes de morir, a fin de poder probar, luego, medianímicamente, su identidad. Esto, desde el punto de vista espírita puede ser fácilmente explicado por las consideraciones expuestas por el profesor Hslop relativas a las interferencias perturbadoras que se producen en el acto de comunicar, pero no tenemos que ocuparnos de ello en este momento. Lo que me interesa hacer notar es que, a consecuencia de las tentativas que tuvieron lugar, las personas que dirigían la Society for Psychical Research, depositarias del pliego, se decidieron a abrirlo, y leyeron su contenido. De esto se sigue que, a partir de aquel instante, había varias subconciencias humanas perfectamente informadas sobre aquel tema, lo cual quiere decir, que, si realmente la mediumnidad de la señora Piper consistía en una forma de metagnomía combinada con la prosopopeya, habría debido descubrir, y relatar, el famoso secreto en una u otra de las subconciencias, tanto más, cuanto que las personas informadas de él se encontraban a menudo presentes a las sesiones que se celebraron después de la apertura del pliego. Por el contrario, nada, absolutamente nada fue revelado nunca.

Lo mismo puede decirse del caso de la señora Blodgett, con esta notable particularidad: que después de la apertura del pliego, y comprobado el fracaso, se continuaron las sesiones, con la esperanza de lograr dicha finalidad, aunque fuese demasiado tarde; se renovaron, pues, las tentativas por parte de la personalidad comunicante, o, si se quiere, del médium en trance, para obtener la revelación del contenido, ya conocido de la señora Blodgett y del profesor William James, pero nunca se logró nada.

Está, por lo tanto, demostrado que, en los casos que hemos citado, y a pesar de las circunstancias favorabilísimas, la señora Piper no consiguió captar telepáticamente el pensamiento consciente y subconsciente de los asistentes, y mucho menos el de los ausentes. De esto resulta que la hipótesis de la prosopopeya-metagnomia está en contradicción, una vez más, con los hechos en el ejemplo de la señora Piper, y debe ser considerada como inaplicable en nuestro caso, lo cual equivale a decir que los incidentes de identificación personal de difuntos que se produjeron con la señora Piper, deben ser considerados como auténticamente espíritas.

Una observación todavía. La totalidad de los casos aquí citados, que representan variadas formas de manifestaciones inexplicables por toda hipótesis naturalista, me ofrecen la ocasión de formular una conclusión de orden general, que reviste un excepcional valor teórico: si entre los metapsiquistas puros se rechaza la explicación espírita de los casos de identificación de difuntos, es porque están sinceramente convencidos de que el simple hecho de la existencia de la metagnomia (o clarividencia, o criptostesia), como quiera llamársela),

convierte en científicamente superflua la hipótesis espírita, puesto que los casos de que se trata serían todos explicables por medio de las facultades supranormales, inherentes a la subconciencia humana. Pues, bien; no hay nada de esto. Esta opinión, fruto de un análisis superficial de los hechos, se ha convertido en un prejuicio completamente erróneo y deplorable, que es necesario combatir enérgicamente, si se quiere dirigir las investigaciones metapsíquicas por la senda de una justa orientación. Hemos visto, en efecto, que en todas las circunstancias análogas a aquéllas que he citado, los hechos de identificación personal de difuntos no pueden, de ningún modo, explicarse por la metagnomía.

Hemos visto al propio tiempo, que en las circunstancias más arriba mencionadas, pueden distinguirse fácilmente los casos espíritas de los que no lo son, o, con más precisión, de aquéllos que no presentan en tal sentido garantías suficientes. En este estado de cosas, en vez de establecer la conclusión de que gracias a la prosopopeya-metagnomía, se logra explicar todos los casos de identificación de difuntos, se tendrá que convenir que todos los casos de identificación de difuntos, que contengan episodios análogos a los que ya he citado, deben ser considerados como auténticamente espíritas, según experimentalmente se ha demostrado. Quienes sostengan un parecer contrario, están obligados a justificar sus opiniones, refutando los argumentos expuestos los que a continuación expongo.

CAPITULO III

ANALISIS CRITICO DE UN PARRAFO SOFISTICO

Lamento vivamente tener que interrumpir aquí el examen de los argumentos erróneos que nuestro autor prodiga profusamente con motivo de las experiencias de la señora Piper. De continuarlo, habría resultado un análisis crítico muy instructivo. Pero por dos razones distintas me veo en la necesidad de terminar; primeramente, porque el camino que tengo que recorrer es aún muy largo; segundo, las inexactitudes, las afirmaciones gratuitas, las observaciones erróneas, los sofismas y los paralogismos que el autor siembra a manos llenas en su obra, son en tan gran número, que un volumen de las dimensiones de éste, apenas bastaría para exponerlos y refutarlos. Ante tal situación no me queda otro sistema de refutación que el que ya he adoptado; es decir, demostrar por medio de hechos que en la exposición de las experiencias hechas con la señora Piper se encuentran numerosos incidentes inexplicables por la hipótesis de la prosopopeya-metagnomia, lo cual bastaría para echar abajo, de un solo golpe, el castillo de sofismas y paralogismos tan laboriosamente edificado por el señor Sudre.

Desgraciadamente, en el momento de querer continuar mi tarea me he dado cuenta de que la misma dificultad insuperable se alza en cada una de las páginas del libro, superlativamente parcial, siendo casi imposible hacer una elección entre las principales objeciones que deben ser refutadas: son demasiado numerosas. Las inexactitudes, las afirmaciones gratuitas, los sofismas y los paralogismos, enredados, como serpientes, unos en los otros, están, a veces, acumulados por docenas en una sola página. Véase una pequeña prueba. El autor, en la página 338, nos obsequia con este asombroso párrafo:

Hoy los espíritas se han visto obligados a reconocer que, por una parte, la metagnomia, la telergia y la teleplastia pueden ejercerse sin hacer intervenir a los muertos; y, por otra, que el fenómeno espírita está siempre mezclado de animismo, es decir, de elementos tomados al subconsciente de los vivos. Disputan todavía sobre algunas categorías de fenómenos en los cuales se han atrincherado, declarando que no pueden ser explicados por las teorías metapsíquicas, o bien se apoyan atrevidamente en el animismo para probar el espiritismo, sin estar en condiciones de establecer el límite de separación entre uno y otro; pero los espíritas no cegados por el fanatismo, y que posean suficiente

cultura científica, renuncian a ver en los hechos pruebas cruciales. Saben que sus presunciones serán aceptadas como pruebas según el sentido que se tiene (de las probabilidades dramáticas de la Naturaleza), repitiendo la expresión original de William James. Como Myers, como Geley, piden el acta de fe necesaria a un sistema metafísico, edificado partiendo de la Metafísica como una ciencia y aún de postulados morales. El llamado espiritismo *científico* , inaugurado por Delanne, parece haber fracasado, y no ha quedado, para la masa, nada más que el viejo espiritismo moral de Allan Kardec, que, por lo demás, no es malo en sí mismo, y proporciona a los que sufren consoladoras ilusiones.

No hay en este pasaje una sola afirmación que no sea errónea o gratuita, insidiosa o sofística. Primero, escribe el señor Sudre: <<Hoy los espíritas, se han visto obligados a reconocer que, por una parte, la metagnomía, la telurgia y la teleplastia pueden ejercerse sin hacer intervenir a los muertos>>. Pero los espíritas lo han reconocido siempre. Fue precisamente un espírita, Alejandro Aksakof, quien, hace cuarenta años, clasificó los fenómenos medianímicos en tres categorías: **Personismo, Animismo, y Espiritismo**, demostrando que las dos primeras categorías provenían de facultades supranormales inherentes a la subconciencia humana, sin ninguna intervención de entidades de difuntos, ¿Cómo, pues, es posible que se diga que los espíritas se han visto obligados hoy a reconocer este hecho?

Prosigue el señor Sudre, afirmando que—siempre <<hoy>>, —los espíritas se han visto obligados a reconocer que el fenómeno espírita está siempre mezclado del animismo, es decir, de elementos tomados a la subconciencia de los vivos. Haciendo caso omiso de ese siempre mezclado en el que la palabra siempre está de más, afirmo que, por el contrario, los espíritas han reconocido tal hecho desde los albores del espiritismo. Véase, como ejemplo, cómo se expresa un espírita de los de primera hora, Adin Ballou, en la página 67 de su libro <<Spirit Manifestations>>, publicado en 1852:

Realmente, lo que pasa a través del médium debe ser en gran manera susceptible de ser influenciado por los espíritus de los vivos.

Las ideas preconcebidas, la voluntad, los sentimientos, los conceptos particulares de los experimentadores, no pueden menos de ejercer una influencia, más o menos sensible, en las comunicaciones que los espíritus se esfuerzan en transmitir utilizando el cerebro de un vivo. Incluso las influencias mesméricas y psicológicas de las mentalidades de los experimentadores, que dominan la mentalidad del médium, deben igualmente ejercer un efecto perturbador análogo. De esto se deduce que ciertas comunicaciones procedentes de espíritus elevados son transmitidas, o, mejor, traducidas, en una forma vulgar, muy a menudo completamente diferente de aquélla que el espíritu comunicante deseaba hacer. Algo semejante al caso en que un francés comunicase con un inglés por mediación de un intérprete danés, que sólo tuviera un conocimiento rudimentario de sus lenguas. El interlocutor inglés se vería muy apurado para sacar algún sentido del mensaje transmitido. En los casos de esta naturaleza, no podemos estar seguros de que la comunicación recibida sea análoga a la que el espíritu comunicante se proponía transmitir.

Así escribía Adin Ballou hace setenta y cinco años, y sus afirmaciones se encuentran en las obras de Capron (1853), de profesor Robert Hare (1855), de Aksakof (1859); pero para el señor Sudre únicamente hoy es cuando los espíritas se han visto obligados a reconocerlo, gracias a la luz difundida por las investigaciones de los metapsiquistas de estos últimos tiempos.

Continuemos. Nuestro autor dice: <<Disputan todavía sobre algunas categorías de fenómenos en los cuales se han atrincherado, declarando que no pueden ser explicados por las teorías metapsíquicas. Las <<algunas categorías inexplicables por la teoría metapsíquica>>, son, más pronto, las más numerosas y es lógico que los espíritas las declaren inexplicables por las hipótesis naturalistas, puesto que, en efecto, los son, y los metapsíquicos antiespíritas lo comprenden tan bien, que aparecen apurados, y evitan prudentemente discutir las contentándose con hacer alusión a ellas por medio de generalidades no concluyentes, y aun no mencionándolas siquiera, lo cual es más fácil todavía. Esto no impide que los metapsiquistas de que hablamos continúen haciendo valer sus argumentos antiespíritas, como si hubiesen traductores. Más adelante, volveremos sobre este punto, que ofrece particular interés.

La continuación del párrafo cuyo examen hemos emprendido, es curiosa, más que nada. Efectivamente, por ella sabemos que los espíritas se apoyan atrevidamente en el Animismo para probar el Espiritismo, sin estar en condiciones de establecer el límite de separación entre uno y otro. La primera parte de esta objeción es estupefactiva; la segunda, errónea. Yo me cuento entre aquéllos que desde hace más de treinta años se apoyan atrevidamente en el Animismo para probar el Espiritismo. En los números de noviembre-diciembre de 1925, y en el de enero-febrero de 1926 de la Revue Spirite, publiqué un largo artículo rigurosamente documentado, cuya finalidad era demostrar que, desde el punto de vista de la existencia y supervivencia del alma, el Animismo era mucho más importante y decisivo que el mismo Espiritismo. Y en aquel mismo artículo hacía resaltar la circunstancia elocuentísima de que Franck Podmore, el más encarnizado adversario de la hipótesis espírita, había reconocido esta verdad en los siguientes términos:

Sea o no verdad que las condiciones del Más Allá permitan a los que en él se encuentran entrar, a veces, en relación con los vivos, de todos modos, resulta claro que esta cuestión tendría una importancia secundaria, si se lograra demostrar, a base de las facultades inherentes al espíritu, que la vida del alma no está ligada a la del cuerpo. En otros términos, se debe necesariamente admitir que, si es cierto que en el sueño medianímico, o extático, el espíritu conoce lo que se produce a distancia, percibe cosas que están ocultas, prevé el porvenir y lee en el pasado como en un libro abierto, entonces, considerando que estas facultades no han sido, ciertamente, adquiridas en el proceso de la evolución terrestre, cuyo medio no está adaptado a su ejercicio, y cuya emergencia no se justifica, entonces, digo, parece que sea lícito inferir de ello que estas facultades demuestran la existencia de otro mundo más elevado, en el cual ellas deberán actuar libremente, en armonía con otro ciclo evolutivo que ya no estaría regido por nuestro medio terrestre...

“Es de importancia añadir, que la teoría aquí bosquejada no es, en modo alguno, una especulación filosófica fundada en suposiciones improbables; es una hipótesis científica fundada en la interpretación de una clase concreta de hechos. Inútil sería discutirlo, si se pudiese demostrar la autenticidad de los fenómenos de precognición, de clarividencia, y todos los demás probando que en nuestro espíritu existen facultades psicosensoriales trascendentales, entonces el hecho de la independencia del espíritu del cuerpo sería manifiesta.”

De forma que, según Podmore, sería inútil discutir la supervivencia del alma, si se probase la existencia de los fenómenos de la metagnomía. ¡Esto es lo que yo he sostenido siempre! ¿Qué opina de ello el señor Sudre? ¡Cuán amarga debió ser su decepción cuando supo, por mi precedente artículo, que el mismo Podmore pensaba, atrevidamente, que el Animismo prueba el Espiritismo! Lo más trágico en la situación del señor Sudre, es que, al menos, Podmore se hacia la ilusión de reducir todos los fenómenos, metapsíquicas a la telepatía solamente, y, por consiguiente, podía negar los fenómenos de metagnomía propiamente dichos, con lo cual se sentía seguro en su calidad de campeón mundial del antiespiritismo, mientras no puede uno imaginarse cómo saldrá del atolladero el señor Sudre, que está convencido de la existencia de las facultades supranormales en cuestión. ¿Cómo se las arreglará para salvar del naufragio su frágil barquichuelo del antiespiritismo materialista? Su débil embarcación está destinada a zozobrar miserablemente en corto plazo, pero de momento, su piloto se lisonjea de mantenerla a flote, empleando para ello cierto número de vejigas llenas de aire. Pero estas mismas tan inconsistentes que no podrán resistir un instante el furor de las olas. Digamos, para abandonar la metáfora, que estas vejigas de que habla están representadas por las frases efectistas que lanza a voleo cuando se encuentra frente a un argumento que no puede afrontar directamente, porque, en el fondo, reconoce que es irrefutable. En la circunstancia de que hablamos, es decir, en la demostración del Espiritismo por el Animismo, sale del paso por medio de una de esas frases de efecto, interpolando en el período la palabra atrevidamente, con lo que quiere insinuar la idea de que las pretensiones de los espiritistas, a este respecto, son injustificadas y temerarias. Debe comprender, seguramente, que esas frases de efecto no son argumentos ni razones y duran lo que duran, pero él se envanece de que, al menos, produzcan cierta impresión deletérea en el ánimo de los lectores precipitados o poco al corriente de la materia que se discute. Y desde este punto de vista es posible que tenga alguna vez razón. Sin embargo, esto no impide que, si no puede contestar de otro modo a los sólidos argumentos de los espiritistas, quede demostrado que su causa está irremediabilmente perdida. Y su libro pulula de frases de efecto, que también se encuentra aquí y allí en sus artículos. Más de una vez me han chocado los romos dardos de sus frases efectistas, que, más que otra cosa, me han divertido, que, en las circunstancias que los han provocado, no representaban más que una muy pobre satisfacción, para aquél que me las había disparado. Mi contradictor no se atrevió a contestar

a la refutación de una de su tesis, después de haber imprudentemente anunciado una pronta respuesta, que, por lo demás, debía ser muy fácil.

Se ve que, al llegar el momento la cosa le pareció, por el contrario, muy difícil, o, para ser más exacto, se adivina perfectamente que se había dado cuenta un poco tarde de que era lógicamente imposible refutar mis argumentos. No por ello ha dejado el señor Sudre de seguir utilizando la hipótesis reducida a la nada, como si hubiese contestado y refutado a fondo mi argumentación.

Volviendo a nuestro tema, repito, que si el señor Sudre lanza ahora una de sus frases de efecto a propósito de la afirmación irrefutable de que el Animismo prueba el Espiritismo, no me causará gran impresión, limitándome a invitar, formalmente a mi contradictor en nombre de la investigación sincera de la Verdad por la Verdad; a que nos informe sobre la manera cómo explica él la existencia, en la subconsciencia humana, de facultades, de sentidos supranormales independientes de la ley de evolución biológica. Y que nos informe de la única forma posible; destruyendo los argumentos que he expuesto en el artículo que he citado, y que puede leer en la Revue Spirite; en ese artículo demostraba yo, de un modo decisivo, que cada vez que los contradictores se imaginan combatir la hipótesis espírita recurriendo al poder de la metagnomía, no hacen otra cosa, en realidad, que demostrar la existencia y la supervivencia del alma, colocándose en el punto de vista del Animismo con preferencia al del Espiritismo, que, en resumen, viene a ser lo mismo.

Espero la respuesta de mi contradictor, aunque sinceramente declaro que de antemano estoy convencido de que se guardará muy bien de contestar a dicha cuestión, que tiene un valor decisivo desde el punto de vista espiritualista. Esto no le impedirá continuar haciendo valer, imperturbable, su punto de vista contrario a la supervivencia, y llamando atrevidos a los argumentos cuya falsedad es incapaz de demostrar. Tales son las inconsecuencias fatales de aquéllos que tienen el espíritu oscurecido por irreductibles prejuicios. Así las cosas, se me podría decir que es inútil insistir en tratar de convencer a quien no quiere oír, pero yo no insisto para convencer a mi interlocutor, sino para devolver la tranquilidad de ánimo a algunas personas, que pueden haber sido turbadas por las sofisticadas insinuaciones del señor Sudre.

Veamos ahora obligado a abrir un paréntesis en el que no discutiré con el señor Sudre, sino con el señor profesor Carlos Richet.

Había acabado de escribir las páginas anteriores, cuando recibí la Revue Metapsychique, de enero-febrero, en la que puede leerse un corto artículo del profesor C. Richet, en el que éste, haciendo notar que se señala hoy un cierto número de sensitivos clarividentes, infiere, que esto podría ser el preludio del próximo acontecimiento de un sexto sentido en la humanidad. Después, pasando

a examinar científicamente el origen presumible de este nuevo sentido, propone que se expliquen los hechos por la conocida hipótesis de De Viés sobre las mutaciones bruscas trasmisibles a la descendencia, como las que se observan en el reino vegetal. Me permito indicar al profesor Richet que la frecuencia actual de sensitivos clarividentes, muy relativa, por lo demás, depende exclusivamente del hecho de que, desde hace algunas decenas de años, dichos sujetos, en las naciones civilizadas, son buscados y estudiados, en tanto que antiguamente se les enviaba a la hoguera. A pesar de esto, nada excepcional se registra en lo que comprueba. Muy por el contrario, añadiré que si se interrogase en tal sentido la historia de la antigüedad clásica, bíblica, egipcia y babilónica; si nos remontásemos más allá todavía a través de los siglos, hasta las Crónicas sagradas de los pueblos de Oriente, veríamos resaltar una circunstancia muy distinta de la enunciada por el profesor Richet; a saber, que está probado de una manera indubitable que las facultades de clarividencia permanecen, en el curso de los siglos, en un estado absolutamente estacionario, a pesar de las civilizaciones y de las razas. Esto es ya mucho para condenar la hipótesis en cuestión, pero todavía nos queda que señalar otra circunstancia que contradice de una forma decisiva la tesis del profesor Richet; la frecuencia de los fenómenos de clarividencia en los pueblos salvajes. Personalmente he estudiado esta cuestión en una extensa nomografía, que, lo mismo que todas las que la han precedido, no constituye un trabajo de rápidas investigaciones realizadas en pocos meses, sino que es el resultado de largas lecturas prolongadas durante treinta y cinco años. He adquirido, pues, cierta competencia en este asunto. Pues bien, afirmo que no hay tribu salvaje que no posea su hechicero-médico, o varios, que ejecutan hazañas absolutamente análogas a las de los clarividentes de los pueblos civilizados. Cuéntense por centenares los casos de esta naturaleza que se encuentran en las obras de los misioneros y de los exploradores. De esto se infiere que el análisis de los hechos nos lleva a establecer una conclusión en sentido diametralmente opuesto al que nos sugiere el profesor Richet; es decir, que si las facultades de clarividencia, bajo todas las formas, son más frecuentes en los pueblos primitivos que en los civilizados, ello basta para echar por tierra la hipótesis del próximo advenimiento de un sexto sentido en la humanidad, gracias a la ley biológica de las mutaciones bruscas.

Nos es preciso exponer otra consideración, teóricamente importante; el profesor Richet no ha pensado que no puede tratarse de un sexto sentido en gestación, puesto que los fenómenos de clarividencia se producen utilizando los sentidos existentes; visión, audición y tacto. Añadamos que, por otra parte, no ha reflexionado que los fenómenos, en lugar de determinarse por percepción directa, de la periferia al cerebro, como debería producirse en todo sentido biológico pasado, presente o futuro, se determinan por percepción inversa, es decir, del cerebro a la periferia, bajo la forma de visiones y audiciones subjetivas proyectadas hacia fuera y casi siempre de naturaleza simbólica más o menos manifestada. Pero la naturaleza simbólica de casi todas las percepciones

supranormales reviste un alto valor teórico, porque demuestra que dichas percepciones no son solamente independientes de los sentidos periféricos, sino, también de los centros cerebrales correspondientes. En efecto, el simbolismo de las percepciones prueba que los centros cerebrales no perciben activamente, pero registran pasivamente, lo que les es transmitido por un tercer agente ajeno a ellos, que es el único en percibir directamente para transmitir luego sus nociones al sensitivo, bajo la forma de representaciones simbólicas; y esto ocurre, evidentemente, porque siendo sus percepciones cualitativamente diferentes de las que pueden asimilar los centros cerebrales del sensitivo, se ve obligado a transmitir las bajo la forma de objetivaciones alucinatorias, que el sensitivo o los interesados pueden interpretar fácilmente. Pero como ese tercer agente ajeno al cerebro no puede ser más que la personalidad integral subconsciente del sensitivo, de esto se deduce que, basándose en las circunstancias expuestas, vemos emerger, manifiesta e indiscutible, la contraprueba; que la personalidad integral subconsciente es una entidad espiritual independiente de toda ingerencia funcional, directa o indirecta, del órgano cerebral. Y también resulta que las facultades supranormales esporádicamente señaladas en la humanidad en todo tiempo y lugar, son en realidad, las facultades de sentidos espirituales de la personalidad integral subconsciente, que existen, formados de antemano, en la subconciencia humana, en estado latente, esperando emerger y actuar en un medio espiritual, después de la crisis de la muerte, de la misma manera que en el embrión se encuentran formados de antemano, en estado latente, las facultades de sentidos terrestres, en espera del momento que les permitirá actuar en el medio terrestre, después de la crisis del nacimiento.

Como se ve, las inducciones a base de hechos no han llevado muy lejos de la hipótesis propuesta por el profesor Richet, hipótesis insostenible desde el punto de vista biológico, psicológico y metapsíquico.

Dicho esto, debo declarar, sinceramente, que el artículo del profesor Richet me ha causado una penosa impresión personal, de profundo descorazonamiento.

El me ha revelado la inutilidad de los esfuerzos intelectuales que he realizado durante treinta y cinco años, con la finalidad de aportar mi contribución a la investigación de la ciencia metapsíquica. Si el profesor Richet antes de exponer su hipótesis hubiese demostrado el error de mis argumentos en un sentido diametralmente opuesto, yo habría testimoniado mi reconocimiento a aquél que me habría ilustrado sobre un problema del más alto valor científico. Pero el profesor Richet enuncia su hipótesis sin hacer la menor alusión a la existencia de un estudio recientísimo sobre dicho tema, estudio que le contradice en el terreno de los hechos. Si del choque de las ideas ha de brotar la chispa de la Verdad, y, en el medio metapsíquico, una de las partes sigue su camino sin preocuparse de lo que ha hecho la otra parte, jamás podrá llegarse a una conclusión en Metapsíquica. En estas condiciones tanto de renunciar a escribir, limitándonos

egoístamente a estudiar en beneficio propio, dejando que los demás piensen lo que mejor les parezca.

Ahora, que ya me he explicado con el señor profesor Richet, cierro este largo paréntesis y continúo la discusión con el señor Sudre, examinando la segunda parte del corto, pero virulento pasaje de su obra que estaba analizando. Dije que la primera parte era estupefactiva, y la segunda, errónea. En efecto, en ésta, el autor tiene la audacia, empleando su término, de escribir que los espíritas afirman que el Animismo prueba el Espiritismo., **“sin estar en condiciones de establecer el límite de la separación entre uno y otro.”** Para poner en el acto las cosas en su lugar, puesto que la insinuación del señor Sudre, tiene por objeto embrollarlas, prevengo, primeramente, que la cuestión que acabamos de tratar, relativa a los fenómenos anímicos, demostrativos, por si solos, de la supervivencia del alma, nada tiene de común con la otra cuestión, que distingue los casos anímicos de los espíritas. Ahora, refiriéndome de una manera directa a la objeción formulada, según la cual, los espíritas no alcanzan a distinguir los fenómenos de Animismo de los de Espiritismo, recuerdo a mi contradictor que toda la discusión que acabamos de sostener a propósito de la señora Piper, prueba, por el contrario, la existencia de criterios analíticos, capaces de diferenciar fácilmente los fenómenos positivamente espíritas de los que no los son, o, más concretamente, de aquéllos que no presentan en tal sentido suficientes garantías científicas.

Me reservo volver más tarde sobre este tema añadiendo nuevos argumentos y hechos nuevos. Invito pues, a mi contradictor a contestar también sobre dicho punto, refutando todos los argumentos que he expuesto y los que a continuación expongo. Si prefiriese seguir la cómoda vía del silencio, ello significaría que sabe que no puede contestar. En cuanto a mí, sé que podré responder en cualquier circunstancia, no precisamente por mérito propio, sino por la calidad de la causa que defiendo; nunca dejaré pasar una nueva objeción contraria sin refutarla a fondo.

Continuando el análisis del pasaje que examinamos, vemos que el señor Sudre dice: Pero los espíritas no cegados por el fanatismo, que poseen suficiente cultura científica, renuncian a ver en los hechos pruebas cruciales. Veamos; si se trata de pruebas cruciales en el sentido de pruebas absolutas, entonces es cierto que renuncian a ello, porque todo el mundo sabe que será una pretensión absurda e imposible exigir la prueba absoluta en una rama del saber o en una circunstancia cualquiera de la vida, fuese la que fuese. Esperamos que nuestros contradictores comiencen por darnos la prueba absoluta de los que en sentido negativo adelantan. Ni ellos ni nosotros podemos hacerlo, porque ningún representante de la ciencia oficial podrá nunca presentar la prueba absoluta de lo que quiera que sea, por la sencilla razón de que nosotros mismos, pobres

individualidades, existimos en lo relativo, y jamás podremos afirmar una cosa en términos de absoluta certeza. Pero si, por el contrario, el señor Sudre quiere, por la expresión que emplea, hacer alusión a las pruebas científicamente suficientes para legitimar una hipótesis, entonces se equivoca, puesto que los espíritas que tienen una cultura científica son de la opinión del profesor Hyslop, el cual afirma solemnemente la siguiente verdad:

No existe otra explicación racional de los hechos más que la supervivencia humana; y las pruebas cumulativas que convergen en su favor son a tal punto inquebrantables, que no vacilo en declarar que son por completo equivalente, e incluso superiores, a aquéllas que confirman la teoría de la evolución. (<Contacts with the other World>, pág. 328).

El señor Sudre añade, por último: “Como Myers, como Geley, piden el acto de fe necesario a un sistema metafísico edificado partiendo de la metapsíquica como única ciencia y aun de postulados morales.” Pues bien, yo ignoro qué quiere decir nuestro autor cuando nombra a Geley y Myers, y hago notar, a este propósito, que cuando en apoyo de una tesis se citan autoridades de este género, se está obligado a reproducir las opiniones de dichos escritores, sin lo cual los nombres invocados, constituyen más que nada, una habilidad retórica. De todos modos, afirmo, por mi parte, que no puede haber nada tan opuesto a la verdad como suponer que los defensores de la hipótesis espiritista afirmen su punto de vista basándolo en un acto de fe. Todo lo contrario; la fuerza de expansión del espiritismo consiste, precisamente, en que ha proscrito para siempre los actos de fe, fundándose exclusivamente, en los hechos, en las inducciones y en las deducciones de los hechos, y en la convergencia de las prueba, exactamente como en cualquier otro aspecto del saber. Por lo que a mi toca, puedo decir que he sentido siempre una especie de fobia por los actos de fe, como puede observarse en todos mis escritos, basados en los hechos y en las deducciones de los hechos.

Henos ya en las conclusiones del pasaje del libro del señor Sudre, conclusiones que valen por todo lo demás. He aquí lo que dice: “El llamado espiritismo científico inaugurado por Delanne, parece haber fracasado, y sólo le ha quedado a las masas el viejo espiritismo moral de Allan Kardec, que por lo demás, no es malo en si mismo y proporciona a los que sufren consoladoras ilusiones”. Podemos suponer que las ilusiones de que habla el señor Sudre, deben referirse a sus propias esperanzas desvanecidas en lo relativo al espiritismo científico, cuya bancarrota esperaba, pero que, en realidad, nunca ha sido tan viable como hoy. Se ve claramente que contempla las fases evolutivas de la Ciencia del alma desde lo alto del observatorio nebuloso de sus prejuicios antiespíritas.

Pero basta ya de comentar el párrafo citado. Si se piensa que he tenido que escribir varias páginas para refutar todas las inexactitudes que el autor condensó en él, se debe reconocer que tenía razón cuando decía que era intentar una expresa materialmente imposible querer refutar todas las afirmaciones erróneas contenidas en la obra del señor Sudre.

CAPITULO IV

<METAGNOMIA E HIPOTESIS ESPIRITA>

Continúo, pues, la discusión referente a una objeción a la que ya he hecho mención, pero que necesita aclaraciones ulteriores. Hemos visto que el señor Sudre afirma que los espíritas discuten todavía sobre algunas categorías de fenómenos, en los cuales se han atrincherado, declarando que no pueden ser explicados por las teorías metapsíquicas. No solamente no es exacto que se trate únicamente de algunas categorías de manifestaciones, sino que el análisis comparado ha hecho resaltar que muchas manifestaciones, ordinariamente anímicas, pueden, en realidad, ser a menudo espíritas, de la misma manera que muchas manifestaciones, ordinariamente espíritas, pueden ser a menudo anímicas. En efecto, Animismo y Espiritismo representan el doble aspecto en que

se manifiesta la misma fenomenología que proviene de una causa única, constituida por el espíritu humano en su doble fase de existencia: encarnado y desencarnado. De acuerdo con esta tesis, observo que en las clasificaciones de los casos de identificación espírita se encuentran numerosos episodios obtenidos con el auxilio de manifestaciones habitualmente anímicas. Al propio tiempo, reconozco, que, desde el punto de vista rigurosamente científico, es relativamente raro que en la categoría de fenómenos ordinariamente anímicos puedan hallarse incidentes especiales, aptos científicamente para eliminar la explicación natural a favor de la doctrina espírita. De todos modos, y en lo que concierne a la tesis que examinamos, hago notar que la observación teóricamente importante, es ésta: una cosa es reconocer que no deben tenerse en cuenta los casos de identificación espírita que pueden explicarse, mejor o peor, por la metagnomía, y otra pretender que todos los casos, más o menos bien explicables por la metagnomía, constituyan en globo caso de metagnomía. Esto último es una pretensión gratuita y absurda de nuestros contradictores, puesto que el análisis comprado de los hechos debe hacernos pensar en una conclusión diametralmente opuesta. De ello resulta que, desde el punto de vista científico, deberíamos limitarnos a afirmar que, en tales dudosas circunstancias, hemos de optar por la hipótesis menos extendida., que es, en nuestro caso, la metagnomía. Hasta aquí, estamos todos de acuerdo.

Después de esta declaración de principio, desarrollo la tesis expuesta más arriba, demostrando, en el terreno de los hechos, por qué razón se debe establecer la conclusión de que todo contribuye a probar que un considerable porcentaje de los supuestos casos de metagnomía, o de criptostesia, si así se prefiere, no son, efectivamente, tales, aunque sea científicamente legítimo excluir inexorablemente los casos dudosos del número de las pruebas de identificación espírita.

El incidente anteriormente relatado, del no reconocimiento de la señorita Warner por la personalidad medianímica de Jorge Pelma, me ofrece un buen ejemplo para aclarar la tesis que defiendo.

En dicho incidente se encuentran, en efecto, los elementos necesarios para demostrar, por una parte, que es indiscutiblemente espírita, y por otra que, aun siéndolo, debiera ser clasificado entre los incidentes explicables por la metagnomía, si algunas circunstancias, de naturaleza colateral, hubiesen faltado.

Las circunstancias colaterales que lo hacen invulnerable son los treinta casos de reconocimiento de sus amigos vivos por parte de la personalidad medianímica de Jorge pelma. Si hubiese sido un hecho aislado el incidente del no reconocimiento de la señorita Warner, los contradictores habrían podido invocar la conocida hipótesis según la cual los sensitivos leen a menudo, con facilidad, en la subconciencia de los consultantes, y con mucha dificultad en la mente consciente de los mismos. Así, en el caso de la señorita Warner, se diría que el médium en trance que personificaba el espíritu de Jorge Pelma no había podido captar los informes para mixtificar al prójimo, porque los consultantes los

conservaban presentes en su espíritu; por el contrario, si no los hubiesen pensado, el médium habría podido tomarlos de su subconciencia. A decir verdad, se ve que esta explicación está cogida por los cabellos, pero de todos modos no se habría podido eliminarla por completo, lo que hace que el incidente en cuestión se hubiese perdido para las clasificaciones de los casos de identidad espírita. Pero, felizmente, esta especiosa explicación está desprovista totalmente de todo valor, por el hecho de que el incidente del no reconocimiento de la señorita Warner constituye una parte integrante de treinta incidentes de pleno reconocimiento de otros tantos amigos vivos del difunto comunicante, que tenían presentes en su espíritu sus nombres y cualidades, exactamente lo mismo que la señorita Warner. Es decir, que si se tiene la pretensión de aplicar la hipótesis mencionada al incidente de no reconocimiento de la señorita Warner, quedarían entonces sin explicación los otros treinta incidentes de pleno reconocimiento de los demás amigos del difunto. De esto se deduce que esta admirable serie de episodios colaterales, no solamente sirve para eliminar la sofística explicación, sino que también sirve para eliminar cuán dudosas son, prácticamente, las pretendidas explicaciones naturales, sobre las cuales insisten tanto nuestros contradictores, explicaciones que, si no pueden ser eliminadas, no son fundadas, sin embargo, en el 75 por 100 de los casos, como todo contribuye a demostrar.

No pasará mucho tiempo sin que los investigadores dotados de una intuición realmente científica, reconozcan que para resolver el problema relativo a la génesis, subconsciente o extrínseca, de los casos de identificación espírita, es preciso proceder examinando cada caso, haciendo un cuidadoso análisis de todos los incidentes y de todos los elementos concernientes al episodio analizado, teniendo en cuenta las condiciones en que se desarrolla, y sobre todo, las características particulares de la mediumnidad por la cual se obtienen.

Un segundo ejemplo a favor de la tesis que defiende, nos lo ofrece un notable caso de metagnomía estudiado por el doctor Osty; el famoso caso “Lerasle”. He aquí el resumen de los hechos, que tomo de los *Annales des Sciences Psychiques* (1914, pág. 97, y 1916, pág. 130).

El 18 de marzo de 1914 el señor Mirault, residente en Cours-les-Barres (Cher), prevenía al doctor Osty que desde hacía una quincena de días se buscaba inútilmente a un anciano llamado Lerasle, el cual, habiendo salido de su casa para dar su paseo cotidiano, no había regresado. Primero los parientes y amigos, luego ochenta personas, reunidas por el alcalde del lugar, habían registrado todos los alrededores durante varios días consecutivos. Así las cosas, el señor Mirault envió al doctor Osty un pañuelo que había pertenecido al anciano rogándole que consultara el asunto a una de sus sonámbulas clarividente. Sin darle la menor noticia, el doctor presentó el pañuelo a la señora Morel. La sonámbula describió minuciosamente al anciano desaparecido, cómo iba vestido, la localidad en que habitaba, el camino que había recorrido en el bosque el día de su desaparición, y por último, declaró que veía el cadáver en el bosque, cerca de un arroyuelo,

rodeado de espesas malezas. Nuevas pesquisas se organizaron a base de estos informes, no tardó en descubrirse el cadáver del viejo Lerasle. Todo lo que la sonámbula había afirmado y descrito, era escrupulosamente exacto, fuera de este detalle: había visto el cadáver acostado sobre el lado derecho y con una pierna doblada. En el curso de las tres consultas que el doctor tuvo con la sonámbula, esta visión se le presentó tres veces de una manera idéntica; durante la segunda sesión, la sonámbula añadió estos detalles; No se adentra mucho en el bosque... **“Se siente enfermo, se acuesta, duerme y muere.”**

Esta triple visión errónea, conjuntamente con la última frase citada, debe ser retenida, por su gran alcance teórico, que voy a demostrar.

Haré notar, primeramente, que el episodio aquí relatado, constituye un caso clásico de metagnomia en el que no se advierten indicios aparentes de intervenciones extrañas a la sonámbula. No obstante, así que nos proponemos investigar cuál es la forma de metagnomia más adaptable a la explicación del caso, quedamos perplejos y desconcertados, puesto que el incidente de la triple visión errónea tiende a excluir todas las formas en que la metagnomia, propiamente dicha, se manifiesta. Veámoslo:

Si suponemos un fenómeno de visión a distancia, no podríamos explicar el triple error en que cayó la sonámbula, viendo el cadáver acostado sobre el lado derecho, con una pierna doblada siendo así que estaba tendido de espaldas y con las piernas extendidas. Esto demuestra de una manera decisiva que no se trataba de una visión a distancia.

Por la misma razón debemos excluir la hipótesis de la exteriorización del cuerpo flúidico de la sonámbula, ya que en estas condiciones el sujeto habría debido percibir el cadáver en la posición en que se encontraba.

Siempre por la misma razón, se debe excluir la hipótesis de la telestesia, ya que si el objeto entregado a la sonámbula hubiese servido para establecer la relación psicométrica entre ella y el cadáver, el sujeto habría debido verle tal como estaba.

Tampoco puede sostenerse la hipótesis de la memoria de las cosas (psicometría, o metagnomia táctil), pues en el pañuelo perteneciente al difunto no podía haber huellas de sucesos que habían tenido lugar después de que el muerto lo había empleado por última vez, en tanto que la otra circunstancia – parientes y amigos que ignoraban todo cuanto le había ocurrido, - elimina la hipótesis de una supuesta relación psíquica, establecida entre la subconciencia de la sonámbula y la subconciencia de un vivo enterado de los hechos.

No nos quedaría, pues, más que la hipótesis psicométrica-espírita, según la cual, la influencia contenida en el pañuelo que perteneció al anciano Lerasle sirvió para establecer la relación con el espíritu del fallecido, impulsándole a transmitir telepáticamente a la sonámbula una sucesión de imágenes pictográficas, destinadas a revelar la triste historia de su éxodo, de la casa, con objeto de guiar en el descubrimiento de su cadáver. Pues bien; al llegar aquí, es cuando el triple error de la

sonámbula se convierte en una admirable prueba inductiva a favor de la interpretación espírita de los hechos. En efecto, en la hipótesis de que el informador de la vidente fuese el espíritu del difunto, todo contribuye a hacer suponer que la imagen pictográfica errónea percibida por la vidente, era, en realidad, transmitida por el fallecido como el último recuerdo del momento fatal en que, habiéndose acostado y dormido, pasó del sueño a la muerte. Lógico es suponerlo así, a causa de las consideraciones siguientes: primero, porque la posición de acostarse sobre el costado derecho es natural en las personas que se disponen a dormir; luego, porque cuando se produjeron los movimientos espasmódicos de la agonía, a consecuencia de los cuales el cuerpo acabó por quedar boca arriba (lo que constituye la posición de equilibrio estable en que acaba por envararse un cuerpo agitado por movimientos convulsivos); cuando esto tuvo lugar, es natural suponer que el moribundo se encontrase en condiciones comatosas, y, por consiguiente, que no se recordase de ello como “espíritu”. Nada, pues, más natural que haya transmitido por tres veces a la sonámbula, la imagen pictográfica de su cadáver acostado sobre el lado derecho, con una pierna doblada, imagen verídica de su último recuerdo terrestre.

De esto resulta que, si se acepta esta versión de los hechos (la única verosímil y capaz de explicarlos), el triple error de visión en que incurre la sonámbula se transforma en una excelente prueba a favor de la tesis sostenida por nosotros; la de una probable intervención extraña al sensitivo, incluso en numerosos casos de supuesta metagnomía táctil.

Un tercer ejemplo a favor de la misma tesis nos lo proporciona un caso conocidísimo, que despertó vivo interés cuando se produjo, y que yo traté in extenso en mi monografía sobre los “Enigmas de la Psicometría”. Lo expuso el mismo protagonista, el banquero australiano Hugo Juner Browne, que tuvo la desgracia de perder a sus dos hijos en el curso de un crucero emprendido por éstos en su yate a lo largo de las costas de Melbourne. Viendo que sus hijos no regresaban, los padres experimentaron vivas angustias, y recurrieron al célebre médium curandero Jorge Spriggs para que le informase de lo que había sucedido. El señor Browne, se refiere al caso así:

El médium llegó a las ocho de la mañana, cogió la mano de mi esposa, y bien pronto cayó en sueño medianímico. Entonces preguntó: ¿Habéis hecho algún paseo por mar?. Mi mujer contestó negativamente, y Spriggs continuó: “Relacionada con el mar, encuentro una gran depresión de espíritu. Durante la noche pasada ha estado usted agitadísima y ha llorado”. (Esto era cierto). Completó su diagnóstico, y acabó repitiendo: “El malestar que usted experimenta está relacionado con el mar”. Entonces, por vez primera, hice una lejana alusión a lo que me preocupaba, y le pregunté: “¿Ve usted algún naufrago en el mar?” A lo que el médium, siempre en trance, respondió: “No puedo ver si se encuentran en el mundo de los espíritus, pero si usted me entrega un objeto cualquiera que les haya pertenecido, para guiarme por él, estaré en condiciones de hallarles”. Cogí un cuaderno que había pertenecido a mis dos hijos, y se lo dí. Poco después dijo lo siguiente: “Les veo en un barco pequeño, en la curva de un río, desplegadas al viento una vela grande y otra pequeña.

Para no alargar el relato me veo obligado a no citar más el texto, por el que se ve que el médium ha hecho una descripción completa y detallada de todos los sucesos ocurridos en el crucero emprendido por los hijos del banquero, hasta el momento del naufragio, descripción que fue más tarde comprobada por la encuesta que el padre hizo. Uno de los hijos de Browne se manifestó por boca del médium, aportando datos posteriores sobre el drama, refiriendo, entre otras cosas, el horrible detalle de que el cadáver de su hermano había sido mutilado de un brazo por un tiburón, lo cual fue confirmado de una manera extraordinaria, pues se capturó un tiburón cuyo vientre contenía todavía el brazo de Hugo, con una parte del chaleco, algunas monedas y el reloj, parado a las nueve, la misma hora que el médium había indicado que tuvo lugar el naufragio.

Tal es lo esencial del dramático acontecimiento que sumió en la tristeza a la familia Browne. Ahora, conviene a nuestro punto de vista hacer resaltar la circunstancia, teóricamente notable de que, aunque el médium tuvo entre las suyas la mano de la señora Browne, nada pudo descubrir sobre la suerte de sus hijos difuntos hasta que no le dieron el cuaderno que ellos habían usado. Este contraste episódico hace ver más que nunca que la verdadera finalidad del objeto psicometrizado es establecer un lazo entre el sensitivo y la persona viva o fallecida, unida fluídicamente al objeto, y sobre todo, surge de él la refutación de una hipótesis cara al doctor Osty, según la cual, los parientes, los amigos, los conocidos, transmitirían todos los acontecimientos de su vida a sus conocidos, a sus amigos y a sus parientes, conocimientos que quedarían impresos indeleblemente en sus subconciencias, de donde las extraerían los sensitivos, lo que daría lugar a la ilusión de las comunicaciones con los difuntos. Pero como ya hemos dicho, la circunstancia mencionada refuta irrevocablemente esta hipótesis, porque si el médium, incluso teniendo la mano de la madre entre las suyas, no logró saber nada de la suerte de sus hijos, ello bien demuestra que la subconciencia de dicha señora no había en modo alguno recibido telepáticamente ningún informe sobre el drama, tanto más, cuanto que a esta prueba negativa sucedía la contraprueba positiva del médium, que reveló todo lo ocurrido, así que la influencia de los hijos, contenida en el objeto, le puso en condiciones de buscar en otra parte los detalles pedidos.

¿De dónde los había tomado? Veamos lo que resultaría, si queremos explicarlo siguiendo el método científico de la eliminación gradual de las hipótesis insostenibles. El médium no podía sacar del cuaderno de los hijos los detalles de un drama que se produjo después de que ambos jóvenes emplearon por última vez el cuaderno indicador. La circunstancia de que más arriba he hablado, demuestra que el médium tampoco había podido extraerlos de la subconciencia de los padres. No podía tomarlos de la subconciencia de ninguna otra persona viva, puesto que el naufragio no había tenido testigos. De esto se deduce que la influencia contenida en el cuaderno había servido para establecer el lazo entre el médium y las personalidades desencarnadas de aquéllos que lo habían empleado, de acuerdo con lo que el médium en trance había afirmado. Esto obtiene confirmación con las comunicaciones medianímicas que siguieron al análisis psicométrico, en las cuales los hijos difuntos se manifestaron por boca del médium, dando nuevos detalles sobre el drama de que habían sido víctimas,

entre otros, el incidente auténtico, y teóricamente importantísimo, del tiburón que había mutilado el cadáver de uno de ellos.

Tales son las deducciones rigurosamente lógicas que surgen de los hechos, y como no hay otras hipótesis que puedan explicarlos, se debe necesariamente concluir que este tercer examen contribuye, con los demás, a demostrar que si se analiza con una investigación más penetrante los casos clásicos de pretendida metagnomía, cuya génesis parece que debe ser atribuida exclusivamente a las facultades supranormales de la subconciencia humana, a menudo se logra obtener conclusiones netamente espíritas, en virtud de circunstancias realmente ligeras y poco notables, que son, sin embargo, teóricamente, preciosas, puesto que no es posible explicarlas por ninguna otra hipótesis natura. Conviene que los contradictores no lo olviden; es necesario, sobre todo, que lo recuerde el señor Sudre, a quien también invoco formalmente, con este motivo, a que tome en consideración los episodios que acabo de exponer y refute, luego, a fondo, mis conclusiones si la empresa le es posible.

CAPITULO V

<CATEGORIAS DE FENOMENOS INEXPLICABLES

POR LAS TEORIAS METAPSIQUICAS>

Por lo que respecta a las “algunas categorías de fenómenos en las que se han atrincherado los espiritistas, declarando que son inexplicables por las teorías metapsíquicas”, he aquí las principales:

- Los casos de identificación de difuntos desconocidos del médium y de los asistentes.
- Los casos de apariciones de difuntos en la hora de la muerte.
- Los casos de niños videntes en el momento de la muerte de terceras personas.
- Algunos fenómenos especialísimos de telekinesia en el momento de la muerte y después de ella.
- Algunos fenómenos extraordinariamente significativos, de música trascendental en el lecho de muerte y después del óbito.
- Los casos de personalidades de difuntos que hablan con facilidad y escriben corrientemente en idiomas ignorados del médium, y, a veces, de todos los asistentes.
- Los casos de personalidades de difuntos que escriben corrientemente con la escritura que les era propia en vida, lo cual es infinitamente distinto del otro fenómeno de la reproducción de una simple firma.
- Los fenómenos de bilocación en el momento preagónico, sobre todo, cuando son visibles para todos los asistentes.
- Los fenómenos de materialización de fantasmas vivientes y parlantes, hablando, a veces, y escribiendo en lenguas ignoradas de los asistentes.
- Algunas modalidades especiales de correspondencias cruzadas.
- La existencia en la subconciencia humana de facultades supranormales, de sentidos independientes de la ley de evolución biológica.

Tales son las principales categorías de manifestaciones metapsíquicas literalmente inexplicables, tanto por la prosopopeya-metagnomia como por toda otra hipótesis metapsíquica. Como la mayoría de estas categorías se refieren a las modalidades con que se producen ciertas variedades de casos de identificación espírita, conviene hacer notar que los casos de esta naturaleza se manifiestan bajo formas que varían hasta lo infinito, y de consiguiente, no se prestan mucho a ser clasificados en categorías. De esto se deduce que las que yo acabo de indicar no tienen la significación que el señor Sudre les confiere, y que, según él, son las últimas trincheras en que se han refugiado los espiritistas vencidos. Esta no es más que una de sus acostumbradas “frases efectistas”, que el autor lanza por simple artificio retórico, cuando, en realidad, los casos de identificaciones espíritas inexplicables por las hipótesis naturales se realizan en todas las ramas de las manifestaciones metapsíquicas. Más adelante ofreceremos notabilísimos ejemplos de este género.

No obstante, aun ateniéndose al círculo de categorías que he enumerado, es claro que si el señor Sudre hubiese querido emprender una crítica eficaz de los casos que contienen, habría tenido que conformarse con la regla prescrita en estas circunstancias, que consiste en elegir los casos típicos citados por los adversarios, y analizarlos uno tras otro, sometiéndolos a una crítica minuciosa, penetrante y completa. En efecto, en los casos de esta naturaleza las circunstancias mínimas tienen más importancia que las otras, como ocurre con las investigaciones de un juez instructor que busca al autor de un crimen. Constantemente he seguido esta regla, cada vez que he tenido que refutar las hipótesis formuladas por mis contradictores, pero se comprende que no convenga a nuestro autor, que sabía muy bien que en cada una de las categorías indicadas encontraría episodios inexplicables por la hipótesis de la prosopopeya-metagnomia. Por esto se ha mantenido en su método favorito, que consiste en desflorar apenas, por medio de generalidades, como las que he citado, las inquietantes categorías de fenómenos que he mencionado, lanzando de vez en cuando contra ellas una frase de efecto y coronando su obra con el método complementario de buscar los episodios más defectuosos, los menos terminantes, los más imperfectos obtenidos en medio siglo de experiencias, para aplicar en seguida el material de desecho así reunido sus sofismas y paralogismos, empresa que no podía menos de serle fácil. Pero yo me pregunto: ¿A quién quiere convencer el señor Sudre? No será a las personas competentes, que no tardan en descubrir su juego, y se indignan. Verosímilmente, confía en impresionar a la gran mayoría de los lectores, los cuales, claro está, no pueden ser todos competentes en la materia, y que, por lo tanto, son susceptibles de asimilar el veneno que les sirve. Pero el señor Sudre no pensó que, entre ellos habría también algunos competentes, y que éstos se encargarían de servir el contraveneno a sus víctimas.

Ahora se presenta una pregunta de índole moral, a la que creo un deber contestar: ¿Cree usted en la mala fe del señor Sudre? —No—respondo;—lejos de eso. El autor no es más que un materialista irreductible, que, estando absolutamente seguro de estar en lo cierto, debe, lógicamente, sentirse no menos seguro de que los fenómenos metapsíquicos derivan todos de causas naturales, incluso cuando parece evidente lo

contrario. En estas condiciones, es natural, es humano, que no queriendo turbar las conciencias de los lectores no iniciados en los gloriosos misterios del materialismo se sienta inclinado a comentar a su manera todos los incidentes metapsíquicas que parecen darle la razón, desdeñando todos los demás que positivamente se la quitan. En todo esto nada tiene que ver la buena fe propiamente dicha. Todos aquellos que están dominados por un fervor de fe sin límites análogo a la fe materialista de nuestro autor, no podrían evitar comportarse de igual modo que él. En otros términos, el señor Sudre se conduce en metapsiquismo como muchos demagogos en las luchas políticas y sociales. Leed ciertos periódicos, y veréis que los que dirigen las masas se acomodan escrupulosamente al método del señor Sudre. Y sin embargo, no obran de mala fe; no son más que exaltados que suprimen todo lo que puede favorecer al partido contrario, y creyéndose bien seguros de estar en lo cierto, se guardan de turbar intempestivamente las conciencias poco evolucionadas de sus correligionarios, más tibios o menos seguros de la excelencia de su causa. El señor Sudre, que arde en un fervor materialista comparable al de los mártires cristianos, se comporta necesariamente como los políticos de que he hablado, con el noble objeto de no perturbar las conciencias de sus correligionarios, menos inquebrantablemente convencidos del luminoso porvenir que las doctrinas materialistas preparan al género humano civilizado.

Dicho esto, interrumpiendo las consideraciones de carácter general, vamos a reproducir las principales frases efectistas lanzadas por el señor Sudre contra algunas de las categorías de fenómenos que he indicado, frases efectistas que, a juicio del autor, debían reemplazar las refutaciones a fondo de todas las conclusiones espiritualista que yo he desprendido de las categorías de los fenómenos en cuestión.

CAPITULO VI

<A PROPOSITO DE LOS CASOS DE IDENTIFICACION DE DIFUNTOS DESCONOCIDOS DEL MEDIUM Y DE LOS ASISTENTES.>

(PRIMERA CATEGORIA)

Veamos todo cuanto el señor Sudre ha podido oponer a la primera de las categorías que he enumerado, la de los casos de identificación de difuntos desconocidos del médium y de los asistentes. Escribe:

El caso en que el comunicante es completamente desconocido del sujeto y del círculo, es también muy probatorio, cuando se puede comprobar su identidad. Las personas que vienen a incorporarse a los médiums son generalmente pobres gentes que habitan en regiones lejanas, en las que aquéllos no han puesto nunca los pies. Dan detalles muy circunstanciados sobre ellos, su familia y profesión; describen los humildes sucesos de su vida. La encuesta presenta muchas dificultades, porque los testigos son viejos, los locales están a veces derruidos, los primeros informes son descorazonantes e infieles... Y no obstante, aunque, a veces, hay errores, ocurre que todo se comprueba. “La hipótesis metapsíquica es aquí más lógica que la hipótesis espírita, que no encuentra la razón de estas manifestaciones intempestivas”. Siempre hay un motivo; es, en general, un recuerdo olvidado por el sujeto que aparece repentinamente con la movilidad onírica de los elementos psicológicos disgregados durante el trance. La sección de “Sucesos” de los periódicos son una mina de creaciones espíritas. Si un suicidio dramático ha impresionado al sujeto, hay muchas posibilidades de que el muerto vuelva, un día o un año después a encarnarse en el médium. (Pags. 345-352)

En esta cita las palabras que yo he puesto entrecomillas, son las que constituyen la frase de efecto destinada a conquistar el consentimiento de los lectores para los

argumentos del autor. Pero esta vez el señor Sudre no ha estado feliz, y su frase efectista adquiere, por desgracia, la apariencia de una broma. Yo me imagino que más de un lector habrá abierto mucho los ojos, asombrado preguntándose: “¿Cómo! ¿Por qué el autor llama intempestivas a estas manifestaciones? ¿Por qué declara que no tienen ninguna razón de estar en relación con la explicación espírita de los hechos? ¿Por qué? ¡Misterio...!” Y los lectores no comprenden nada, naturalmente, tanto más cuanto que no puede suponerse que el señor Sudre ignore en qué circunstancias se determinan las comunicaciones medianímicas con los difuntos desconocidos del médium y de los presentes, circunstancias que los espíritus que se manifiestan exponen casi siempre. Se siente uno inclinado a creer que el señor Sudre las ignora voluntariamente, porque representan para su tesis un obstáculo intempestivo contra el cual no dispone de otras armas ofensivas que las frases efectistas y los artificios retóricos. En todo caso, voy a recordarlas, en pocas palabras, para edificación de aquéllos que me lean. La primera y la más importante de estas circunstancias consiste en el hecho de que la mayoría de las veces los espíritus

de desconocidos son llevados a las sesiones por los espíritus familiares del círculo, los cuales declaran, con anterioridad, que llevarán a las sesiones espíritus de desconocidos que podrán ser identificados gracias a los datos que ellos mismos proporcionarán, con objeto de probar de una manera indiscutible, a los experimentadores, que las personalidades que se manifiestan en las sesiones medianímicas subconscientes. No es posible calificar esta finalidad de intempestiva, y mucho menos decir que no tienen razón de ser.

Hay, luego, un grupo de espíritus de desconocidos que se manifiestan para rogar a los experimentadores que trasmitan a sus parientes todavía vivos, sus mensajes afectuosos, en cuyos mensajes anuncian que viven y que son dichosos.

Hay un tercer grupo de manifestaciones de esta clase cuya explicación dan en los siguientes términos los espíritus que se manifiestan. Han visto a lo lejos una luz (es decir, un médium en condiciones de trance); se han acercado a ella y han comprobado que por medio de dicha luz podían entrar en relación con el mundo de los vivos.

Estas son las diferentes razones por las cuales los espíritus de desconocidos explican sus manifestaciones en el curso de las sesiones medianímicas, y me parece que no hay nada en todo esto de intempestivo ni de irracional, como el señor Sudre pretende. Pero la verdad, tocante a las singularísimas opiniones que expresa, es que al publicar su libro no lo hizo precisamente con la intención de escribir un tratado de Metapsíquica, es decir, una obra científica, objetiva e imparcial, sino lanzar una acusación ciega y partidista contra los odiados defensores de la supervivencia del alma, científicamente demostrada. De esto se deduce que en esta circunstancia y en otras más, no disponiendo de sólidas razones que hacer valer, debió contentarse con servir a sus lectores frases sonoras, en las que acusaba de intempestivas y sin razón de ser las manifestaciones que son, por el contrario, las más importantes desde el punto de vista teórico en la fenomenología metapsíquica. ¡Y con la ayuda de estos expedientes mezquinos quiere el autor entrar en liza contra la hipótesis espírita...!

En cuanto a las pretendidas explicaciones naturales de las manifestaciones de que se trata, y que el señor Sudre enumera en el pasaje que he citado, encuentro inútil siquiera discutir las, pues los casos que voy a referir se bastan por sí solos para refutarlas todas.

Extracto los dos casos siguientes del libro que acaba de publicarse en Inglaterra, con el título de: *Au Revoir not Good Bye*, cuyo autor es Mr. Walter Appleyard, juez de paz y alcalde de la ciudad de Sheffield. Entre otras cosas, relata sus experiencias con una distinguida señora, que se había desarrollado en su casa como médium de voz directa. Habiendo muerto por aquella época la esposa del señor Appleyard, no tardó en manifestarse por mediación de su amiga, hablando con el tono de voz que le era propio en vida y aportando admirables pruebas de identificación personal.

La señora Appleyard, que antes de su fallecimiento había seguido con vivo interés el movimiento spiritualista, y no ignoraba las críticas dirigidas a los diversos casos en que las personalidades de difuntos comunicantes eran familiarmente conocidas en los centros en que se manifestaban, se propuso dar a sus esposos pruebas complementarias e irrefutables de identificación espírita, recurriendo al sistema de llevar a las sesiones otros espíritus de difuntos poco conocidos o totalmente ignorados de los experimentadores.

Uno de los primeros incidentes de esta clase fue el siguiente, que el señor Appleyard describe así:

En octubre de 1922 se manifestó un espíritu que dio el nombre de Jorge Martín, esforzándose varias veces, inútilmente, en darnos detalles sobre su persona. En el curso de la primera y segunda sesiones logró apenas repetir su nombre; a la tercera tentativa, logró hacernos saber que había sido maestro. Esto era poco para instruirnos sobre su identidad. Pero lo intentó por cuarta vez, y tuvo más éxito, porque, después de haber dicho que había sido invitado a presentarse ante nosotros por la damita (es decir, por mi esposa), añadió: “Mi nombre es Jorge Martín. Vivía en Sussex Road, número 112. Yo era profesor principal de la escuela de... (la nombró), en la que presté servicios durante diez y siete años. Mi mujer se llama Annie. Al morir, tenía yo sesenta y cinco años, hace cinco que estoy muerto”.

Al día siguiente fui a informarme a las oficinas de Instrucción Pública, y todos los datos me fueron confirmados, excepto el nombre de la viuda y el número de la calle, que no constaban allí. Consulté entonces un anuario de seis años atrás y encontré el nombre de Jorge Martín en el número de la calle indicada por el espíritu. Por último, consulté un anuario de fecha reciente y pude comprobar en él que el nombre del antiguo habitante de la casa que llevaba el número dado por el espíritu, había sido reemplazado por el de la señora Annie Martín. (Pág. 112)

Comienzo por declarar que no he elegido el caso relatado a causa de su valor teórico, sino, únicamente, para presentar desde el primer momento un ejemplo típico de la mayoría de los casos de esta naturaleza. De todos modos, pienso que ni aun para éste puede recurrirse a la cómoda hipótesis de la prosopopeya-metagnomia bajo la forma de crytomnesis (lectura, en las subconciencias de los asistentes, de datos conocidos y después olvidados).

Se ha visto que el narrador, para completar su encuesta, ha tenido que acudir a tres distintas fuentes de información, lo que hace pasablemente inverosímil que dichos

informes existiesen reunidos en su conciencia o en la de cualquier otro miembro del círculo, tanto más, cuanto que en los datos estaba comprendido el nombre de la esposa del oscuro maestro de escuela, el nombre de la calle en que habitaba e incluso el número de la casa. En el caso que sigue, que extraigo del mismo libro, el hecho de la manifestación del espíritu de un desconocido se complica a consecuencia de un error de transmisión medianímica, debido a un fenómeno de interferencia entre el pensamiento de dos espíritus deseosos de comunicarse al mismo tiempo. Todo ello tiene lugar en tales condiciones de realidad que la hipótesis de la prosopopeya-metagnomia queda eliminada de una manera decisiva. El episodio se produjo en el curso de la sesión del 13 de abril de 1923. Dice el narrador:

Después de las manifestaciones del bebé Blossoms se manifestó el espíritu de un desconocido. Dijo que en vida se había llamado Arturo Eame, y que había muerto de neumonía, tres años antes, en el hospital de la ciudad, a la edad de veintitrés años. Añadió que había vivido en Clive Road, número 18, y que había dejado en el mundo a su prometida, habitante en Fleent Street, 229, y apellidada Carroll. “¿Sería usted tan amable, prosiguió diciendo, de ir a su casa y decirle que no estoy muerto, y que le envíe un saludo cariñoso? Pienso que este mensaje la consolará. Además, quisiera que hiciese usted saber a mi padre que me hallo con mi madre, y que ambos le saludamos cariñosamente”.

Al día siguiente telefoneé al médico de guardia en el hospital, rogándole que buscara en el Registro de los enfermos si un joven de veintitrés años llamado Arturo Eame había muerto en dicho establecimiento, tres años antes, de neumonía. Me contestó que, en efecto, un enfermo había muerto de neumonía en el hospital, tres años antes, pero que se trataba de un hombre de cuarenta años, de igual nombre y apellido diferente, procedente de otra localidad del Municipio.

Quedé turbado ante tanta discordancia con los datos recibidos medianímicamente, tanto más, cuanto que todos los informes que hasta la fecha habíamos recibido habían sido absolutamente verídicos.

En el curso de la sesión siguiente pedí explicaciones al espíritu de mi esposa, que se limitó a responderme: “Continúa buscando, y hallarás”. Me decidí pues, a dirigirme al número 18 de la calle Clive Road, que se encuentra en el barrio este de la ciudad, residencia de la clase obrera, donde descubrí que la familia que habitaba la casa llevaba un nombre completamente distinto y nada sabían del que yo buscaba. Seguí por los alrededores mis pesquisas, pero inútilmente, regresando a mi casa cansado y decepcionado.

Al día siguiente tuve que partir para un corto viaje, y a mi vuelta decidí continuar mis investigaciones, para averiguar el paradero de la prometida del espíritu comunicante, con la esperanza de que, al fin, lograría dar con ella, y, probablemente, aclararía el misterio. Habiendo hablado al médium de mi intención, me hizo notar que hacía varios días oía por clarividencia una voz, a veces de hombre, y a veces de mujer, que pronunciaba el nombre “Fraser”, el cual no tenía para ella significación

alguna. Pensé que dicho nombre tal vez pudiera relacionarse con el caso que estudiaba, y tomé nota de él.

Poco después me dirigí al número 229 de Fleent Street, y habiendo llamado a la puerta, la abrió una joven, a la que pregunté: —¿Vive aquí la familia Carroll? —Sí, respondió la joven. —¿Es usted la señorita Carroll? —Sí. —¿conoció usted en otro tiempo a un joven que se llamaba Arturo Eame? —No, señor; ese nombre me es absolutamente desconocido. —Esto sí que es curioso, me dije; encuentro la casa y la novia, y el misterio, en vez de aclararse, se complica. Entonces, por probarlo todo, pregunté: “Quizá ha conocido usted a un joven llamado Arturo Fraser”. La joven pareció asombrarse, y me dijo: —¿Qué quiere usted decir? ¿Qué desea usted? —Nada más que saber si ha conocido usted a un joven que se llamaba así. —Sí; era su prometida, pero en septiembre hará tres años que murió de neumonía en el hospital. Después de hablarme así, se echó a llorar, arrojándose sobre la mesa, con los brazos extendidos y la cara pegada a la madera. Esforzándome en calmarla y distraerla, le dije que era portador de un mensaje con el saludo cariñoso de su prometido, y le expliqué como lo habíamos obtenido. Se tranquilizó un poco, y me contó que ella y su novio habían crecido juntos; que él había estado en Francia combatiendo por la patria, que había regresado en la mayor pobreza y acabado sus días en el hospital. Con gran dificultad logré hacerle comprender cómo se realiza el fenómeno de las comunicaciones medianímicas con el mundo espiritual; hice cuanto pude, y confío que, en lo futuro, dicha mujer tendrá una idea diferente de la que tenía, y más consoladora, en lo que se refiere a los misterios de la vida y de la muerte.

Me dio la dirección del padre de su prometido, que vivía a unos cinco minutos de distancia. Al llegar a su casa, hallé a un hombre que rajaba leña en la cocina —¿Es usted el señor Frazer?, le pregunté.—Sí, señor. —¿Es usted viudo? —Sí. —¿Perdió usted un hijo en la guerra? —Desgraciadamente, es cierto. —¿Era novio de una joven llamada Carroll? —Sí.

Al decir esto, descolgó de la pared una fotografía de su hijo, y me la enseñó. Me pareció un típico e inteligente representante de su clase social. Cuando expliqué al padre el motivo de mis preguntas, comunicándole el mensaje afectuoso de que era portador, vi que había tocado una cuerda que vibraba simpáticamente, al unísono, porque me contestó: —Precisamente estos días he leído un escrito de sir Conan Doyle que afirma las mismas cosas que usted. Gracias a dicha lectura, su mente estaba dispuesta a asimilar la verdad que le exponía.

Después de haber dialogado y fumado largo tiempo juntos, regresé a casa, plenamente satisfecho de los resultados de mi encuesta, aunque no fuese completa. En efecto, había que averiguar la causa que había producido aquella extraña confusión de nombres. ¿Cómo el espíritu comunicante había dado el apellido Eame, siendo así que, en realidad, se llamaba Fraser? Lo pregunté a mi esposa, que me contestó que nada sabía del caso, pero que iba a informarse. Volvió, efectivamente, y dio la siguiente aclaración: —El nombre del joven es Fraser, pero cuando él te hablaba tenía a su lado a un espíritu llamado Eame, el cual se había interesado extraordinariamente viéndole hablar con los vivos y esperaba impaciente su turno. Eame había muerto de la misma

enfermedad, el mismo día y en el mismo hospital. Cuando Arturo Fraser dio su apellido, intervino Eame, pronunciando el suyo, por lo que tú recogiste un nombre y un apellido indebidamente unidos, sin percibir la diferencia existente entre las dos voces directas que se habían hecho oír.

Estas aclaraciones me parecieron una solución muy plausible al enigma: me faltaba demostrar que estaban fundadas en la verdad de los hechos. Me dirigí al hospital para hablar con el médico, a quien había telefonado. Francamente le expuse el asunto, y le rogué que consultara de nuevo el Registro del hospital. Lo hizo en el acto, y con gran asombro suyo y satisfacción mía, leyó las notas siguientes:

—**Arturo Frase. Veintitrés años. Neumonía, 21 septiembre 1920.**

—**Jaime Enrique Eame. Cuarenta y seis años. Neumonía. 22 setiembre 1920.**

El único error existente en este admirable caso de identificación, consiste en la circunstancia de que mi esposa me había dicho que ambos hombres había muerto el mismo día, mientras que, según el Registro del hospital, el segundo falleció al día siguiente; pero el doctor me hizo notar que, muy probablemente, uno debió morir hacia media noche, y el otro, media o una hora después, es decir, con un intervalo de tiempo tan corto, que verdaderamente, no es posible elaborar sofismas a este propósito. Añadió que el Registro del hospital no hace constar más que el día de la defunción, nunca la hora. El doctor quedó profundamente impresionado por la evidencia de la prueba espírita, que surgía del encadenamiento de los detalles. Creo inútil añadir que yo no había conocido nunca a los protagonistas de este relato y que ninguna relación social o comercial ligaba a dichos individuos con ninguno de nosotros. A pesar de ello, el espíritu comunicante se manifestó, y yo logré vencer los obstáculos que dificultaban mi encuesta, probando la escrupulosa autenticidad de los informes que un espíritu, desconocido de todos, había dado por sí mismo con un fin de identificación personal. (Pag. 112-122)

Tal es el interesante episodio narrado por el señor Appleyard. Es sabido que en los casos de identificación espírita se registran con cierta frecuencia errores inexplicables de nombres, análogos al que acabamos de citar, lo que parece reforzar el punto de vista de los contradictores, puesto que, dicen, si la personalidad de un difunto comunicante comete un error al dar su propio nombre, o el nombre de su esposa, o el de su hijo, o el de su hermano, o el de su hermana, en tal caso, el valor probatorio en sentido espírita de los demás informes verídicos dados por la misma personalidad medianímica no existiría, y la hipótesis de una personificación subconsciente combinada con la clarividencia del médium (prosopopeya-metagnomía), sería verosímil, a pesar de los obstáculos teóricos de otra naturaleza. Esta era, en efecto, la tesis de Podmore y de otros muchos; pero fue negada por el doctor Hodgson y el profesor Hyslop, los cuales observaban que no se debía olvidar las dificultades enormes y complejas que surgen, indudablemente, ante una entidad espírita comunicando con diversas personas vivas y empleando el cerebro de otros, y por

consiguiente, que no está permitido resolver con tanta desenvoltura un enigma que tiene, por el contrario, necesidad de ser examinado largamente. El profesor Hyslop, fundándose en la oportuna analogía de las interferencias telefónicas, había, además, propuesto para los casos más turbios de esta clase una explicación idéntica a la que ha surgido espontáneamente del caso arriba citado. De aquí la importancia teórica del caso en cuestión, gracias al cual la hipótesis del profesor Hyslop adquiere una científica legitimidad. Efectivamente, debe deducirse que, la mayoría de las veces, los nombres erróneos que se registran en los casos verídicos de identificación espírita, provienen de la presencia de otras personalidades de difuntos deseosas de comunicar, y cuyos nombres se interponen en los mensajes en curso, bien por un impulso consciente, bien por la transmisión inconsciente del pensamiento de uno de ellos. No es, pues, lícito eliminar esta hipótesis considerándola gratuita y no demostrada, puesto que en el caso examinado se logró demostrar que el nombre erróneo obtenido, lejos de ser fantástico, era el nombre auténtico de un difunto del cual fue posible hallar las huellas, del mismo modo que pudo comprobarse que debió conocer en vida al otro espíritu comunicante y que había muerto de la misma enfermedad el mismo día y en el mismo hospital.

Haré observar que el simple hecho de haber podido identificar al difunto en cuya comunicación se produjo la confusión de nombres en el episodio que acaba de leerse, presenta un problema absolutamente inconciliable con toda interpretación natural de dicho caso. Examinémoslo más detenidamente.

Si se acepta la hipótesis de nuestros contradictores, por la que, en el episodio en cuestión, se trataría de un fenómeno de personificación subconsciente (prosopopeya), hipótesis a la que ha podido dar autoridad la revelación de informes verídicos obtenidos con el auxilio de las facultades clarividentes del médium (metagnomía), no sería posible explicarse el incidente de la sustitución de nombres que se produjo en aquella circunstancia. En efecto, la hipótesis de la lectura a distancia en las subconciencias de los otros, no concordaría de ningún modo con la hipótesis de la interferencia que se produjo, en la que fue transmitido el nombre de un difunto auténtico, pero extraño al difunto comunicante, lo mismo que a todos los vivos unidos directa o indirectamente con el comunicante. Es decir, en estas circunstancias las facultades clarividentes del médium no pudieron, ni siquiera por error, tomar dicho nombre de la subconciencia del padre de Fraser, o de la prometida del difunto, ni de la de los parientes de la prometida, ni de la de los experimentadores. Pues bien, si se considera que estas circunstancias constituyen obstáculos insuperables para la hipótesis contraria, que se suman a la otra circunstancia, no menos insuperable, constituida por la necesidad de relación física, que no habría podido establecerse entre la subconciencia del médium y las subconciencias de personas desconocidas del médium y de los asistentes, si se considera todo en conjunto, debe reconocerse que de ello resulta que la hipótesis de la prosopopeya-metagnomía es incapaz de explicar errores de esta naturaleza. No hay, pues, más que atenerse a la explicación que brota de los hechos en sí, y decir que el incidente de la sustitución de nombre es un fenómeno de interferencia causada por otro espíritu, que intentaba intempestivamente

trasmitir su nombre, el cual se interpuso en los mejor de la comunicación medianímica en curso, incidente que ocurre con frecuencia en el mundo de los vivos, bajo múltiples formas, en la telefonía y en la telegrafía sin hilos. En otros términos, quedando excluido que las sustituciones de nombres de la naturaleza del caso que examinamos puedan producirse a favor de la criptostesia y siendo, por el contrario, racional que tengan lugar dichas interferencias, a veces, en las comunicaciones medianímicas con los difuntos, hay que deducir de ello, lógicamente, que esta última hipótesis es la única, capaz de darnos cuenta de los hechos, y, por ende, la única científicamente legítima.

Añadiré que con esto se logra demostrar otra verdad teórica que no tratábamos de buscar: la de que la hipótesis espírita, en vez de sufrir con los errores que se encuentran en los mensajes de difuntos, saca provecho de ellos, y desde este punto de vista puede preverse que las demás incertidumbres teóricas que todavía existen a este respecto, constituirán, un día, otras tantas pruebas auxiliares de la misma interpretación.

Del Journal of the American Society for Psychical Research (1923, pags 552-555), extracto este tercer caso. Mr. Stuart Armour, miembro de dicha sociedad y conocido del profesor Hyslop, con quien cambió varias cartas a propósito del caso que voy a referir, escribe lo siguiente:

En San Francisco, hace ya varios años, comencé a interesarme por los estudios psíquicos. Durante algunos meses experimenté con médiums privados y profesionales; por último, tuve ocasión de conocer a la médium Sara Seal, distinguida señora, de unos sesenta y cinco años de edad, justamente apreciada por su honradez y la irreprochable corrección de su vida... Como vivíamos cerca, sucedía con frecuencia que iba a verla al salir de mi despacho, con el sólo objeto de conversar con ella.

Un día que le había hablado extensamente de mis proyectos de explotación de unos terrenos mineros en el Estado de Nevada, la señora Seal me interrumpió, diciéndome: ¡Es curioso! Mientras me hablaba usted de sus proyectos en Nevada, he oído una voz, de acento irlandés, que procede de una persona que se interesa mucho por dichos proyectos: he notado que no sabe expresarse sin intercalar en su discurso palabras inconvenientes o vulgares. Le contesté: “Le ruego que diga a quién le habla, que me haga el favor de nombrarse y de explicarme el interés que por mi empresa demuestra. La voz respondió: Me llamo Phil Longford, y añadió que, en vida, había preconizado durante varios años la oportunidad de explotar aquel mismo distrito minero, hacia el cual pensaba yo dirigir mi actividad.

El nombre era para mí tan desconocido, como para la señora Seal, y haré observar que el distrito minero de que se trata se encuentra en una distancia de 350 millas de San Francisco, en la región, casi inhabitada, de Nevada. Los más cercanos habitantes de dicho distrito eran dos viejos mineros que residían a unas once millas de allí, y jamás habían abandonado la localidad en que vivían. Uno de ellos, natural de Cornouaille, se llamaba Jaime Say y, residía en la región hacía muchísimos años.

La señora Seal era inglesa, y había vivido siempre en Kansas y en California. Nunca había puesto los pies en el Estado de Nevada; pero aunque hubiese residido allí, era absurdo que hubiera oído hablar de un oscuro agente de minas que había vivido mucho tiempo antes. Yo mismo, cuando me dirigí a la región para estudiar el terreno, hice cuanto pude por conocer su historia, la de la región, pues había encontrado huella de trabajos emprendidos con anterioridad. Lo único que logré saber fue que algunas tribus indias habían practicado exploraciones y hallado ricas muestras de mineral aurífero; pero nadie me habló de Phil Longford.

Por mediación de la señora Seal, dije al espíritu de Phil:

—si hace años habitaste en la región, debes conocer el viejo minero Jaime Say. —Cieto que le conocí, me respondió; pero entonces él era un joven. —Si le hablase de ti, ¿crees que se acordaría? —Debe acordarse; pero si me hubiese olvidado, recuérdale que yo era conocido como el mayor comilón y blasfemo de toda la comarca.

El resultado de este diálogo, fue que escribí a Jaime Say, diciéndole que había sabido que un irlandés llamado Phil Longford había hecho exploraciones en la región hacía

años, y le pedía que me dijera lo que de ello supiese. A vuelta de correo me contestó, diciéndome que había conocido mucho a Phil Longford, muerto años atrás, dejando un hijo, que aun vivía y residía en Reno (Nevada).

...El espíritu de Phil era una entidad llena de vida, pero vulgarísimo. A la señora Seal le repugnaba su jerga ruda e inconveniente. Siempre anunciaba su presencia por una sarta de juramentos, pero después era capaz de continuar hablando, sin ilustrar su conversación, con esa clase de expresiones. Se excusaba, diciendo que en el momento de volver a las condiciones terrestres, su antigua manera de hablar resurgía por sí misma, sin que pudiese evitarlo...

En nuestras conversaciones por mediación de la señora Seal, ésta no le entendía a menudo, porque empleaba, en su jerga irlandesa, expresiones por ella ignoradas. Se declaraba, además, descontento de mí, porque decía que no demostraba bastante energía para reunir los fondos necesarios y emprender la explotación de minas en la que tanto interés tenía. Una vez le pregunté por qué se interesaba tanto por mis asuntos, respondiéndome que se sentía ligado a aquel distrito hasta que se explotasen sus minas. Añadió que había esperado en vano muchos años, pero que, al fin, me había yo presentado. Me estudió, y adquirió la convicción de que yo era precisamente esa mezcla de hombre emprendedor y medio loco que era necesario ser para intentar la aventura.

Sabiendo que tenía un hijo que vivía en Reno, le pregunté si le parecía bien que le escribiese, contándole que estábamos en relaciones.

Phil me contestó: No lo hagas; sería inútil, porque no te creería. Y añadió esta predicción: Te has de encontrar con mi hijo, y entonces comprenderás cuál era el vicio del padre cuando se paseaba por la tierra.

Aproximadamente un mes después, estando sentado en un café de Reno, esperando la salida del tren, vi entrar en el establecimiento un hombre completamente ebrio, que se dirigió, recto, hacia mí, a pesar de que yo estaba en el fondo del local y éste literalmente lleno de mineros. Y me habló en esta forma:

Le conozco a usted, pero no puedo acordarme de su nombre. Venga a beber una copa conmigo. Le contesté que se equivocaba y que no le conocía, y me negué a beber con él; pero insistió en esto último de tal manera, que para librarme de aquel majadero acabé por ceder y acercarme al mostrador, vi que todo el mundo le conocía. Aprovechando un momento de distracción, pregunté al dueño del establecimiento quién era aquel hombre. Me contestó que se llamaba Longford. ¡Me había, pues, encontrado con el hijo de Phil!

En la próxima sesión con la señora Seal, es espíritu de Phil se manifestó en seguida, diciendo:

Ahora que has visto al hijo, habrás conocido cuál era el vicio del padre. Yo era un gran bebedor y por esto me hallo ligado a ese mundo. Cuando te dije que me sentía ligado al distrito minero de que te ocupas, quería decirte que, por una causa misteriosa que no sé explicarme, mi futuro progreso espiritual parece coincidir con la futura explotación de las minas que he explorado en vida. Y con su buen humor habitual, añadió: Tal vez la señora Seal, que es una sabia, podrá explicarte este misterio, que es para mí tan claro como agua fangosa.

El caso que acabo de relatar, se presta a algunas consideraciones de orden teórico-espírita que aclararían las incertidumbres existentes con motivo de las causas que determinan ciertos estados inferiores de transición en la existencia espírita; pero renuncié a ello, porque me harían salir del círculo en que nos mantenemos.

Me limito a hacer notar que, en el caso citado, se debe excluir completamente la más remota posibilidad de que el narrador o el médium hubiesen podido conocer la vida y costumbres del difunto Phil Longford, olvidándola luego (criptomnesia). En efecto, se ha visto que el mismo narrador, que se había personado en el lugar de la acción con objeto de tomar informes sobre la historia de las minas que se proponía explotar, no había recogido ningún dato sobre la existencia de aquel individuo, hombre que vivió oscuramente y cuyo fallecimiento había ocurrido muchos años antes, en una región desierta, distante trescientas cincuenta millas del narrador y del médium.

De esto se desprende que la hipótesis de la prosopopeya-metagnomia aparece, una vez más, impotente para explicar los hechos, y como en el caso especial de que se trata no se pueden encontrar otras hipótesis naturales lógicamente aplicables al mismo caso, examinando en todos sus detalles de realización, no queda más que recurrir a la única explicación posible, reconociendo que la personalidad comunicante era realmente el espíritu del difunto que declaraba hallarse presente. A este respecto no hay que perder de vista esta consideración; el médium no comprendía el lenguaje del espíritu comunicante cuando éste se expresaba en jerga irlandesa, lo que demuestra de una manera indiscutible la presencia de una individualidad pensante independiente de la individualidad pensante del médium.

Además, lo que contribuye admirablemente a confirmar estas conclusiones, es el interesante episodio de una predicción concerniente al próximo encuentro del narrador con el hijo de Phil. Todo contribuye a probar que este preanuncio no era precisamente un episodio de clarividencia en lo futuro por parte de la personalidad comunicante, sino el aviso anticipado de un encuentro que el espíritu comunicante se disponía a combinar, actuando telepáticamente sobre su hijo en el momento oportuno. Esto resalta netamente de las circunstancias en las cuales tuvo lugar el encuentro. Vemos, efectivamente, que el hijo de Phil, entra, ebrio, en el café lleno de gente y se dirige deliberadamente hacia el señor Armour, a quien nunca había visto, como si una influencia extraña le impulsase inconscientemente. Advertid también la otra circunstancia, cuando el hijo de Phil dice al señor Armour: “Le conozco a usted, pero no puedo acordarme de su nombre”, siendo así que, en realidad, no se habían visto nunca. Esto confirma la inducción de que actuaba bajo la impulsión telepática del espíritu de su padre, que trataba de determinar el próximo encuentro con su hijo, predicho al narrador. Una tercera circunstancia convergente en tal sentido, la hallamos en el hecho de que, en la sesión medianímica siguiente, que has visto al hijo, conocerás cuál era el vicio del padre, lo cual demuestra que estaba bien enterado del encuentro que había tenido lugar.

Es, pues, evidente que, en el caso relatado por el señor Armour, se hallan gran número de pruebas que demuestran el origen espírita de los hechos, y que, por el contrario, se comprueba la impotencia de la prosopopeya-metagnomia para explicar los casos de identificación espírita de esta naturaleza.

CAPITULO VII

NUEVAS HIPOTESIS DEL SEÑOR SUDRE PARA LIBERARSE DE DIFICULTADES INSUPERABLES

(CATEGORIAS II, III, y V)

Si pasamos al examen de las demás categorías, enumeradas más atrás, de manifestaciones inexplicables por hipótesis naturales, recordaré que la segunda, la tercera, la cuarta y la quinta, se refieren, respectivamente, a los casos de “apariciones de difuntos en el momento de la muerte”, a los casos de “niños videntes en el momento de la muerte de terceras personas”, a los casos de “telekinesia en el momento de la muerte y después de ella” y a los casos de “música trascendental en el momento y después de la muerte”. Me dispenso de

discutirlas, por haberlas examinado extensamente en monografías especiales que muchos de mis lectores probablemente, conocen, y en las cuales podrán encontrar gran número de casos absolutamente inexplicables por la prosopopeya-metagnomia, así como por cualquier otra hipótesis natural.

Sin embargo, debo detenerme un poco en este tema, puesto que el señor Sudre trata de las categorías correspondientes a dichos fenómenos (excepto de la de los “niños videntes en el momento de la muerte de terceras personas”, sobre la cual guarda un elocuente silencio), y cuando hace alusión a ella, lo hace, naturalmente, a su manera.

Cuando se publicó, hace dos años, la traducción francesa de tres de mis monografías con el título general de Fenómenos Psíquicos en la hora de la muerte, (1) el señor Sudre las analizó en el número de mayo-junio de 1924 de la *Revue Metapsychique*, logrando acumular en una sola página un estupefactivo embrollo de paralogismos y sofismas. Le contesté refutando todos los puntos de su sorprendente análisis en los fascículos de noviembre-diciembre de 1924 de la *Revue Spirite*. El señor Sudre no contestó, porque le era lógicamente imposible. Hoy, sin embargo, observo que no pudiendo dejar de hacer en su obra alusión a esta categoría de hechos, lo hace con cierta timidez como de paso, aunque habla lo suficiente para demostrar que ha renunciado a algunos de los sofismas principales de otro tiempo; pero con la fecunda inventiva de aquéllos que trabajan a capricho, sin preocuparse de los hechos, formula otros más fuertes aún que los antiguos. A decir verdad, no siempre logra inventar, y repite algunas de sus “frases efectistas” predilectas, empleadas en precedentes ocasiones, incluso cuando perjudican a su lógica. Así, por ejemplo, al tratar de los fenómenos de “música trascendental”, y no hallando buenas razones que oponer a algunos de los casos que cito, reedita en el libro una “frase de efecto” empleada ya en la crítica, y que consiste en una comparación nada feliz, que yo, basándome en los hechos, había ya refutado de una manera decisiva. Pero mi refutación de nada ha servido y vuelvo a encontrar la frase en la página 358, en la que se trata también de fenómenos de “música trascendental”: “Son fenómenos auditivos que se prestan más a la ilusión que los fenómenos visuales, y de ellos tenemos un ejemplo en los caracoles marinos, en los cuales se oyen las más hermosas sinfonías”. Cuando el autor empleó por vez primera esta comparación tan fuera de lugar, le advertí que “en los caracoles marinos no se oyen sinfonías, y mucho menos, cantos vocales humanos, y melodías, sino únicamente diferentes tonalidades de sonidos amorfos y confusos, que nunca adquieren un valor musical cualquiera”.

Después de esto, referí un ejemplo irrefutablemente espírita de “música trascendental” tan maravillosas, y en unas condiciones tan especiales, oídas colectivamente por todos los reunidos, es asombroso que el señor Sudre pueda comparar todo esto a los sonidos amorfos de un caracol marino, sonidos que, por otra parte, no son percibidos más que por la persona que se aplica al oído del caracol y no colectivamente por las personas reunidas.

Parece que esta última consideración habría debido bastar al señor Sudre para no recurrir de nuevo a su errónea comparación, y he aquí que, por el contrario, la vuelve a colocar en su libro. Estas incoherencias estupefactivas, demuestran el grave atolladero en que el autor se encuentra cuando se halla frente a frente de manifestaciones que no pueden ser explicadas de otro modo que por la hipótesis espírita. No pudiendo hacer otra cosa, se agarra desesperadamente a la primera “frase de efecto” que cae bajo los puntos de su pluma, sin reflexionar que las frases inconsecuentes perjudican, no a la causa que se combate, sino a aquél que las emplea, en el concepto de las personas competentes.

A propósito de “telekinesia en el momento de la muerte y después de ella”, el señor Sudre expone de una manera demasiado sumaria un caso que yo he relatado,

Aplicarle, tímidamente, su antigua hipótesis consolidada por una hipótesis nueva.

Primeramente, es preciso que relate, resumido, el caso que he citado en el libro *Fenómenos Psíquicos en la hora de la muerte*:

El doctor V. Caltagirone refiere que, habiendo tenido un día en su casa una larga discusión con uno de sus amigos, llamado Benjamín Sirchia, a propósito de la supervivencia del alma, éste, acérrimo materialista, le prometió que, si moría antes que él, iría a darle la gran noticia de su supervivencia, haciéndose reconocer por una manifestación especial: la de romper cualquier cosa de la lámpara colgante del comedor en que estaban hablando. Habiendo muerto Sirchia lejos de su residencia y sin que el doctor lo supiese, cumplió su promesa, anunciándose, primeramente, por golpecitos dados en la lámpara, y, luego, partiendo en dos el tulipán móvil que pendía sobre el tubo de vidrio de la lámpara de petróleo y depositando bajo ésta, en línea vertical, el trozo desprendido, es decir, en un punto donde no habría podido caer naturalmente, porque al tropezar con el recipiente del petróleo se hubiese desviado. Hay que hacer notar que las primeras manifestaciones de golpecitos habían comenzado “tres días después” de la muerte de Benjamín Sirchia y se renovaron durante cinco o seis días consecutivos, hasta que consiguió romper algo de la lámpara. Cuando lo consiguió, un golpe formidable, como el que produciría un bastón golpeando la mesa del comedor, anuncio el hecho. Desde aquel momento cesaron las manifestaciones, evidentemente porque ya había cumplido la promesa hecha.

Veamos, ahora, cómo el señor Sudre comenta estos hechos en su obra:

La explicación metapsíquica se reduce a buscar el sujeto productor de los fenómenos de telergia; o bien es el agonizante quien actúa físicamente a distancia, o bien es el mismo testigo, cuyo subconsciente, advertido de la muerte, realiza la promesa. En el caso Caltagirone es muy probable que agente y percipiente sean ambos sujetos...

Detengámonos un instante para examinar esta explicación, que no es más que la antigua teoría de los relevos, sostenida por el autor en la primera crítica que hizo a los casos de la categoría considerada, teoría que refuté en el artículo a que he

aludido. Dicha teoría consiste en imaginar que un fenómeno telepático (supuesto, en nuestro caso, no existente), sea capaz de producir en el percipiente una corriente de energía medianímica (supuesta también, por comodidad teórica), susceptible de perseverar cinco o seis días consecutivos en su tentativa de ejecutar un fenómeno determinado, mientras el supuesto agente nada percibe de anormal en si mismo y continúa trabajando en su despacho, en tanto que en el comedor siguen produciéndose las manifestaciones telekinésicas, de las que él, sin embargo, sería el generador exclusivo. Juzgo inútil combatir una hipótesis tan fundada en el vacío como la precedente, y remito a mis lectores a mi artículo, antes citado, en el cual la combatí a fondo. Paso, pues, a la segunda hipótesis, que el señor Sudre formula para robustecer la primera. Continúa así:

Por último, es lícito suponer que el fantasma telepático creado en la agonía puede, en ciertos casos, conservar una vida independiente de la de su creador, o, más bien, unirse a los vivos durante algún tiempo. La telepatía experimental no nos ha probado que las formas viniesen exclusivamente del sujeto y al él volviesen exclusivamente.

Lo verdaderamente extraordinario es que tales imbroglis se presenten con las galas de una hipótesis científica por los mismos que consideran anticientífica la hipótesis espírita. Se diría que se trata de una chanza; todo es fantástico, gratuito y absurdo en esta hipótesis, y no vale la pena de perder el tiempo discutiéndola; los hechos bastarán para hundirla y sepultarla en el ridículo. Pero antes de recurrir a ellos, tenemos que examinar otra teoría complementaria formulada, un poco más lejos, por el señor Sudre. En cierto punto de su alegato antiespírita (pag, 374), se da cuenta de que la hipótesis más arriba citada no le basta para explicar a su manera los casos de identificación espírita, y formula otra, a propósito del hecho de que cuando un sensitivo-psicómetra recibe un objeto que haya pertenecido al fallecido, está en condiciones de dar informes pasados y presentes sobre el difunto, como si el objeto psicometrizado hubiese servido para establecer el “lazo psíquico” con el pensamiento del vivo ausente. Dice el señor Sudre:

Llegamos al punto capital en que el metapsiquismo debe afrontar la hipótesis de la supervivencia. Puesto que la experiencia no nos demuestra que exista diferencia en la función metagnómica cuando la persona está viva y cuando está muerta, es que la memoria de dicha persona sobrevive... Estaos muy distanciados de la hipótesis espírita. Estas memorias que sobreviven no son, evidentemente, del “psicológico muerto”, colecciones de clisés apilados fuera del espacio, pero tampoco son personalidades vivientes. La vida que se le puede prestar es una vida inconsciente, una vida sonambúlica, en la que sólo reina el automatismo de la memoria. Para revestirse de una vida, aun muy incompleta, pero que imite la muestra, es preciso que el sujeto les preste un poco de su cuerpo y quizá un poco de su espíritu...

Y en la página 394 añade:

Demostrando, como lo hemos hecho, que la metapsíquica prueba, todo lo más, la supervivencia de una memoria “duplicata” de la existencia terrestre, pero sin actividad

posible sin el concurso de un espíritu encarnado que la resucita, se destruye la teoría fundamental de Myers...

Y en la página 413:

Nosotros admitimos la supervivencia de la memoria pura, pero aun suponiendo que ésta no sea más que un simple depósito inerte, dicha memoria no podría constituir una verdadera personalidad. Privada de su apoyo físico, no forma más que un fantasma, que, tal vez, se disocia y desvanece. Para reconstituirla, es necesario un organismo vivo, un sujeto metapsíquico...

Las dos hipótesis que acabo de exponer constituyen las columnistas fundamentales de la teoría antiespírita formulada por el señor Sudre. De ello resulta que si basándonos en los hechos demostramos su estupefactiva insuficiencia (sin tener en cuenta su absurdo, que raya en lo ridículo), se provocaría el derrumbamiento inmediato de todo el castillo de sofismas y de paralogismos edificado por el señor Sudre con objeto de combatir a los que proclaman que la existencia y la supervivencia del alma pueden ser demostradas experimentalmente.

No bastante, antes de acudir a los ejemplos, es conveniente hacer resaltar cómo la elocuencia de los hechos ha obligado finalmente al señor Sudre a hacer tales concesiones teóricas, que son en extremo perjudiciales para la tesis materialista que defiende. En efecto, si es cierto que hay que admitir la existencia de un “fantasma teleplástico”, o “doble” humano que se separa del cuerpo después de la crisis de la muerte para conservar una vida independiente de la de su creador, o, mejor, para unirse a los vivientes durante algún tiempo; si es cierto, por último, que debe completarse esta teoría, suponiendo, también, que las “memorias que sobreviven, y que no son evidentemente del psicológico muerto, no son tampoco personalidades vivientes”; si se admite todo esto, ay que convenir en que, quien obligado por los hechos llega a tales extremos teóricos, pronto tendrá que llegar a reconocer su error, a menos que sufra una ofuscación, y a adherirse sin condiciones a la hipótesis espírita. Efectivamente, las hipótesis atolondradas que formula no son defendibles ante el examen de los hechos, y no pueden constituir más que una “etapa teórica de transición”, que deben conducir, racionalmente, cada vez más lejos a quien ha llegado al punto de reconocer la existencia permanente e independiente de un fantasma espiritual, consciente e inteligente, desprendido de la envoltura somática en el momento del fallecimiento.

Volvamos a los hechos. Invito al señor Sudre a que aplique sus hipótesis al caso ya relatado de Phil Longford, del que resulta que la personalidad de un difunto se manifestó al señor Armour unos treinta años después de su muerte, lo que ya contribuye a demostrar que el “fantasma teleplástico” sobrevive largo tiempo después de la muerte del cuerpo. En el mismo caso, además, se advierte que la personalidad del comunicante, lejos de consistir en un fantasma inconsciente condenado a permanecer en el mismo sitio, suspendido en el aire, como un globo cautivo, en espera de un médium que le preste momentáneamente una apariencia de vida; lejos

de permanecer unidos, no se sabe cómo ni por qué, a la persona de un vivo cualquiera, despliega, por el contrario, una independencia, una conciencia y una vitalidad suficiente para manifestarse a un desconocido que se encuentra a trescientas cincuenta millas del lugar en que él, Lougford, falleció, y todo ello, facilitando maravillosas pruebas de identidad personal, demostrando tal independencia del médium y tal actividad “sin el concurso de un espíritu encarnado que le resucita”, que logra influenciar telepáticamente a su hijo, para realizar la intención de hacerle hablar con el señor Armour. No añado nada más porque lo que acabo de decir basta y sobra para echar por tierra las nuevas hipótesis imaginadas por el señor Sudre. Que intente, si le es posible, probarme lo contrario.

Le ruego, además, que se esfuerce en aplicar sus hipótesis a los casos anteriormente relatados de Jaime Fraser-Eame y la señorita Warner-Jorge Pelma, como en el admirable caso de “Oscar Wilde” que expuse en los números de marzo, y siguientes, de 1926, e la *Revue Spirite*.

Le invito, por último, a adaptar sus hipótesis a los siguientes casos, en los que, una vez más, se ve que los espíritus de los difuntos pueden obrar libremente “sin el concurso de un espíritu encarnado que les resucita”, demostrándose que son entidades espirituales independientes del médium, provistas de una personalidad, de una voluntad y de una actividad que le son propias.

Extracto el episodio del libro de Hannen Swaffer; *Northcliffe's Return*, libro interesantísimo que apareció recientemente en Inglaterra y en el cual se trata de las manifestaciones y pruebas de identificación personal suministradas por el difunto lord Northcliffe valiéndose de varios médiums. Es otro caso de identificación espírita de primer orden e inexplicable por cualquier teoría materialista, que viene a sumarse a la colección, tan extensa y precisa, de casos de la misma naturaleza, comprobados en estos últimos tiempos.

Existe en Londres una señora distinguida llamada Mrs. Gibbons Grinling que con ardor e inteligencia se ocupa de metapsiquismo y tiene la constancia de celebrar cada semana tres sesiones de una hora con su hijo Dionisio, auxiliada algunas veces por su amiga la señora Leonard, persiguiendo el fin de desarrollar en sí misma la mediumnidad de la “voz directa”. Su perseverancia fue puesta a prueba, pues durante tres semanas no se percibió el menor indicio que permitiera confiar un obtener el resultado que se buscaba. Una noche, por último, en un rincón de la habitación en que la madre y el hijo estaban sentados, en completa oscuridad, se oyó una débil voz espírita que decía: “¡Mamá!”

Era la voz de su hijo Cedric, muerto muy joven. A partir de aquel día, el fenómeno de la voz directa se desarrolló rápidamente en la señora Gibbons y alcanzó bien pronto una rara perfección, de tal modo, que ahora los espíritus no tienen necesidad de portavoz para condensar las vibraciones sonoras, y hablan independientemente, con el timbre de voz que les era propio en vida.

Pues bien; una tarde en que la señora Gibbons Grinling hacía una sesión estrictamente familiar, lord Northcliffe se manifestó espontáneamente para declarar al médium que deseaba que se invitase a aquellas reuniones al periodista Hannen

Swaffer, a quien deseaba hablar. La señora Grinling conocía, naturalmente, a lord Northcliffe por su reputación, pero nunca había oído hablar de un periodista llamado Hannen Swaffer. Para informarse, se dirigió a su amiga, la médium señora Leonard, la cual se encargó de avisar al periodista y presentárselo.

El señor Swaffer tomó parte en una de las sesiones con las señoras Leonard y Grinling.

La sesión comenzó con la habitación alumbrada por una bombilla eléctrica ordinaria, suspendida en el centro del techo. Minutos después, se oyó una “voz directa”, procedente de un ángulo oscuro de la estancia, que advertía: “La luz es demasiado fuerte”. Era la voz de Cedric, el hijo de la señora Gibbons Grinling. El señor Swaffer se levantó y lanzó contra la lámpara, colocada muy alto, algunos pañuelos, dos de los cuales se adherieron a ella, formando una especie de pantalla que hizo disminuir sensiblemente la intensidad de la luz. Refiere el señor Swaffer:

Casi en seguida oí la voz de lord Northcliffe, que murmuró junto a mi oído: “Doris está aquí, conmigo”. Para poder comprender este anuncio, debo añadir que, algunos días antes, celebrando una sesión con la señora Leonard, yo había preguntado al lord si en el medio espiritual en que se hallaba no había encontrado nunca a alguna persona a la cual hubiese estado yo muy unido. Y había añadido: —¿Has comprendido de quién quiero hablarte? —Sí, me contestó; ella se encuentra, efectivamente, conmigo. Yo no había pronunciado su nombre, pero él continuó hablando de ella durante algún tiempo. “Fedá” añadió que sabía que la amiga de quien se trataba “había sido muy probada en el curso de su existencia”.

Se ve claramente que así que lord Northcliffe tuvo ocasión de llevar consigo a mi amiga, lo hizo, aunque yo no se lo había pedido... Poco después se oyó una voz de mujer, que se dirigió a mí, diciendo: “Soy yo, Doris, la que te hablo. De nuevo me encuentro contigo ¿Te acuerdas del lugar en que nos encontramos? —Sí, contesté yo, y para recordarlo, mi memoria tuvo que retroceder un cuarto de siglo. —¿Es la primera vez que te manifiestas?, preguntó la señorita Owen. —Sí, respondió, añadiendo, luego: Mi vida ha sido un continuo tormento. Mi hijo está a punto de regresar a Inglaterra... No debe saber... Guarda el secreto...

Perfectamente comprendí lo que quería decir. Era un mensaje de ultratumba en el que se me pedía que velase por una persona que había sido muy querida de quien hablaba. Su alusión se refería a algo que yo era el único que conocía. Y el espíritu comunicante tenía empeño en que no trascendiera. Debo hacer constar que, en varias ocasiones, yo me había preguntado si era conveniente o no revelar su origen al joven de que se trataba...

No intentemos descorder el velo, bastante transparente, por otra parte, que oculta el secreto de la muerte, secreto compartido por el consultante. Mi tarea se limitará a demostrar por qué razones constituye un caso de identificación espírita el incidente que acabo de exponer, que es inexplicable por la hipótesis de la prosopopeya-metagnomía, aunque estuviese combinada con las otras dos hipótesis inventadas, para comodidad de su teoría, por el autor.

Hagamos notar, primeramente, una circunstancia interesantísima, que se repite continuamente en la larga serie de sesiones relatadas en el libro de Hannen Swaffer: la de la continuación ininterrumpida de la memoria de lord Northcliffe que, al pasar de un médium a otro, recuerda siempre lo que ha dicho y hecho en el curso de las manifestaciones precedentes, como obraría una individualidad espiritual

propriadamente dicha, es decir, una entidad extraña a todos los médiums por quienes se manifiesta. Esta circunstancia es más especialmente notable en el caso citado, porque el espíritu, no solamente recuerda, sino que, a consecuencia de lo que recuerda, prepara una sorpresa al consultante, dedicándose a buscar un médium con el cual sea posible que la difunta amiga converse de viva voz con su amigo vivo. Una vez descubierto el médium, se manifiesta por él, expresando el deseo de que se invite a la reunión a un individuo desconocido de los asistentes, cuyo nombre sabe él. Detengámonos un instante para reflexionar en la significación teórica de estos diversos detalles. El hecho de buscar y descubrir un médium adaptado a sus fines, lo mismo que el hecho de la cita por él fijada para alcanzar dichos resultados, prueban más que nunca que aquél que de tal suerte se comportaba era un agente espiritual extraño al médium que empleaba. Efectivamente, este agente había deliberado y obrado en dicha circunstancia, no ya por el auxilio de un médium, sino “sin el concurso de un espíritu encarnado que le resucita”, lo cual se desprende del hecho de haber desarrollado su actividad en el intervalo transcurrido entre dos sesiones experimentales, intervalo que había sido de varios días. En estas condiciones, es claro que la hipótesis de la prosopopeya-metagnomia, robustecida por la de la supervivencia temporal de un “fantasma teleplástico inconsciente” y apoyada a su vez por la otra de la “supervivencia de una memoria, duplicada de la existencia terrestre, pero sin actividad posible sin el concurso de un espíritu encarnado que la resucita”; es claro, digo, que este conglomerado de hipótesis fantásticas no es aplicable a manifestaciones supranormales, que se desarrollan fuera de sesiones experimentales, fuera de toda relación medianímica, fuera de toda influencia psíquica de los vivos. Después de esto, no debemos desdeñar el valor teórico en el mismo sentido, contenido en el simple hecho de una “voz directa” que expresa el deseo de la intervención en las sesiones de una persona desconocida de todos los asistentes. ¿De dónde, efectivamente, había emergido el nombre de la persona viva desconocida que se deseaba ver intervenir en las sesiones con un fin determinado? Este es el nuevo enigma que el “conglomerado de hipótesis” ya nombrado es impotente para resolver; todo esto está tan claro, que no hay necesidad de detenerse en demostrarlo. Queda por señalar la otra circunstancia del secreto de la difunta y de sus intenciones a este propósito. Dice el señor Swaffer: “Mi hijo no debe saber... Guarda el secreto...” Pues bien, si se piensa que esta voluntad no era la del consultante, el cual, por el contrario, pensaba contárselo todo al joven de quien se trataba; si se tiene en cuenta que era una voluntad comunicada al señor Swaffer desde el más allá, y que él era el único que podía juzgarla en toda su delicadeza; si se relacionan estos considerandos con los que se ha dicho precedentemente, creo que no es posible dudar de la única solución capaz de explicar los hechos. Obsérvese, por último, que, en el curso de la sesión, las personalidades de Doris y lord Northcliffe, hablaron con el timbre de voz que les era propio cuando vivían, detalle que produjo en el señor Swaffer una profunda impresión.

Tal es el episodio que someto de una manera especial al análisis del señor Sudre, previniéndole que en mis clasificaciones de casos se encuentran gran número de

ejemplos de esta especie, en los cuales, bajo formas siempre diferentes, se desarrolla la misma circunstancia inexplicable para toda hipótesis natural, lo que hace resaltar, frente a la razón, la evidencia demostrativa, irresistible y decisiva, a favor de la solución espírita, de los casos de identificación personal de difuntos. Al mismo tiempo, es claro que si se quiere llegar a la solución científicamente definitiva de este problema, ello no es posible más que siguiendo los procedimientos del análisis comparado, procedimientos que, por mi parte, jamás he dejado de respetar, pero por el contrario, los incorregibles forjadores de teorías en el campo enemigo lanzan sus fantásticas hipótesis con suprema ligereza, sin preocuparse en modo alguno de medir la capacidad explicativa de las mismas por la confrontación con los hechos. Si de otra manera obrasen, no tardarían mucho en darse cuenta, en cada ocasión, de que sus lucubraciones antiespíritas están edificadas sobre arena, y aún sobre el vacío, y se evitarían exponerse a tan pocos brillantes contratiempos.

CAPITULO VIII

<APARICIONES DE DIFUNTOS EN EL MOMENTO DE LA MUERTE>

Llegando al examen que el señor Sudre hace de los casos de “apariciones de difuntos en el momento de la muerte”, compruebo, primeramente, que ha suprimido la primera objeción que me había dirigido cuando publicó el análisis de mi libro, y que ha conservado la segunda, a pesar de que ésta quedaba refutada por los mismos argumentos que demolían la primera. Bien es cierto que ahora nos presenta la segunda hipótesis en forma algo diferente, haciéndola más compleja y general, con la esperanza de hacerla así invulnerable. Pero se engaña, se hace ilusiones. Véase la nueva edición sus antiguos argumentos:

Bozzano ha coleccionado tres grupos de estos casos espontáneos que considera irreductibles. No vemos que los casos de “apariciones de difuntos en el momento de la muerte” resistan a la explicación metapsíquica. Sabemos que las crisis orgánicas favorecen las facultades telepáticas. Si se ven fantasmas a la cabecera del moribundo, es éste quien, verosíblemente, los ha creado, objetivando las imágenes de seres queridos, de aquéllos que sólidas tradiciones morales o religiosas le han presentado durante su vida como habitantes de un país que él va a habitar a su vez. Incluso si sus facultades conscientes están abolidas, el subconsciente puede tener una actividad considerable. Si

los seres cuyas imágenes aparecen han habitado los mismos lugares, sus huellas psíquicas pueden también concurrir a la producción del fenómeno. Bozzano declara que, en telepatía, es el fantasma del agente quien se aparece al percipiente. Aquí sucede a la inversa, pero no se trata de telepatía, y los fantasmas son realmente objetivos. (Pág. 357).

A propósito de la última objeción que, a su vez, no es más que la repetición de la precedente, observaré que parece imposible que, en el espacio de tiempo que ha transcurrido no se haya dado cuenta el señor Sudre de que en los casos del género de que se trata, la única hipótesis que nuestros contradictores hubiesen podido hacer valer con alguna razón, era precisamente la de una telepatía bajo la forma del pensamiento de los asistentes, o de los ausentes, dirigido en aquel momento hacia los difuntos visualizados por el moribundo, y que, una vez excluida esta posibilidad, insostenible en la mayoría de los casos, no existía, ni podía existir ninguna otra hipótesis explicativa, fuera de la que afirma la presencia en el mismo lugar de los difuntos visualizados por el moribundo. En estas condiciones, no me queda más que señalar con satisfacción que, por una vez, me encuentro de acuerdo con mi contradictor, el cual, afirmando muy justamente que en las circunstancias en cuestión “no se trata de telepatía”, reconoce la razón de la hipótesis espírita, aunque parezca no sospecharlo.

Para demostrar lo que afirmo, me veo en la necesidad de reproducir un pasaje de mis precedentes argumentaciones, en las que refuto primeramente la hipótesis alucinatoria defendida antiguamente por mi contradictor, y luego, la de la teleplastia, que aun defiende. Véase cómo me expresaba:

Un poco más adelante, a propósito de las apariciones de difuntos en el momento de la muerte, mi crítico observa:

El señor Bozzano añade este argumento: “Si los fenómenos en cuestión hubiesen sido causados por el pensamiento del moribundo dirigido hacia los seres que amaba, el moribundo, en vez de estar sujeto exclusivamente a fenómenos de formas alucinatorias representando difuntos, habría debido percibir, más frecuentemente, formas alucinatorias representando personas vivas, pero esto no ocurre nunca. —¿qué sabe él? —Loa fenómenos de vivos son frecuentes en la historia de la Metapsíquica”.

Me apresuro a contestar a la interrogación que en tono perentorio me dirige, diciendo que poseo cierta competencia en materia de clasificaciones metapsíquicas; lo que yo afirmo es siempre el resultado del análisis comparado de un gran número de hechos recopilados. En el caso que nos ocupa, los hechos me demuestran que los fenómenos del género de las “apariciones de vivos se producen con relativa frecuencia, pero que “no se conoce ningún ejemplo de apariciones de vivos en la hora de la muerte”. Es esta última circunstancia, teóricamente importantísima, la que he querido poner en evidencia por la argumentación incriminada, lo que hace que la pretendida objeción-refutación que mi crítico me dirige, es decir, que “los fantasmas de vivos son frecuentes en la historia de la Metapsíquica”, no es una objeción, ni una refutación, sino,

sencillamente, una comprobación de fenómenos que ningún metapsiquista puede soñar en discutir.

Ahora, por vía de informe complementario de este tema, añado que en mis clasificaciones de casos se hallan cinco episodios de moribundos a los cuales se aparecieron fantasmas de personas que los asistentes creían vivas: pero en todos los cinco casos resultó que las personas vistas por los enfermos habían fallecido hacía poco tiempo, sin saberlo ninguno de los asistentes, ni el moribundo, en un intervalo de tiempo que oscilaba entre nueve días y cinco meses. Esta circunstancia es, sin duda, digna de tenerse en cuenta, y contribuye a aumentar el valor de la prueba negativa, ya elocuente por sí misma, de que acabamos de hablar, prueba negativa que sirve, más que ninguna otra afirmativa, para demostrar el buen fundamente de mi hipótesis.

Concluyo, pues, en los siguientes términos: "Dado que del análisis comparado de los hechos resulta que, en los fenómenos de apariciones de difuntos en la hora de la muerte, no se producen nunca interferencias de "apariciones de vivos", siendo así que dichas interferencias debieran realizarse frecuentemente, si las apariciones de que se trata fuesen debidas a una "proyección del pensamiento del moribundo", de ello se desprende que esta última hipótesis se derrumba fatalmente. No queda, por lo tanto, más que una sola hipótesis capaz de explicar el conjunto de los hechos: aquélla que afirma que las apariciones de difuntos en la hora de la muerte son manifestaciones objetivas y extrañas a todos los presentes, o, en otros términos, que en dichas apariciones debe reconocerse las auténticas personalidades espirituales de los difuntos vistos por el moribundo y por los asistentes.

Añadiré que estas consideraciones echan por tierra otra objeción que me dirige el señor Sudre sobre el mismo tema. Dice:

Por último, como argumento supremo, el señor Bozzano escribe: "salvo rarísimas excepciones, es el fantasma del agente quien se manifiesta al percipiente, mientras que en los casos de apariciones de difuntos a la hora de la muerte, la regla, también indiscutible, es diametralmente opuesta. Este argumento queda destruido, como los demás, cuando se abandona la idea de una acción telepática por la de fenómenos telepáticos creados por la imaginación subconsciente del moribundo, y en todo comparables a los que se obtienen en las sesiones de materializaciones".

Para refutar esta objeción fantástica, basta con repetir lo que he dicho para refutar la objeción precedente. Si es cierto que en los casos de apariciones de difuntos en la hora de la muerte no se registran episodios de apariciones de vivos, aunque el moribundo piensa a menudo e intensamente en personas ausentes que le son queridas, esto prueba que las apariciones de difuntos vistas por el moribundo no son proyecciones ni objetivaciones de su pensamiento. En efecto, si ello es así, el moribundo, en esta segunda circunstancia también, debería materializar con más frecuencia fantasmas de vivos que de fallecidos. De esto se deduce que esta segunda objeción fracasa, como la primera, a

consecuencia de la inexistencia de la supuesta causa generadora del fenómeno; y, por consiguiente, una vez más, mis argumentos a favor de la presencia real de los difuntos, vistos por los moribundos y los asistentes, aparecen, como nunca, científicamente legítimos y teóricamente decisivos”.

Tal era entonces mi argumentación. Pues bien, es evidente que si mi contradictor tenía la intención de hacer valer a outrance sus opiniones sobre este tema, estaba obligado, primeramente, a demostrar el error de los argumentos con que yo refutaba su tesis. ¡Y ha preferido no contestar y seguir exponiendo sus sofismas! ¿Cómo explicarse esta curiosa idiosincrasia de las facultades lógicas de nuestro autor? Porque, una de dos, o está persuadido de que tiene razón, y entonces debe saber demostrar por qué motivos la tiene, o sabe íntimamente que está equivocado, y en este caso, ¿para qué continuar emitiendo juicios infundados!

¿Es una obcecación? ¿Ha tomado su partido y no quiere dar su brazo a torcer? No dictamino, pero repito que si los metapsiquistas grandes y pequeños continúan en su sistema de no contestar a los argumentos rigurosamente lógicos que echan por tierra sus sofismas y paralogismos si continúan sirviéndose de éstos como si hubiesen contestado, las doctrinas metapsíquicas progresarán únicamente gracias a los esfuerzos realizados por los espiritistas, puesto que los directores del movimiento espírita han tenido siempre en cuenta las objeciones razonables que les dirigen los metapsiquistas.

Antes de pasar a otro tema, creo necesario referir un ejemplo de apariciones de difuntos en la hora de la muerte, en beneficio de aquéllos de nuestros lectores que no conozcan todavía bien esta cuestión. Para no repetirme, elijo uno de los que se han producido después de la publicación de mi monografía sobre dicho tema, aunque advierto que en ella se encuentran los casos más demostrativos en el sentido espírita.

He aquí un extracto del *Journal of the Society for Psychical Research* (vol XXI, págs. 345-349). El hecho es relatado por el profesor William Barrett y por su esposa, doctora en medicina y cirugía, que fue de él testigo. Escribe el profesor Barreto;

Los casos de visiones de moribundos, cuando éstos perciben el fantasma de uno de sus parientes cuya muerte ignoran, son, quizá, una de las mejores pruebas a favor de la supervivencia. Yo he dado a conocer algunos ejemplos impresionantes en mi libro “On the Threshold of the Uncen”, y un gran número de casos de esta naturaleza se encuentran en los “Proceedings” de nuestra sociedad. El mismo profesor Richet reconoce que estos casos son importantísimos y más explicables por la hipótesis espírita que por la de la criptostesia y añade: “De todos los hechos invocados para hacer admitir la supervivencia, éstos (las visiones de los moribundos), son los más inquietantes”. Bien entendido: “inquietantes”, desde el punto de vista materialista.

De todos modos, debemos tener en cuenta que el hecho de las alucinaciones propiamente dichas, no son raras en el momento preagónico, y que, por consiguiente, podría haberlas provocado un estado psíquico de atención expectante del moribundo, de

lo que resulta que los casos teóricamente más importantes son aquéllos en los que se halla la prueba concluyente de que el moribundo ve el fantasma de un difunto “cuya muerte ignora”.

El interés, en este sentido, del caso que voy a relatar, está aumentado por la circunstancia de las extraordinarias precauciones que se tomaron para evitar que la enferma supiese la defunción de la persona que se le apareció en la hora de su muerte. El caso me fue referido inmediatamente por mi esposa y ocurrió siendo ella cirujana obstétrica del Hospital de Maternidad de Clapton.

En el mes de enero último (1924), mi esposa recibió recado urgente del doctor Phillips, de guardia en el hospital, para que se presentara a atender a una parturienta que estaba en peligro de muerte por debilidad cardíaca. Acudí mi esposa en el acto; el niño fue salvado, pero no era posible salvar a la madre, que se extinguía lentamente. Lady Barreto escribió con este motivo:

“Cuando entré en la sala en que se encontraba la señora B., ésta me tendió la mano diciéndome: “Le doy a usted las gracias por todo lo que ha hecho por mí y por mi bebé”. ¿Es niño o niña?. Luego, estrechándome nerviosamente la mano, me dijo: “No me deje usted todavía, no se vaya... Se lo ruego”. Minutos después, mirando hacia la puerta de la sala, que estaba brillantemente iluminada, dijo: “¡Oh! Haga usted que no esté esto tan oscuro. Ya no había mucha claridad, y cada vez la oscuridad es mayor”. Instantes más tarde, miró a lo alto, y sonriente y feliz, exclamo: ¡Oh, cuán hermoso es esto! ¿Qué encanto!” Le pregunté: ¿Qué es eso tan hermoso? —Lo que veo, me contestó. —¿pero qué es lo que ve usted? —Unos seres maravillosos, rodeados de una luz esplendida... ¡Oh, cuán maravillosa es esa luz!. Luego su mirada se fijó en un rincón de la sala, y exclamo: —<¡Cómo! ¡Ahí está mi padre! Me dice que es feliz y que me disponga a reunirme con él... Todo esto es hermosísimo. Sólo quisiera que P. (su esposo), estuviese con nosotros>. Su padre había muerto algún tiempo antes.

Se envió a buscar al marido de la moribunda, que llegó poco después. Le acogió con alegría y le habló del recién nacido... Amablemente, le rogó que se apartara un poco, diciéndole: <Déjame ver esa luminosidad maravillosa...> Poco después expiraba, sonriente y feliz>.

Para completar la relación de los hechos escribí a la directora del hospital, la cual me enteró de un incidente que, desde el punto de vista teórico, es el más importante. Dice la directora:

“Poco tiempo antes del fallecimiento de la señora B., me encontraba yo a su cabecera con su esposo y su madre. Su esposo estaba inclinado sobre ella y le hablaba, cuando ella le empujó amablemente a un lado, al mismo tiempo que le decía: <¡Oh, no me ocultes este maravilloso espectáculo! ¡Es demasiado hermoso!> En seguida, volviendo la cabeza hacia la parte en que yo estaba, miró un punto en el espacio, y dijo: ¡Toma! Vida está aquí...” Hacía alusión a una de sus hermanas, muerta tres semanas antes, pero cuyo fallecimiento ignoraba ella...”

El profesor Barret escribió a la madre de la vidente, que confirmó el importante episodio de la visión de Vida en los siguientes términos:

El episodio más maravilloso es el que se refiere al fallecimiento de mi querida hija Vida, que estaba inválida desde hacía varios meses y murió el 25 de diciembre de 1923, es decir, diez y ocho días antes de la muerte de Doris (la señora B.). En aquella época ésta última estaba ya gravemente enferma, y la directora del hospital nos previno que debíamos ocultar rigurosamente a la enferma la defunción de su hermana. Así, cuando íbamos a verla, nos quitábamos los vestidos de luto, y todas las cartas que le dirigían

eran remitidas a su esposo, a fin de asegurarse de que en ellas no se hacía alusión a la muerte de su hermana.

Después del parto, mi hija se extinguió rápidamente, en cierto momento, dijo: “Cada vez hay más oscuridad; ya casi no veo”. Poco después, su rostro pareció iluminarse con una claridad espléndida, y comprendí entonces que la visión de los cielos se había desplegado ante ella. Era un espectáculo edificante la beatitud que reflejaba su rostro. Mi querida hija dijo: ¡Qué espectáculo tan espléndido y maravilloso! ¿No podéis verlo como yo? . Luego fijo la mirada en un punto del espacio, diciendo: Mi padre está aquí, conmigo. Ha venido, porque desea que está con él. ¡Está tan solo...! Después le dirigió la palabra, diciéndole: ¡Voy! ¡Voy!. Se volvió hacia mí, y me dijo: ¡Oh, si supieras cuán cerca está de nosotros...! Volvió a mirar al mismo sitio, y exclamó, sorprendida: ¡Cómo! ¡Vida está con él! Y dirigiéndose a mí, de nuevo, me preguntó: ¿Sabes tú, madre, que vida está con él? Y otra vez a su padre: Bien sé que deseas que está contigo... Voy... Voy... . Después de decir esto, murmuró algunas palabras de adiós, que no comprendimos bien...

A propósito del caso tan interesante que se acaba de leer, recordaré que ya he advertido al señor Sudre que jamás se ha dado el caso de un moribundo a quien haya aparecido el fantasma de una persona viva, cualquiera que fuese su deseo de volverla a ver antes de expirar, circunstancia de un gran interés teórico, puesto que elimina la explicación alucinatoria de las visiones de los moribundos, que se funda en la atención expectante. Añadía que no solamente no se había producido esto jamás, sino que, por el contrario, se registraba la circunstancia complementaria de los agonizantes a los cuales se habían aparecido fantasmas de personas que el moribundo y los asistentes creían aún vivas, pero que en todos los casos de esta clase se había reconocido en seguida que el vivo que se había aparecido al moribundo había fallecido hacía algún tiempo, sin que nadie lo supiera. El caso que acabaos de exponer viene a sumarse a los demás, aunque pertenezca a un grupo bastante diferente, puesto que los asistentes conocían el fallecimiento de la persona aparecida a la moribunda. Esto, sin embargo, no impide que sea considerable su valor en el sentido espírita, porque la hipótesis de una transmisión telepática de los asistentes a la agonizante no puede ser seriamente defendida. En efecto, si así fuese, el fenómeno debió desarrollarse de una manera sensiblemente distinta. De todos modos, si alguien se sintiese inclinado a admitir esta explicación, le recordaré que, primeramente, debe explicar los casos en que ninguno de los asistentes conocía la muerte de la persona que se manifestó al enfermo. Y como, seguramente, no lograría explicarlos por ninguna de las hipótesis naturales, tendría que reconocer el hecho de que los casos de apariciones de difuntos a la hora de la muerte no son explicables más que de una manera: por la admisión de la presencia real, en el lugar de la acción, de los difuntos aparecidos al agonizante.

En apoyo de estas conclusiones, recordaré que en mi monografía sobre las manifestaciones de esta categoría se encuentran episodios aun más decisivos, en este sentido, que el señalado por el profesor Barrett. Así, ocurre, por ejemplo, en los de casos de niños pequeñitos que estando presentes a la agonía de otro de la

misma edad, perciben fantasmas de difuntos que son reconocidos por los asistentes, circunstancias todas que bastan a eliminar de una manera definitiva las hipótesis alucinatoria y telepática, sea por parte del moribundo, sea por la del percipiente, puesto que los niños de cinco años, que ignoran, incluso, lo que es la muerte, no pueden autosugestionarse en este sentido al punto de provocar en sí mismos visiones alucinatorias de difuntos trasmisibles, a otro niño presente. Haré observar a este respecto, que la eficacia teórica, desde el punto de vista espírita, de estos episodios, es tan evidente para todo el mundo, que se ha impuesto al juicio imparcial del profesor Richet, el cual tuvo la loable franqueza de reconocerlo.

CAPITULO IX

<FENOMENOS DE XENOGLOSLIA>

(Categorías VI yVII)

Continuando mi análisis crítico de las objeciones dirigidas por el señor Sudre a las categorías especiales de manifestaciones espíritas examinadas aquí, debe ocuparme de la sexta y séptima categoría, en las cuales están, respectivamente agrupados, los casos de “personalidades de difuntos que hablan y escriben corrientemente en una lengua ignorada del médium, y, a veces, de todas las personas presentes (glosolalia o xenoglosia); y los casos de personalidades de difuntos que escriben corrientemente con la escritura que les era propia en vida” (lo cual es infinitamente distinto del fenómeno análogo de la reproducción supranormal de una simple firma).

En lo que hace relación a los casos de glosolalia o de xenoglosia, el señor Sudre los desflora de una forma mucho más insuficiente y superficial que las demás categorías de fenómenos que discutimos.

Escribe;

El caso en que el sujeto poseído se pone a hablar una lengua extranjera que le es desconocida, no debe ser examinado con la misma pretensión de descubrir en él un caso de criptomnesia. Flournoy ha citado ejemplos de esto, especialmente el de una anciana señora que en el curso de una sesión se puso a hablar el indostánico, que ella no había oído hablar desde a edad de cuatro años, en que salió de la India. Elena Smith había absorbido lo que sabía de sánscrito hojeando una gramática u otros documentos escritos. El sujeto de Richet escribía frases en griego moderno, que no eran más que paradigmas del diccionario de Bysantius. Los errores cometidos eran de orden visual, no gramatical, “como si los caracteres tipográficos hubiesen sido vistos de lejos y superficialmente trascritos por alguien que supiera el griego...” Por último, en los casos rarísimos en que el sujeto responde a preguntas hechas en una lengua para él desconocida, tenemos que admitir que se apodera de los recuerdos de aquél que encarna.

Esta forma de tratar el tema, demuestra que señor Sudre no ha tenido empeño en profundizar el asunto que discute, puesto que se limita a examinar las dos modalidades de xenoglosia que no presentan valor teórico en sentido espiritualista; es decir, aquéllas que pueden explicarse por la criptomnesia, y que yo le abandono por completo, y aquéllas en que el médium responde a preguntas que se le dirigen en una lengua que él ignora. El señor Sudre considera estos últimos casos como rarísimos, siendo así que se producen cada vez que un hipnotizador se halla en condiciones de estrecha relación con su sujeto. El fenómeno se explica por el hecho de que el sujeto clarividente no comprende la significación de las palabras que se le dirigen, pero lee en el cerebro de su

hipnotizador el pensamiento que éste último expresa por medio de palabras. En efecto, en su modalidad psicofísica de “estado vibratorio” de la sustancia cerebral (o del periespíritu), el pensamiento debe ser idéntico en todos los individuos pensantes, aparte toda relación con la lengua en que la individualidad pensante lo traduce exteriormente.

La dificultad insuperable para la explicación natural de los fenómenos de xenoglosia comienza cuando el médium, no solamente comprende las preguntas que se le dirigen en una lengua que ignora, sino que responde y conversa en ella con toda facilidad. Sobre este punto no ha osado pronunciarse el señor Sudre, y me expreso en esos términos, porque no puede suponerse que no conozca los casos de esta naturaleza, que se realizan a menudo y que en estos últimos tiempos se han multiplicado, adquiriendo formas muy variadas, teóricamente importantísimas todas ellas. En los números de junio y julio de 1925 de la Revue Spirite cité varios casos de esta clase, recientísimos, reproducidos del libro de H. Denno Bradley: *Towards the Stars*, en los cuales los espíritus consultantes hablan corrientemente en su patuá nativo; uno de ellos era el vasco, otro el galés. En la segunda obra del mismo autor; *The Wisdom of the Gods*, pueden leerse otros episodios interesantes del mismo género, en los que los espíritus comunicantes, siempre por medio de la voz directa, se expresan en francés, alemán, italiano, danés, ruso, chino y japonés. En dos ocasiones, los consultantes, a fin de poner a prueba al espíritu comunicante, que había comenzado la conversación en la lengua del médium, es decir, en inglés, le invitaron a continuar en su idioma nativo, cosa que efectuó en el acto. En otra sesión, una señora rusa casada en Dinamarca dirigió en danés la palabra a un espíritu comunicantes, pero éste, rebelándose como su propio hermano, le contestó: “Soy Oscar; hablemos en ruso”.

Para no extenderme demasiado sobre estas cuestiones tan claras, me limitaré a referir un solo episodio de esta clase, en el que la conversación tuvo lugar en japonés.

La noche del 18 de marzo de 1925 fue invitado a una sesión el poeta japonés Gonnoské Komai, y el señor Bradley refiere a este propósito lo que sigue:

El episodio más dramático de la sesión se desarrolló cuando una voz se dirigió, en japonés, al señor Gonnoské Komai. Por dos veces el portavoz cayo al suelo antes de que el espíritu comunicante lograra adquirir fuerza suficiente para materializar su voz. Después, el portavoz luminoso se levantó por tercera vez, se trasladó frente al señor Komai y le tocó dos o tres veces, tras lo cual se oyeron salir del portavoz estas palabras: ¡Gonnoské! ¡Gonnoské!

Al oír su nombre, el señor Komai se impresionó vivamente, por un motivo del que más adelante hablaremos.

Poco a poco, la voz adquirió fuerza, y por último, dio su nombre: **Otani**. Establecida ya la identidad del comunicante, siguió una corta conversación en lengua japonesa, en la cual el difunto habló casi siempre de sus hijos.

Más tarde, el señor Komai nos hizo conocer una circunstancia importantísima respecto al hecho de que el espíritu comunicante le hubiese saludado llamándole por su nombre:

¡Gonoské! ¡Gonoské...! Según la costumbre japonesa, únicamente el hermano mayor o el padre y la madre, tienen derecho a llamar a una persona por su nombre de pila, y es altamente significativo comprobar que el espíritu que se había manifestado al señor Komai tenía derecho a obra así, puesto que era el de su hermano mayor, muerto hacía poco tiempo.

Cuando el espíritu comunicante se retiró, Bert Everett (el espíritu guía), intervino diciendo: Tu madre está también con tu hermano.

A propósito de estas noticias, hay que hacer notar que el señor Komai es un hombre muy joven que nadie podía suponer que su hermano y su madre habían muerto ya. Nos parece inútil añadir que los asistentes ignoraban todo lo que se refiere al señor Komai, de la misma manera que ignoraban el idioma japonés.

Considero este episodio, en el cual se ha conversado en lengua japonesa y se han dado pruebas tan notables de identificación personal, como uno de los testimonios más hermosos e indiscutibles obtenidos en nuestra época en apoyo de la supervivencia del alma. (Ibid, páginas 305-306)

Es evidente que en el caso expuesto por el señor Bradley, lo mismo que en todos los demás obtenidos con el médium Valiantine (que no conoce más lengua que la propia, siendo así que, con él, las voces directas han hablado en siete lenguas y dos patuás diferentes) la hipótesis de la criptomnesia queda completamente excluida. Basta una ligera reflexión sobre este tema, para sentar que, desde el punto de vista natural, no hay ninguna otra hipótesis a que recurrir. No hay más que pensar que si para comprender una lengua no es necesario que el médium la conozca, porque le basta percibir el pensamiento del consultante, ya no es lo mismo cuando se trata de hablarla. En este caso, es preciso absolutamente que el médium conozca la lengua, siendo la clarividencia impotente para hacérsela conocer, y esta impotencia proviene del hecho de que la estructura orgánica de una lengua es una para abstracción, que no puede verse ni percibirse en el cerebro de los demás.

No se podrá sostener lo contrario sin admitir que el médium, gracias a su propia lucidez, consigue instantáneamente aprender el valor de todos los vocablos, lo mismo que todas las reglas gramaticales de un idioma, por medio de las cuales podrá agruparlos y disponerlos, coordinarlos en frases racionales, variarlos según su género, número, declinación y conjugación, y por último, que logre aprender en el acto la fonética especial de cada palabra, el acento característico de cada lengua y de todo dialecto, los innumerables idiotismos y locuciones que constituyen el fermento vivo de todos los idiomas . ¿Es esto posible? No puedo siquiera imaginarme que hay contradictores que, con el solo objeto de evitar cualquier otra explicación sencilla, natural, que emerge espontáneamente de los hechos, se atreva a sostener una tesis extravagante y absurda de esta naturaleza.

De todos modos, si la desesperada situación teórica en que se encuentra el señor Sudre le impulsase a defender una tesis tan fantástica, le prevengo que en tal caso el onus probando no pesaría sobre los hombros de los espíritas, sino de quien se atreviese a sostener que si el médium se expresa en una lengua de él

ignorada, es porque ha captado sus conocimientos lingüísticos en la subconciencia del consultante; es decir, que habría realizado el milagro de captar lo que no existía en la subconciencia del consultante, puesto que la estructura orgánica de una lengua no es más que una pura abstracción. Es, pues, al señor Sudre a quien corresponde probar en el terreno de los hechos el fundamento de sus afirmaciones, en contradicción con los espíritas, los cuales han hecho valer todo un conjunto orgánico de pruebas colaterales, convergentes, como a un centro, hacia la convalidación de su tesis.

En efecto, los espíritus comunicantes no se expresan solamente en su idioma o dialecto nativos, sino que lo hacen con el timbre de voz que en vida les era característico, empleando los mismos giros, las expresiones que les eran familiares, las tendencias y la intelectualidad que les eran propias; no hay un detalle, por insignificante que sea, de su existencia terrestre o de la de su familia y amigos que no recuerden, y a menudo refieren detalles ignorados de todos los asistentes, cuya exactitud se comprueba en seguida. Los espíritas ponen en primer lugar otra circunstancia que basta, por si sola, para echar por tierra completa y definitivamente la curiosa hipótesis que los contradice: que se conocen casos de xenoglosia en los que el espíritu comunicante habló y escribió en un idioma ignorado de todos los asistentes. Más adelante, al hablar de las materializaciones, referiré algunos ejemplos de esta clase... Me parece, por lo tanto, que la derrota de la prosopopeya-metagnomia es decisiva cuando pretende aplicarse a la xenoglosia. De todas maneras, repito que el onus probando corresponde a los antiespíritas, que sostienen una tesis en perfecta armonía con el conjunto de los hechos.

Examinemos entretanto cómo se ingenia el señor Sudre para explicar el caso de las “personalidades de difuntos que escriben corrientemente con la escritura que les era propia en la vida” En diferentes partes de su obra toca el asunto, pero siempre de paso, en perentorias sentencias, sin preocuparse de demostrar su justificación con hechos. Cuando se advierte esto, hay para asombrarse de que los metapsiquistas reprochen a los espíritas que lancen hipótesis gratuitas sin tomarse el cuidado de justificarlas.

Observa nuestro autor en la página 353 de su libro:

No siendo la escritura más que un sistema de recuerdos, no debe sorprendernos que un sujeto pueda reproducir la firma de un muerto, y no hay que tener necesidad de relacionar con la criptomnesia (paso de la señorita Smith por Chessenax, que no está lejos de Ginebra), el caso del cura Burnier y del síndico Chaumontet, para negarse a creer en una manifestación espírita de estos últimos.

Y en la página 291:

Podríamos sorprendernos... de la producción de una escritura semejante a la de una persona fallecida... pero una escritura no es más que un fenómeno psicomotor.

Esta sentencia radical que no es más que una pura expresión verbal, sin significación, sería, según el autor, apta par resolver este intrincado misterio.

En la Revue Metapsychique de enero-febrero de 1926, se le presentó al señor Sudre una buena ocasión, la del sensitivo austriaco Schermann, que, cuando era puesto psicométricamente en relación con una persona, lograba, a veces, transcribir lentamente, como si copiase un autógrafo colocado ante él, la firma de la persona de quien se trataba.. Entonces, nuestro autor exclama triunfalmente:

Esta es una prueba aplastante de que no es necesario recurrir a la hipótesis espírita para explicar los hechos de reconstitución de una escritura o de una firma de difuntos. (Pág. 63).

La fatalidad quiso que, como una ducha sobre el entusiasmo antiespírita del autor, apareciese el número de marzo de 1926 de Revue Spirite al mismo tiempo que su artículo, conteniendo otro mío en el que estudiaba el admirable caso de identificación personal del difunto escritor inglés Wilde, cuyos mensajes constituyeron una reproducción de su escritura. Esto es completamente diferente y nada tiene de común con el fenómeno de copiar, de un clisé percibido subjetivamente, la firma del consultante, del mismo modo que el hecho de que un iletrado pueda copiar material y penosamente, como si dibujase, algunas palabras escritas por otra persona, no prueba de ninguna manera que pueda copiar corrientemente una página entera.. Todo aquél que posea un átomo de inteligencia comprenderá que estos dos hechos no tienen entre sí ninguna analogía real, puesto que el uno constituye lo que es notoriamente posible, y el otro, lo que es notoriamente imposible.

Al llegar aquí no quiero dejar de reproducir el pasaje de mi artículo concerniente a la diferencia existente entre estos dos órdenes de hechos.

Véase lo que yo hacía notar a este respecto:

Comenzando por la prueba de identidad caligráfica, recordemos lo que antes hemos dicho: que todos los mensajes dictados gracias a las mediumnidades combinadas del señor Travers-Smith y del señor V..., constituyeron un facsímil asombroso de la escritura autógrafa del difunto que decía estar presente, de tal modo, que los trazos característicos más insignificantes de dicha escritura, han sido reproducidos al mismo tiempo que los más salientes; por ejemplo, los de la letra "a", escrita a la manera del alfa, o el hecho de separar un grupo de letras de las otras, dentro de la misma palabra. Podemos darnos cuenta comparando los facsímiles insertos en la obra del señor Travers-

Smith. No creemos inútil añadir que, en estas circunstancias, el médium automático escribía con los ojos cerrados y con rapidez vertiginosa.

Tales son las modalidades complejas y extraordinarias con que se produjo durante varios meses el fenómeno, modalidades que sugieren consideraciones teóricas importantísimas y opuestas a toda explicación natural de los hechos. Para demostrarlo mejor, será oportuno buscar, en primer lugar, hasta qué puntos extremos podría llevarse legítimamente la interpretación naturalista de esta clase de manifestaciones. Si se tratase, por ejemplo, de la reproducción pura y simple de la firma de un difunto, la hipótesis de la criptomnesia podría ser formulada legítimamente, puesto que no se podría excluir de una manera absoluta la posibilidad de que la firma reproducida no hubiese sido vista sin darse cuenta por uno u otro de los dos médiums; siendo así, el clisé de la firma habría emergido de su subconciencia, ayudado por el automatismo psicológico. Otro tanto puede decirse de la hipótesis de la criptostesia, según la cual, las facultades clarividentes de los médiums habrían percibido de un modo directo, a distancia, la firma de Oscar Wilde en cualquier libro o documento, reproduciéndolo psicográficamente, como si lo copiasen de un modelo. Todo ello puede ser sostenido con razón (a pesar de todo, no quiero decir con esto que dichas hipótesis sean razonables en todos los casos). Pero, por el contrario, habría que excluir en absoluto—y nadie, por otra parte ha pensado en defenderla, —la posibilidad de que con la criptomnesia y la criptostesia se logre explicar bien la circunstancia, en absoluto distinta, de un médium automático escribiendo en forma corriente y rápida, cerrados los ojos, con la escritura del difunto que se dice presente. Tal fenómeno es muy otra cosa porque ya no se trataría de copiar un modelo visual, o de evocar un clisé subconsciente, sino de expresar sus pensamientos empleando la escritura de otra persona. Y como la escritura de un individuo es la expresión simbólico-específica de su sistema neuromuscular, resulta que es imposible escribir corrientemente con la escritura especial de otro, es decir, especial a su sistema neuromuscular, como es imposible a todo individuo, cualquiera que sea su situación psíquica, hablar con facilidad en una lengua que ignora por completo. De esto se deduce que cuando estas manifestaciones se producen en las sesiones medianímicas, no puede existir más que una interpretación racional de los hechos: admitir la intervención del difunto que dice estar presente.

Añadiré, por último, que también en esta circunstancia es oportuno insistir sobre el hecho, tan importante, de que el espíritu comunicante no se ha limitado a identificarse escribiendo con su propia letra, sino que se ha esforzado en facilitar todas las pruebas que razonablemente tenemos derecho a exigir en estas circunstancias, desde la transmisión de numerosos incidentes personales, que todos los asistentes ignoraban, a la prueba memorable de la identidad del estilo, o, mejor, de los dos estilos que caracterizaban la personalidad literaria del difunto comunicante, pasando por la prueba, más categórica que todas las demás, de la emergencia de su personalidad intelectual y moral, surgiendo límpidamente a través del estilo, personalidad compleja, extraña e inimitable, y por fin, la última y maravillosa prueba que se ha añadido hace poco tiempo a las anteriores: la de dictar al médium una comedia entera, en cuatro actos, que ha asombrado a los que la han leído, no sólo por sus cualidades literarias, sino, sobre todo, a causa de su perfecta concordancia con el teatro del mismo autor, concordancia que se manifiesta en una forma llena de vivacidad, en un estilo epigramático,

tanto como en los personajes y en la construcción escenográfica, de antiguo corte.

De esto se desprende que en esta circunstancia, como en tantas otras, los espíritas presentan un conjunto orgánico de pruebas convergentes, como a un centro, a la confirmación de su tesis, mientras los contradictores quedan reducidos a presentar una hipótesis explicativa que aparece en absoluto contraste con el conjunto de los hechos que debería aclarar. De aquí nace la inferencia inevitable de que, en las circunstancias actuales, el onus probando sigue correspondiendo a los opositores, y no a los espíritas, que establecen sus conclusiones basándolas en los procedimientos científicos del análisis comparado y de la convergencia de las pruebas.

CAPITULO X

<FENOMENOS DE “DESDOBLE FLUIDICO” O DE “BILOCACION” EN EL MOMENTO DE LA MUERTE>

Pasemos ahora a la octava categoría de los fenómenos espíritas enumerados más atrás, en la que están inscritos los fenómenos de bilocación en el momento preagónico. El señor Sudre no se ocupa de ellos de una manera especial; se limita a aludirlos indirectamente, o mejor, los sobreentiende cuando hace referencia a los fenómenos vecinos de la exteriorización de la sensibilidad y de la formación de un doble sensibilizado resultante de ello, y que el coronel de Rochas habría logrado fotografiar. En dichas circunstancias hace también alusión a la hipótesis de la existencia de un “cuerpo fluídico”, o “periespíritu”, calificándolo de pura ilusión (págs. 318-319). No obstante, un poco más adelante modifica sensiblemente su parecer, a causa de la confusión intempestiva que le producen ciertas manifestaciones metapsíquicas inexplicables por la prosopopeya-metagnomía.

Ya he hecho notar que, en tales casos, supone la existencia de un fantasma fluídico, que se desprenderá del organismo en el momento de la muerte, pero tan sólo para permanecer en el mismo lugar., verosíblemente, suspendido en la atmósfera, como un globo cautivo, en un estado de inconsciencia absoluta y en

espera de un médium que le atraiga o resucite durante unos instantes. Se comprende que ese deplorable desecho de la tumba, engendrado no se sabe muy bien cómo (probablemente para ofrecer una cómoda teoría al señor Sudre), estaría destinado a disolverse en la Nada en un corto espacio de tiempo (también para prestar un servicio a nuestro autor). Como ya he hecho notar, estas extravagantes teorías están en contradicción flagrante con el conjunto de las manifestaciones que pretende explicar. Hemos visto, en efecto, que los casos de manifestaciones de difuntos demuestran con todo rigor que el pretendido fantasma inconsciente y percedero que se ha desprendido del cuerpo en la crisis de la muerte, no era de ningún modo percedero, puesto que podía manifestarse medio siglo después del fallecimiento, y de ningún modo era inconsciente, puesto que demostraba que era capaz de percibir la presencia de un médium a 350 millas del lugar de su muerte; porque, además era apto para trasferirse en el acto sobre el terreno; porque daba pruebas de una acción independiente de todo médium terrestre entre dos sesiones experimentales; porque podía ejercer telepáticamente, con determinados fines, su influencia sobre personas vivas; en una palabra, porque todo contribuía a probar, con hechos, que la teoría elegido por el señor Sudre era un conjunto de absurdos sin pies ni cabeza, que, una vez más, demostraba que nuestro autor ignora, o desdeña, los procedimientos científicos del análisis comparado, y erige sus teorías entregándose a los caprichos de la fantasía, como los poetas y los novelistas. Lo que queda de verdad de su teoría es la existencia de un “doble fluidico”, o “cuerpo astral”, o “periespíritu”, que se desprende del organismo corporal en el instante de la muerte y sobrevive al cuerpo en condiciones de plena conciencia y potencia, por la sencilla razón de que el “doble fluidico” no es más que la envoltura del espíritu.

He publicado una extensa monografía sobre los “Fenómenos de Bilocación” (Annales des Sciences Psychiques, 1911). En ella examinaba su génesis, evolución y finalidad. Sin embargo, como han pasado diez y seis años desde que la escribí, gran número de casos análogos se han acumulado en mis archivos, lo cual hace necesaria una segunda publicación, complementaria de la primera. Entretanto puedo ocuparme de ello, aprovecho la ocasión para relatar algunos de los nuevos casos recopilados.

Comenzaré por un episodio de “desdoble fluídico” por la acción del cloroformo, caso que, aunque no se ajusta exactamente al tema que examinamos, que se refiere a los fenómenos de esta naturaleza, producidos en el momento preagónico, me decido a citarlo por vía de introducción, y porque los casos de desdoble fluídico son relativamente frecuentes y muy significativos en los sujetos cloroformizados.

La señora Edita Archdale, la conocida autora de libros de viajes y exploraciones africanas, relata el incidente personal que a continuación reproducimos en una carta dirigida al director de Light (1916, pág. 119):

La experiencia de sir Artur Conan Doyle, a propósito de su hijito enfermo, que, estando delirando vio lo que ocurría en otra habitación, es análoga a una experiencia que me es personal y que me sucedió cuando, hallándome en Johannesburgo (África del Sur), me sometía ala acción del cloroformo para la extracción de un diente... Cada vez que el dentista se acercaba a mí con el gatillo, le decía: “Todavía no duermo”, y, en consecuencia, el dentista me administraba una nueva dosis del narcótico. De repente, me ví de pie al lado del sillón en que yacía mi cuerpo, y experimenté un vivo deseo de no volver a reintegrarme a él. Y con el fin deliberado de hacerme matar, no cesaba de pedir nuevas inhalaciones de cloroformo. Efectivamente, me dijeron que cada vez que el dentista se aproximaba a mí para operar, le repetía: ¡Más cloroformo aún!. Pero el operador acabó por negarse y renunció a extraerme el diente en aquel momento. Poco después, me encontré otra vez en mi cuerpo y volví en mí... Entonces me trasladaron a otra habitación, me colocaron en una silla larga que se alzaba pocas pulgadas del suelo, me administraron más cloroformo y me arrancaron el diente cariado. Pero en el curso de la operación, las más extraordinarias cosas pasaron en mí. Me encontraba fuera de mi cuerpo, suspendida en el espacio, consciente del gran cambio que se había producido en mi ser. Lo más interesante es que, de pronto, me di cuenta de que poseía conocimientos que abarcaban siglos enteros. Vibraba de exaltación, pero sabía que no estaba muerta y que debería reintegrarme pronto a mi cuerpo. En aquellos instantes me dominaba la idea de que tenía una gran nueva que comunicar al mundo, y que, por lo tanto, no debía olvidarla. Poco después, me sentí obligada a tomar contacto con mi cuerpo, y entré en él por sacudidas sucesivas, a cada una de las cuales olvidaba una parte de lo que había aprendido y conocido.

Esperando que recobrase el conocimiento, el doctor y el dentista se habían asomado a la ventana; yo me sentía solo en parte entrada en mi cuerpo. Fue entonces cuando me dirigí a los dos y les dije: Mirad esa señora inglesa sentada con su criado cafre en un cochecillo tirado por perros, la misma manta abriga sus piernas. Detesto esas familiaridades con los criados indígenas. El dentista y el médico se volvieron, sorprendidos, para mirarme, viendo que yo permanecía tendida sobre mi silla, que era muy baja, como ya he dicho, por lo cual era de todo punto imposible que pudiese ver lo que ocurría en la calle. Debo hacer notar que el gabinete del dentista se hallaba en el último piso de un edificio muy alto, y que, para ver la calle, había que inclinarse fuera de la ventana. Así lo hicieron el doctor y el dentista, y vieron un cochecillo arrastrado por perros en el que iban una señora inglesa y un criado cafre, ambos con las piernas cubiertas por una manta de viaje. Volvieron entonces a mi lado y comprobaron que yo continuaba en un estado de inconsciencia. Y, no obstante, acababa de describir algo que mis ojos cerrados no habían podido ver... Después de esta experiencia ya no he dudado del Más Allá. Sé, con toda seguridad, que por la acción del cloroformo mi personalidad espiritual ha sido desligada de sus lazos corporales y se ha hallado en el ambiente que la aguarda después de la muerte. Y, en consecuencia, sé que no podemos morir...

Los casos de “desdoble flúidico” o “bilocación”, no deben ser considerados aisladamente, sino en conjunto, que es cuando adquieren una fuerza sugestiva y una evidencia probante irresistible. En efecto, si aplicamos los procedimientos del análisis comparado a centenares y centenares de episodios del mismo género, en los cuales se hallan representadas todas las gradaciones que toma esta fenomenología, de modo que hagamos resaltar las modalidades por que se determina el fenómeno de la exteriorización del cuerpo flúidico, es muy difícil

dudar entonces de la objetividad de dicho fenómeno, quedando así eliminadas las hipótesis onírica y alucinatoria, que son las únicas que pueden oponerse a fenómenos de esta clase. Estas conclusiones surgen firmemente de las consideraciones que siguen:

En primer lugar, porque las diversas gradaciones con que se producen los fenómenos de bilocación no sólo se completan mutuamente, sino que se confirman entre sí de un modo admirable. Comienzan por los llamados fenómenos de la “sensación de integridad” de los mutilados, en los que el sentido de la integridad del miembro amputado es a tal punto real, que si se logra distraer la atención del mutilado éste percibe incluso las sensaciones que el miembro inexistente debería percibir, si no faltase. Llegamos luego a los casos de desdoble apenas esbozado en los que el sujeto, siempre guardando una plena conciencia de sí mismo /autoscopía) percibe su fantasma a distancia; luego, a los casos en que la conciencia personal ha sido trasferida al fantasma, que percibe a distancia su propio cuerpo inanimado; vienen, después, los casos en que el desdoble tuvo lugar en el curso del sueño natural, del sueño provocado, del síncope y del coma. Llegamos ahora a los casos en que el fantasma desdoblado de un vivo dormido es percibido por otras personas; y a los casos en que el fenómeno del desdoble flúidico se produce en el momento de la muerte y es percibido por sensitivos, y por último, a los casos en que el fantasma desdoblado en el momento de la muerte es percibido al mismo tiempo por todos los asistentes.

En segundo lugar, la hipótesis “onírica” y “alucinatoria” deben ser excluidas, porque los fenómenos de bilocación en el momento de la muerte han sido siempre descritos por los videntes con las mismas minuciosas modalidades de realización, en las que se advierten detalles tan nuevos, tan inesperados, que no es posible, lógicamente, suponer que puedan surgir tan idénticos en la mentalidad de todos los videntes, sean hombres civilizados, bárbaros o salvajes.

En tercer lugar, porque experimentalmente se obtienen fotografías de fantasmas desdoblados de personas vivas (coronel de Rochas, profesor Istrali, etc.) y fotografías del fenómeno análogo en el momento de la muerte.

En el siguiente caso el desdoble flúidico en el momento de la muerte es visto tan sólo en su primera fase, pero es percibido colectivamente por ocho personas que no poseían la facultad de la clarividencia.

Lo copio del Ligh (1922, pág 182). Miss Dorothy Monk envió al director de la revista citada, Mr. David Gow, el siguiente informe de lo ocurrido en el momento de la muerte de su madre:

En nuestra familia hemos sido testigos de un fenómeno extraordinario en el momento de la muerte de mi adorada madre, que tuvo lugar el 2 de enero de 1922. Dicho fenómeno nos impresionó profundamente a todos, por lo que con ansiedad solicitamos de su experiencia las oportunas aclaraciones.

Después de una larga enfermedad, agravada por un ataque de gripe gástrica, nuestra madre murió a consecuencia de debilidad cardiaca. Hacia las siete de la tarde del día

fatal, la enferma, que estaba en estado comatoso, abrió la boca, observando todos, desde aquel momento, cómo se formaba una nubecilla blanca sobre su cabeza, prolongándose hasta la cabecera de la cama. Salía de la boca y se condensaba más por el lado opuesto del lecho. Permanecía suspendida en el aire, como una densa nube de humo blanco, haciéndose, a veces, bastante opaca para impedirnos ver el respaldo de la cama, pero variaba sin cesar de densidad, aunque apenas nos dimos cuenta de que la nubecilla tuviese movimiento.

Mis cinco hermanas estaban presentes, y todas pudimos contemplar el extraño fenómeno. Mi hermano y mi cuñado llegaron en aquel momento, y lo observaron a su vez. Una luminosidad azulada iluminaba el ambiente, de vez en cuando aparecían bruscamente vivas chispas de luz amarillenta. Observamos que la mandíbula inferior de la moribunda había continuado abriéndose poco a poco.

El fenómeno no se modificó de modo sensible durante algunas horas, únicamente una especie de aureola de rayos amarillentos apareció alrededor de la agonizante. Contamos siete de esos rayos, que sin cesar cambiaban de tamaño, oscilando entre doce y veinte pulgadas. Hacia media noche todo desapareció, aunque mamá no falleció hasta las siete y media de la mañana.

A las seis y quince minutos de la misma mañana, una de mis hermanas, que descansaba en otra habitación, oyó una voz que le murmuraba: ¡Todavía una hora de vida! ¡Todavía una hora...! Se levantó, muy impresionada, y fue a asistir a los últimos momentos de nuestra madre, que, en efecto, exhaló el último suspiro una hora y dos minutos después de haber oído mi hermana la voz premonitoria...

Agradecemos vivamente a Dios habernos permitido asistir a la partida de un alma, evitándonos el dolor de un adiós definitivo...

Este caso es teóricamente interesantísimo, en primer lugar, desde el punto de vista probante, puesto que se trata de un hecho recientísimo, relatado en seguida por los mismos testigos.

El director de Light—Mr. David Gow,—se personó en casa de la señorita Monk para hablar con ella y los demás individuos de su familia del fenómeno que habían presenciado. No cabía ninguna duda sobre la absoluta autenticidad de los hechos expuesto, que son más importantes, desde el punto de vista teórico, por ser de naturaleza colectiva, y observados por ocho personas, lo cual basta para eliminar definitivamente la hipótesis alucinatoria.

Como se ha visto, el fenómeno de desdoble fluidico es de naturaleza incompleta, y esto necesita algunas aclaraciones. Si se comparan entre sí los casos análogos de desdoble flúidico más o menos rudimentario, nos vemos inclinados a pensar que todo contribuye a hacer suponer que la primera fase de la emergencia del cuerpo etérico fuera del organismo corporal, se acompaña o está precedida de la emisión de un fluido mucho más sustancial que aquel que constituye el cuerpo etérico propiamente dicho, fluido que, en circunstancias de emisión condensada, de modo excepcional, se hace perceptible a los ojos normalmente constituidos, mientras el fluido que constituye el cuerpo etérico no sería perceptible más que a los ojos de los sensitivos. Se trataría, en suma, en el primer tiempo, de la emisión de algo análogo al fluido ódico de Reichembach,

fluido vitalizador del sistema nervioso que la vidente de Prevorst llamaba, en efecto, espíritu de los nervios.

A este respecto, haré observar la concordancia muy significativa de las consideraciones que acabo de exponer con las explicaciones que las sonámbulas del último siglo daban a sus magnetizadores, referentes a la naturaleza trina de la personalidad humana: Espíritu, Cuerpo etérico, y Fantasma ódico. Se comprende que las sonámbulas llamasen a esta trinidad con los nombres que les eran especiales.

No será inútil citar algunos pasajes de sus revelaciones, al menos, servirán para aclarar notablemente las ideas de todos los que se interesan por estas cuestiones.

El espíritu, divino por sí mismo, eterno, teniendo su origen en Dios, es la vida del alma (léase del cuerpo etérico), y es el alma quien confiere al espíritu la personalidad, la circunscribe y completa. Es como el cuerpo del espíritu, y es susceptible, tanto de espiritualizarse con él, como de dominarlo, degradándose y haciéndose cada vez más material... Ni el uno ni la otra pueden existir separadamente, están tan íntimamente ligados entre sí como el alma (es decir, el cuerpo etérico), lo está al cuerpo. No sé como ocurre esto, hay lazos espirituales que sobrepasan la potencia de mi visión... Los sentidos interiores del hombre se encuentran en el alma, y por su mediación, el espíritu exterioriza sus poderes... “Pero para que esto suceda, es necesario que una tercera sustancia se una al alma y sirva para hacer mover y vitalizar el cuerpo”. A decir verdad, esta sustancia proviene por su esencia del alma, pero a causa de su actividad corporal, antes participa de la naturaleza corporal que de la del alma, considerada en sí misma esta sustancia, o fluido nervioso, es el instrumento indispensable por medio del cual el alma entra en relación con el mundo exterior...” Siendo por su naturaleza demasiado corporal y grosero, el fluido nervioso está destinado a separarse del alma, y, después, a disolverse, en tanto que el alma se sublima gradualmente y se aproxima a la radiosa naturaleza del espíritu... “Después de la muerte, el alma no puede libertarse inmediatamente del fluido nervioso..., y las almas muy terrestres se saturan de él con gusto, lo que les confiere el poder de recobrar forma humana y hacerse visible a los vivos, o hacerse oír de ellos, o tocarles, o producir golpes y sonidos en la atmósfera terrestre”. (Citado por Mrs. De Morgan en su obra *From Matter to Spirit*, página 132).

Debemos convenir en que lo que antecede es un admirable fragmento de revelaciones sonambúlicas. En efecto, de una parte se describe la naturaleza trina del espíritu en términos de tal modo racionales, de tal modo conforme con los resultados obtenidos en las investigaciones metapsíquicas contemporáneas, que nos convencen.

Por otra parte, en el pasaje final, que he puesto entre comillas, la sonámbula se adelanta a su época, explicándonos la génesis de los fenómenos de encantamiento, de los fenómenos de apariciones de vivos y de difuntos, de los fenómenos físicos de la mediumnidad y de los fenómenos de materialización.

Haré notar que estas últimas explicaciones de la sonámbula dan un valor especial a la siguiente observación del coronel de Rochas a propósito de sus experiencias con Eusapia Paladino:

Un día decidióse a dejarse dormir en presencia de la señora de Rochas (ha sido tan martirizada por los sabios, que se ha vuelto temerosa). Llegó rápidamente a los estados profundos de la hipnosis, y, con gran asombro, vio aparecer a su lado un fantasma azul. Le pregunté si era John, y me respondió que no, pero que era de lo que John se servía. Después tuvo miedo y me rogó insistentemente que la despertara, lo que hice, lamentando mucho no haber podido continuar mis investigaciones sobre aquel orden de fenómenos. (A. de Rochas: “La exteriorización de la mortalidad”, pág. 17).

Haré observar que el experimentador había dirigido a Eusapia una pregunta formulada de manera propia para sugerir una respuesta en sentido afirmativo, pero ella le contestó negativamente, y lo hizo en términos que el experimentador no esperaba, lo cual excluye la hipótesis autosugestiva y sugestiva. Señalo también que la explicación dada por Eusapia de que John se servía de su “fantasma ódico” para producir los fenómenos físicos es perfectamente conforme con las explicaciones dadas sobre dicho tema por la sonámbula de Werner.

Añado por último que las explicaciones de que se trata están también de perfecto acuerdo con las siguientes declaraciones de la famosa “vidente de Prevorst”. Véase lo que el doctor Justin Kerner escribió de ella:

Por lo que se refiere al “espíritu de los nervios”, o “principio de vitalidad nerviosa”, decía ella que “por medio de esta sustancia el alma entra en relación con el cuerpo y el cuerpo con el mundo... Por esta mediación, los espíritus que se encuentran en una esfera media se ponen en condiciones de atraer hacia sí los materiales atmosféricos que les confieren, de poder hacerse oír de los vivos, de entrar en contacto con ellos, de suspender las leyes de la gravedad o de mover los objetos inertes”. Cuando una persona muere en condiciones de gran pureza, no se lleva consigo nada del “principio de vitalidad nerviosa”...; y por eso los espíritus felices, que ya no están de él impregnados, “no pueden aparecerse a los vivos, ni hacerse oír, ni tocarlos”. (Citado por Mrs. De Morgan; pág. 137).

Como puede verse, las afirmaciones de los sonámbulos y de los extáticos anteriores al advenimiento del moderno espiritismo, están en todo conformes con la de los médiums, algunos de los cuales, como Eusapia, son demasiado ignorantes para que pueda suponerse que conozcan sutilezas teóricas y doctrinales de esta clase.

Dicho esto, observaré que las afirmaciones de que se trata están a su vez conformes con las consideraciones que he expuesto en el caso citado más atrás de “desdoble flúidico rudimentario”, según las cuales en los casos en que los fenómenos de desdoble en el momento de la muerte se limitan a la visión de una nubecilla flúidica, mas o menos densa, que adquiere vagamente forma humana, y es percibida colectivamente por todos los asistentes, debemos pensar que éstos han asistido a la exteriorización del “fantasma ódico” del moribundo, visible a los ojos normales, sin poder asistir a la exteriorización del “cuerpo etérico”, que sólo es perceptible a los ojos de los “sensitivos”.

Al citar algunos ejemplos de visión, por parte de los “sensitivos”, del cuerpo etérico propiamente dicho, haré notar, ante todo, que los casos de esta naturaleza son numerosos, y que, no obstante, las descripciones que de ellos hacen los videntes son de tal modo idénticas que llegan a ser monótonas. Pero esto constituye una excelente prueba a favor de la realidad de los hechos, porque esta uniformidad no sería posible entre personas que ignoran mudamente sus experiencias y que pertenecen a todas las épocas y a todas las razas, si no describiesen algo real, y, por consiguiente, análogo para todos. Me limitaré a relatar algunos ejemplos típicos, que, en cierto modo, se complementan el uno al otro.

Comienzo por un caso antiguo, pero que no he visto nunca citado en las obras metapsíquicas, aunque el protagonista y narrador sea el juez Edmons, el cual, en el primer volumen de su obra *Spiritualism* (página 166), refiere lo que tuvo ocasión de ver con motivo de la muerte de un cuñado de su esposa. Escribe:

El moribundo había exhalado su postrer suspiro, y entonces ví emerger de su cadáver lo que pensé que debía ser su “cuerpo espiritual”, bajo la forma de una densa nubecilla que se elevó por encima del cuerpo y tomó rápidamente un aspecto humano, aunque me pareció desprovista de inteligencia y vida. De pronto, pareció iluminarse y avivarse, haciéndose viva e inteligente. Comprendí que había sucedido así por haber el espíritu abandonado el “cuerpo somático” para entrar en el “cuerpo espiritual”. Así que esto se produjo, observé que el espíritu dirigía en torno suyo una mirada extraviada, como si no acabase de comprender lo que había ocurrido, pero no tardó en recobrarle y la expresión de su fisonomía demostró que no le era extraña la situación en que se encontraba y que había aprendido en la vida muchas otras cosas sobre el asunto. Dirigió entonces una mirada cariñosísima a sus familiares y amigos reunidos alrededor de su cadáver y se elevó como si hubiese sido arrebatado por una oleada de luz. Le vi desaparecer a lo lejos, con los tres espíritus de difuntos que le habían asistido en el momento en que se formaba su “cuerpo espiritual”, y uno de los cuales era su hijo, muerto hacía veintisiete años, el otro, uno de sus sobrinos, y el tercero, una persona de edad madura.

El reverendo William Stainton Moses, observó el mismo fenómeno con motivo de la muerte de su padre, y pocos días después publicó el relato en *Light* 89 de julio de 1887). Decía así:

Recientemente, por tercera vez en mi vida, he tenido ocasión de estudiar el proceso de transición de espíritu. Me ha enseñado tantas cosas esta experiencia, que me lisonjeo de poder ser útil a los demás contando lo que he visto... Se trataba de un próximo pariente de cerca de ochenta años de edad, que marchaba hacia la tumba sin que ninguna dolencia determinada le arrastrase a ella. Por algunos síntomas, insignificantes en apariencia, me dí cuenta de que su fin estaba cercano, y acudí a cumplir mi último y triste deber...

Con ayuda de mis sentidos espirituales podía yo ver que alrededor de su cuerpo y sobre él se reunía el aura luminosa con la que el espíritu debía formarse un cuerpo espiritual; yo percibía que aumentaba rápidamente de volumen y de densidad, pasando por continuas variaciones de aumento o de disminución, según las oscilaciones que sufría

la vitalidad del moribundo. Así pude observar que, a veces, un ligero alimento ingerido, o una influencia magnética repentina, que se desprendía de una persona que se hubiese aproximado al enfermo, tenía por efecto reanimar momentáneamente el cuerpo, atrayendo de nuevo hacia sí el espíritu. Dicha aura parecía sujeta a una acción de flujo y reflujo.

Durante doce días y doce noches asistí al mismo proceso, y aunque desde la séptima jornada el cuerpo mostraba evidentes signos de su inminente disolución, aquella fluctuación maravillosa de la vitalidad espiritual en vías de exteriorizarse, persistía sin cambio. Por el contrario, la coloración del aura se había modificado, tomando, además, formas más o menos definidas, a medida que el espíritu se aproximaba al momento de su liberación. Únicamente veinticuatro horas antes de la defunción, mientras el cuerpo permanecía inerte, con las manos cruzadas sobre el pecho, empecé a ver las formas de los “espíritus guardianes”, que, por fin, sin ningún esfuerzo, acercándose al moribundo., liberaron el espíritu de aquel cuerpo agotado.

Al mismo tiempo, los asistentes declararon que el cuerpo estaba muerto. Posible es que así fuese, en efecto, el pulso y el corazón no revelaban ningún síntoma de vida, el espejo no se empañaba con su aliento, y, sin embargo, los “cordones magnéticos” ligaban todavía el espíritu al cadáver y permanecieron visibles durante treinta y ocho horas. Creo que si durante dicho tiempo se hubiesen presentado condiciones favorables y una voluntad poderosa hubiese influido sobre el cadáver, se hubiese podido hacer volver el espíritu al cuerpo. ¿No habría podido repetirse la resurrección de Lázaro en tales circunstancias? Cuando, por último, los “cordones” se rompieron, las facciones del difunto, en las que se leía el sufrimiento pasado, se serenaron, tomando una expresión inefable de paz y reposo.

Antes de pasar a otro tema, no puedo menos de recordar que en los números de julio-agosto de 1924 de la Revue Spirite tuvo ocasión de referir el caso, teóricamente importantísimo, de Mrs. Joy Snell, un sujeto “sensitivo”, de una educación y cultura superiores, a la que un revés de fortuna había obligado a ganarse la vida como “nurse” (enfermera oficial). Este sensitivo observó constantemente, durante una veintena de años, el fenómeno de la exteriorización del “cuerpo etérico” a la hora de la muerte de los numerosos enfermos que asistió fenómeno que siempre se combinaba con visiones de difuntos que acudían para auxiliar en la hora suprema a sus pariente y amigos. Recordaré también que Mrs. Joy tuvo la primera visión de esta clase en el momento de la muerte de una de sus amigas, mucho tiempo antes de consagrarse a la profesión de enfermera, de cuya visión, a título de ejemplo, relataré la segunda parte. Dice:

Hacía tres o cuatro días que me encontraba en casa de Maggie, cuando una tarde fue asaltada por una terrible crisis, y expiró en mis brazos antes de que el médico llegase.

Era el primer caso de muerte a que yo asistía. Así que el corazón de Maggie cesó de latir, vi distintamente algo análogo al vapor que se desprende de una marmita en ebullición elevarse de su cuerpo, detenerse a cierta distancia de éste y condensarse en una forma idéntica a la de mi amiga. Dicha forma, primeramente muy vaga, tomó gradualmente contornos más precisos, hasta llegar a ser perfectamente distinta. Estaba envuelta en una especie de velo blanco, de perlados reflejos, bajo el cual las formas se acusaban netamente. El rostro era el de mi amiga, pero glorificado y sin ninguna huella de los espasmos que lo habían contraído en la agonía. Cuando más tarde me hice

enfermera, cuya profesión he ejercido durante más de veinte años, teniendo ocasión de asistir a numerosas defunciones, he observado constantemente, después del fallecimiento, dicha condensación de la forma etérica por encima del cuerpo, forma siempre idéntica al cuerpo de que se desprendía, y que, una vez condensada, desaparecía de mi vista. (“The Ministry of angels”, página 17).

Un poco más adelante añade:

Desde que abandoné el hospital para consagrarme a la asistencia particular, nunca he visto morir a un enfermo sin percibir a su cabecera una o varias formas angélicas, llegadas para recibir el espíritu y conducirlo a su nueva morada en las Esferas... (Pág. 42)

Como puede verse, todas las manifestaciones de los “videntes” a propósito de los fenómenos de “bilocación en el momento de la muerte”, concuerdan en todos los detalles, pero me basta señalar la importancia teórica de tres detalles fundamentales, en los cuales están de acuerdo todos, y son: la exteriorización del cuerpo del moribundo de una sustancia análoga al vapor que se condensa sobre él, tomando su figura y aspecto, la vitalización y animación de esta forma, así que la vida se extingue en el organismo corporal, la intervención de entidades de difuntos, generalmente parientes o amigos del moribundo, con el fin de asistir a su espíritu en la suprema crisis a que se encuentra sometido.

La elocuencia demostrativa, en sentido espiritualista, de estos hechos, resalta con tal evidencia, que me parece que verdaderamente no es cuestión de insistir sobre este punto. Haré observar, más bien, que estos hechos conceden un valor especial a la famosa respuesta que la personalidad medianímica de Jorge Pelma dio al doctor Hodgson, por mediación de la señora Piper:

Yo no creía en la supervivencia del alma. Esta idea estaba más allá de lo que mi inteligencia podía concebir. Hoy me pregunto cómo he podido dudarlo. Tenemos un “doble etérico” del cuerpo físico, que persiste sin ninguna alteración después de la disolución del cuerpo.

Esta respuesta es admirable por la sencillez con que resuelve el formidable problema de la supervivencia, y la afirmación que contiene es ya susceptible de ser demostrada experimentalmente, gracias a los fenómenos de “desdoble flúidico” en el momento de la muerte.

No me queda más que confirmar ulteriormente la evidencia de esta gran Verdad, demostrando que en los pueblos salvajes se producen los mismos fenómenos, cuyas fases describen los videntes indígenas de una manera idéntica a la de los videntes civilizados.

Un misionero, de regreso del archipiélago de Tabiti (Polinesia), describe así las creencias de los aborígenes sobre este asunto:

En el momento de la defunción, escribe, creen que el alma se refugia en la cabeza, saliendo de ella en seguida para sufrir un largo y gradual proceso de reabsorción en Dios, de la que emana...

Es curioso e interesante que los tahitianos crean en la salida de una sustancia real, que, según ellos, adquiere forma humana, basándose en lo que dicen algunos dotados de clarividencia, los cuales afirman que, así que el moribundo cesa de respirar, una especie de vapor se desprende de su cabeza y se condensa en el aire, a poca distancia del cuerpo, al que permanece unido por una especie de cordón de la misma sustancia. Esta sustancia, añaden, aumenta rápidamente de volumen y adquiere los rasgos del cuerpo de que sale. Cuando éste, por último, queda helado e inerte, el cordón que une el alma al cuerpo se disuelve, y el alma, libre, se eleva en el espacio, rodeada de mensajeros invisibles que parecen asistirle...(The Metaphysical Magazine, octubre de 1896).

Como hemos visto, las observaciones de los aborígenes de Tahití coinciden de un modo impresionante en todos sus detalles con las descripciones de los videntes europeos sobre el proceso de la separación del “cuerpo etérico” y del “cuerpo somático”. Y no se reduce a esto solamente, puesto que entre los videntes de Tahití y los europeos se advierte otra concordancia muy notable: la presencia de mensajeros espirituales que intervienen para asistir al espíritu en el período de la crisis suprema, y que tanto unos como otros señalan. Todos nos damos cuenta de que estas maravillosas coincidencias presentan un valor científico enorme, ya que si los tahitianos no pueden haber tomado sus creencias de los pueblos civilizados (que casi en su totalidad ignoran que tales fenómenos ocurran en aquel país), y si los pueblos civilizados no pueden haberlas tomado de los tahitianos, es imposible explicarse la concordancia tan minuciosa, tan maravillosa, tan completa, existente entre las descripciones del fenómeno, salvo reconociendo que, aquí y allí, los videntes han escrito un fenómeno objetivo, real y verdadero. Y racionalmente, inevitablemente, llegamos a tener que pronunciarnos por la existencia objetiva de los fenómenos de desdoble flúidico en el momento de la muerte, con las consecuencias que de ello se derivan; es decir, que si es cierto que los videntes de todas las razas y en todas las épocas describen un fenómeno auténtico cuando hablan de la exteriorización de un cuerpo flúidico de los moribundos, habrá que convenir que describen un fenómeno no menos auténtico cuando hablan del mismo cuerpo etérico que se vitaliza y se anima, así que el moribundo exhala su postrer suspiro. Habrá que convenir, también, en que describen un hecho indubitavelmente auténtico cuando hablan de la intervención de espíritus de difuntos a la cabecera de los agonizantes. Pues bien; todo esto equivale a admitir que cuando la ciencia oficial haya reconocido como una certeza definitivamente demostrada la existencia de los fenómenos de bilocación en el momento de la muerte (y la cosa es segura, pues los hechos son hechos), ese día se habrá demostrado experimentalmente la existencia y la supervivencia del alma, **incluso aparte de los fenómenos metapsíquicos y espíritas propiamente dichos.**

He subrayado la última frase, a fin de llamar la atención de los lectores, y, en particular, la del señor Sudre, sobre el hecho de que la demostración científica de

la supervivencia del alma no depende en ningún modo de la fenomenología espírita propiamente dicha, puesto que a ella se llega de tres maneras diversas: en primer lugar, gracias a la existencia latente de facultades de sentido espiritual en la subconciencia humana (animismo); segundo, por la observación de fenómenos de bilocación en la hora de la muerte; y por último, por el estudio de los fenómenos espíritas propiamente dichos. De esto resulta que la obra de demolición, a la que con tanta abnegación se había dedicado el señor Sudre, es vana e impotente, si se tiene en cuenta que la existencia y la supervivencia del alma puede ser demostrada incluso sin el auxilio de los fenómenos espíritas; es decir, que puede demostrarse, recurriendo tan sólo a los fenómenos anímicos. Es pues, tristísimo la situación teórica en que se halla nuestro contradictor, bien penosa, en verdad, puesto que se encuentra privado de toda esperanza de alcanzar un día, por lejano que fuese, el filantrópico ideal que de tal forma ha arraigado en su corazón.

CAPITULO XI

<FENOMENOS DE MATERIALIZACION>

No me entretengo en discutir a propósito de la interpretación de los casos de ectoplasma y de ideoplastia de los que resalta netamente la existencia de una “fuerza plasmante” al servicio de la Idea del pensamiento, de la voluntad subconsciente del médium. Y no discuto este punto, porque en él estamos de acuerdo todos, metapsiquistas y espiritistas. Sólo debo declarar que no he logrado comprender cuáles son las opiniones del señor Sudre sobre la existencia en la subconciencia humana de una “fuerza organizadora” complementaria de la primera. En otros términos: no ha logrado comprender si él considera las formas materializadas de un modo perfecto, vivas, inteligentes y parlantes, como fenómenos puramente plásticos de objetivación del pensamiento, en los que la apariencia de la vida sería debida a un fenómeno de trasmigración de una personalidad subconsciente en el fantasma plástico (prosopopeya), o bien si reconoce la existencia en los fenómenos de materialización propiamente dicha de organismos humanos constituidos de una manera integral, capaces de alcanzar en raras circunstancias una perfección que les permite entrar temporalmente en plena función fisiológica.

El señor Sudre no se explica con claridad en este punto, y ciertos pasajes de su discusión harían presumir que no tiene intención de ir más allá de la tesis de la fuerza plasmante. Así en la página 292, observa:

Se trata, pues, de un conocimiento traducido plásticamente antes que de un misterioso poder de reconstitución biológica integral. La teleplastia es exactamente comparable a un escultor prodigioso que tratase de modelar el rostro de alguien, bien con sus recuerdos, si le conoció, bien con los datos que logra procurarse. Mientras más abundantes son los datos, más perfecto será el parecido...

De este pasaje del señor Sudre habría que deducir que se inclina a explicar los fenómenos de materialización únicamente por la hipótesis de una objetivación subconsciente del médium, lo que también parece desprenderse de algunos de los argumentos que formula en su crítica de la teoría del doctor Geley. Este, fundándose en los fenómenos de materialización considerados en su relación con la génesis y desarrollo de los organismos vivos (ontogenia), había establecido la conclusión de que una misma ley regula los fenómenos de las materializaciones medianímicas y las creaciones orgánicas, ley que culminaría en la potencia organizadora de una “Idea directora” actuando sobre la materia gracias a un “dinamismo superior” de naturaleza inmanente. Erróneamente, a mi entender, discute el señor Sudre que una ley única regule las dos órdenes de fenómenos, y entre los argumentos que presenta en apoyo de su punto de vista, figura el siguiente, que se refiere a los fenómenos de materialización en general.

Presentan lagunas incompatibles con las funciones fisiológicas: nunca se ha visto una mano pasarse por el espacio con venas y arterias que no llevan la sangre a ninguna parte, independientemente de toda relación con un cuerpo de la que no es más que el instrumento. Sin duda, esas manos, y, en general, todas esas formas, tienen las apariencias de la vida, pero no son más que apariencias. Las figuras de cera de un museo tienen también la apariencia de la realidad y tendrían igualmente la apariencia de la vida, si un artista ingenioso tuviese el secreto de hacer de ellas perfectos autómatas. Pues bien, los productos telepáticos recuerdan más a tales autómatas que a formas vivas. No tienen estabilidad ni duración, y delatan visiblemente la imaginación y el capricho. Son sueños objetivados. (Págs. 303-304).

Y a propósito del fantasma materializado de Katie King, dice el autor:

La aparición, rara, pero real, de individuos teleplásticos con todas las apariencias de la vida, como Katie King, “no debe ilusionarnos”. Estos fenómenos no tienen nada de biológico.

Todo el mundo puede darse cuenta de que las afirmaciones expuestas aquí contribuyen a hacer pensar que el señor Sudre se inclina realmente hacia una explicación puramente “plástica” de los fenómenos de materialización,

excluyendo la existencia de una “fuerza organizadora” al servicio de la Idea. Esta exclusión le sirve, naturalmente, para criticar con mayor comodidad la teoría del doctor Geley; y le sería más cómodo aún, para su tesis antiespiritista, si los fenómenos de materialización quedasen reducidos todos a episodios de plasmación del pensamiento, combinados con un fenómeno de personificación subconsciente objetivada (prosopopeya), entonces se debería excluir toda posibilidad de que en los fenómenos de completa materialización se hayan podido encontrar circunstancias en las cuales la “fuerza organizadora” tuviese un origen extraño al médium y a los asistentes.

En estas circunstancias, y en la duda que la tesis del señor Sudre referente a los fenómenos de materialización sea realmente la de atenerse a la hipótesis plasmática, negando la existencia de una fuerza organizadora, me apresuro a recordarle que, si es cierto que las manos materializadas, cuando se producen aisladas en el espacio, no pueden poseer venas ni arterias irrigadas por la sangre, puesto que están disjuntas de todo cuerpo, no es menos cierto que no tenemos que examinar únicamente los casos en que las manos están aisladas en el espacio, sino que hay también fenómenos de materialización de formas humanas completas, vivas, inteligentes y parlantes, en las que todo contribuye a demostrar que las funciones fisiológicas esenciales se realizan regularmente. Le recordaré, a este propósito, que Croques refiere haber escuchado las pulsaciones y no una sola vez, sino varias, del corazón de Katia King, circunstancia verdaderamente importantísima, gracias a la cual podemos legítimamente inferir que, si el corazón latía, la sangre debía circular en las arterias de aquella forma bien materializada, lo que equivale a decir que ésta constituía un organismo vivo perfectamente conformado. En estas condiciones es aún mayor nuestra dificultad para comprender las extrañas afirmaciones de Sudre, cuando dice que la aparición, rara, pero real, de individuos ideoplásticos que tienen toda la apariencia de la vida, como Katie King, no debe ilusionarnos. Estos fenómenos no tienen nada de biológico. ¿Por qué? Nos preguntamos, ¿por qué nos invita a no hacernos ilusiones con motivo de la naturaleza biológica de Katie King? Todos los organismos vivos pertenecen a la biología, y como organismo vivo, Katie King también. Se sobrentiende que ella no era producto de la ontogenia, pero es indudable que el señor Sudre no alude a esto en su frase, pues en tal caso su descubrimiento oscurecería la reputación de Perogrullo. Y si no es así, ¿a qué alude? Diríase que tiene intención de discutir seriamente que Katie King tuviese un cuerpo organizado, pero me parece tan inverosímil esta pretensión ante la evidencia de los hechos, que no puedo menos de resistirme a creerlo, y prefiero suponer que, queriendo salir del apuro en que le ponía el fantasma materializado de Katie King, no pudo lograrlo sino lanzando contra él una de sus acostumbradas frases efectistas.

Recordaré al señor Sudre, siempre a propósito de la existencia indubitable de una fuerza organizadora en los fenómenos de materialización del profesor Richet en Argel con el fantasma materializado de Bien Boa, dice: “Respiraba de tal

modo como un ser vivo, que Richet obtuvo el precipitado blanco de carbonato, haciéndole soplar en un vaso de agua barita” . Esta es otra comprobación muy importante, y, según ella, debe lógicamente pensarse que, si el fantasma respiraba, ello significa que estaba dotado de sistema pulmonar y circulatorio, y, por consiguiente, que esta vez se trataba de un fantasma organizado y no plasticizado.

Queda, pues, entendido, que los fenómenos de materializaciones se dividen en dos categorías especiales, una de las cuales es complemento de la otra. La primera se refiere a los fenómenos debidos a la existencia de una fuerza plasmante, al servicio del pensamiento subconsciente del médium, fuerza que puede actuar, indiferentemente, materializando objetos inanimados, o reproduciendo en efigie cabezas humanas planas o en relieve. La segunda comprende los fenómenos debidos a una fuerza organizadora a la que hay que atribuir las materializaciones de miembros, de cabezas normalmente conformadas y de organismos humanos más o menos integralmente constituidos.

Volviendo al señor Sudre, observo que cualquiera que sea su opinión a propósito de objetivaciones plásticas y creaciones orgánicas, lo cierto es que termina diciendo que por la ideoplastia combinada con la prosopopeya-metagnomia, se explican sobradamente los fenómenos de las materializaciones. He aquí los términos en que lo afirma.

Es, pues, lógico deducir que todos los fenómenos de materialización denuncian esta causa, desde los objetos inanimados y los vestidos de los fantasmas, hasta los fantasmas más completos. La semejanza que estos últimos pueden presentar con personas que han vivido, proviene de los recuerdos del sujeto o de los asistentes. Es un fenómeno de criptomnesia, seguido de una objetivación.

Como se ve, el señor Sudre resuelve el formidable problema con... una sencillez de medios completamente desconcertante. En efecto, estas conclusiones, literalmente gratuitas, no son otra cosa que expresiones verbales desprovistas de sentido, y demuestran que el autor no se ha preocupado lo más mínimo de aplicar los procedimientos del análisis comparado a los fenómenos que discute.

Quédame solamente probar, basándome en los hechos, que todo contribuye a demostrar que las formas completamente materializadas no son “objetivaciones plásticas” sino “creaciones orgánicas” , y que los procedimientos del análisis comparado nos llevan a deducir que, a menudo, la Idea directora, o la voluntad en acción de que provienen, es extraña al médium y a los asistentes, todo lo cual resulta de la consideración de que las hipótesis combinadas de la ideoplastia, de la prosopopeya, de la criptomnesia, de la criptostesia y de la metagnomia, son insuficientes para explicar los hechos.

Al hablar de los episodios de este género no puedo menos de comenzar comentando brevemente el caso clásico de Katie King, que me abstengo de citar porque supongo que es conocido de todos mis lectores.

Tratándose de una personalidad medianímica que afirmaba haber vivido muchos siglos antes, no es cuestión de identificarla personalmente por medio de los informes que sobre sí misma facilitó. No obstante, el caso se presenta como muy significativo a favor de la existencia independiente de dicha personalidad, puesto que se trata de una entidad que posee todos los atributos intelectuales que contribuyen a caracterizar una individualidad psíquica independiente.

En primer lugar, nos hallamos en presencia de una entidad medianímica cuya potencia de manifestación es en tal grado, perfecta, que le permite permanecer completamente materializada, durante varias horas, paseándose libremente por la estancia, tomando parte en la conversación de los reunidos y materializándose espontáneamente a plena luz del día, todo ello durante tres años, en el curso de los cuales se han celebrado numerosas sesiones, buena parte de ellas en la misma casa de Croques.

Hay que recordar, también, que esta personalidad medianímica, dotada en el más alto grado de todos los atributos que caracterizan a una individualidad pensante, no cosa de afirmar con firmeza su existencia espiritual independiente, da a conocer el nombre que llevaba en vida, relata tristemente las dolorosas vicisitudes de su corta existencia terrestre, y aun trata de probar de otra manera su independencia espiritual, apareciendo ante los experimentadores al mismo tiempo que el médium, dejándose fotografiar con este último y con Croques, permitiendo que éste y la señora Marryat la toquen, la besen y escuchen los latidos de su corazón, y por último, despertando al médium y hablando con él.

Este último episodio reviste un gran valor psicológico, por lo que me decido a citar un cortísimo pasaje de la famosa sesión en que Katie King dio su postrer adiós a los asistentes. Dice Croques:

En el momento de levantar las cortinas, Katie King se detuvo un instante para hablar conmigo; después, atravesó la habitación y se dirigió hacia miss Cook, que yacía sin conocimientos sobre la alfombra. Inclinandose sobre ella, Katie la tocó ligeramente, diciéndole: “Vamos Florrie, vamos; es hora de separarnos”. Miss Cook, conmovida por aquellas palabras, suplicó llorando a Katie que permaneciera algún tiempo más con nosotros. “No puedo, le contestó Katie King; mi misión ha terminado. Que dios te bendiga”. Hablaron entre sí unos instantes, hasta que las lágrimas apagaron la voz de miss Cook, a la que yo me había aproximado, siguiendo las indicaciones de Katia, para sostenerla, pues había vuelto a caer al suelo, sacudida por convulsivos sollozos...

En este maravillosos episodio se hallan reunidas las mejores pruebas que la ciencia tiene derecho a exigir para admitir la independencia psíquica de una personalidad medianímica. Es decir, que, de una parte, tenemos el hecho de la forma materializada visible al mismo tiempo que el médium, y de otra, la circunstancia, psicológicamente decisiva, de dos individualidades distintas, e

posesión ambas de sus facultades conscientes, que conversan afectuosamente entre sí y cambian conmovidas las últimas palabras de adiós. ¿Cómo se puede hablar seriamente ante tales pruebas de prosopopeya-metagnomía? ¿Quién puede imaginar seriamente que las dos mitades de una misma personalidad tengan el poder de desdoblarse y transformarse en dos individualidades completas, dotadas de rasgos intelectuales característicos y cada una a su modo? ¿Quién se atrevería a sostener que la personalidad subconsciente del médium, exteriorizándose y materializándose, se transforma, como por arte de encantamiento, en una personalidad que ignora por completo que pertenece a la otra mitad de la “vida de sí mismo” que tiene ante sí, y que, además, esta ignorancia, compartida fatalmente por la otra mitad, pueda llegar a motivar que esas dos desgraciadas secciones del alma, deplorablemente engañadas ambas, acaben por imaginarse (no se sabe por qué ocultos misterios de la prosopopeya) que pronto tienen que separarse para siempre, y que lo sientan tanto, que se prodiguen mutuamente frases afectuosas y desgarradoras palabras de adiós? Digamos con el profesor Hyslop: “No tiene límites la credulidad de quien sea capaz de sostener seriamente semejante interpretación de los hechos”.

No creemos inútil examinar el episodio que discutimos desde el punto de vida psicofisiológico.

En este caso nos hallamos frente a dos personalidades reales, perfectamente visibles, tangibles, fotografiables: el médium miss F. Cook, por un lado, y el fantasma materializado de Katie King, por otro, que, a menudo, hablan entre sí cariñosamente. En términos psicofisiológicos, este hecho significa que las dos personalidades medianímicas accionaban simultáneamente los centros corticales de la inervación del lenguaje hablado. El fin y tema de sus diálogos era la separación definitiva que se hacía inminente, corriendo las lágrimas del médium ante los conmovedores testimonios de cariño expresados por la entidad materializada. Desde el punto de vista psicofisiológico, esto demuestra que ambas hacían actuar simultáneamente los mismos centros corticales de elaboración de los sentimientos afectivos. En estas condiciones nos hallamos ante un fenómeno irrefutable de duplicación real, indiscutible, de centros y facultades psíquicas, lo que nunca logrará explicar la prosopopeya, puesto que, en el caso de personalidades alternantes de origen patológico, se comprueba constantemente que las facultades psíquicas o psicofisiológicas de que en un momento dado se sirve una de dichas personalidades, faltan en la otra, lo cual, por lo demás, era fácil de proveer incluso a priori.

Además, no será inútil añadir en apoyo de esta tesis, que la personalidad de Katie King, lejos de someterse siempre y pasivamente a los deseos formulados mentalmente, o de viva voz, por los reunidos; lejos de reflejar automáticamente la voluntad del médium, o la de Croques, se conduce como quiere; aconseja, exhorta, reprocha, se niega, a veces, a contestar a algunas preguntas indiscretas, y cuando se la interroga a propósito de las causas de su reaparición en la tierra,

responde que su vuelta es el resultado de una misión, el hecho de una expiación, y que constituye para ella un medio de ulterior progreso espiritual.

Y he aquí que un día la personalidad medianímica de que hablamos, anuncia a sus buenos amigos de la tierra que su misión está a punto de acabar y que en tal época, dejará de manifestarse de una manera tangible. ¿Pero cómo—se preguntará,— a pesar de la voluntad intensa de todos de no perderla, cómo, a pesar de las lágrimas y de la insistencia del médium; a pesar de la omnipotencia de la idea “plasticizante” y organizadora del médium, no se ha logrado retener, aunque no hubiese sido más que un día, aquel fantoche creado por la prosopopeya, aquel fantoche que, aun mostrándose profundamente sensible a tantas demostraciones de afecto, debió despedirse de sus amigos, como si obedeciera a una voluntad suprema de un origen mucho más elevado?

¿Qué raza de títeres prospopéyicos es ésa, que apenas nacidos se hacen independientes intelectualmente; piensan cómo se les antoja; obran como quieren; toman la identidad de seres que han vivido en otro tiempo en la tierra; demuestran que es cierto lo que dicen por todas las pruebas personales que humanamente es lógico exigir; se manifiestan cuando les conviene; despiertan a los médiums y hablan con ellos; se van y no vuelven cuando menos se espera; hablan de una morada espiritual en la que existen, y no obedecen a la voluntad de nadie, salvo, quizá, a la de una entidad espiritual suprema, a la cual hacen alusión sin cesar con la mayor veneración? ¿cuántos formidables enigmas para ser resueltos por la hipótesis de la prosopopeya-metagnomia!. Aquí me detengo, momentáneamente, a fin de conceder a mi contradictor el tiempo de debatirse entre los gigantescos sofismas que sobre dicha materia ha enunciado, y según los cuales, “estos fenómenos no tienen nada de biológico, aunque, a veces, aparezcan como perfectamente semejantes a las creaciones de la vida”, de lo que hay que deducir que “en general, estas formas tienen la apariencia de la vida, pero nada más que la apariencia, y por consecuencia, “la aparición rara, pero real de individuos teleplásticos con todos los caracteres de la vida, como Katie King, no debe ilusionarnos.

Apenas es creíble que pueda llegarse al punto de sostener opiniones en tan absoluta oposición con los hechos; pero el señor Sudre es capaz de ocasionarnos mayores sorpresas, porque jamás se preocupa de analizar los hechos antes de discutirlos, y los prejuicios le dominan hasta ofuscar su razón.

Respecto al segundo de los casos clásicos de materializaciones de fantasmas, el de Estela Livermore, diré que puede resistir la comparación con el de Katie King, aunque ambos difieren grandemente entre sí a causa de las modalidades con que se realizaron. De todos modos, constituyen los dos casos más

maravillosos de esta clase, y los más notables también, por la duración excepcional del período durante el cual se desarrollaron. Únicamente el caso de Estela Livermore, aunque familiar a aquéllos que se ocupan de estos estudios, como el de Katie King, es mucho menos conocido desde el punto de vista de sus múltiples formas de realización, porque todos los escritores que de él se ocupan toman sus datos del breve informe que dio Alejandro Aksakof en *Animismo y Espiritismo*. Esto hace pensar que son muy pocos los investigadores que han tenido ocasión de consultar los relatos originales, publicados, en su mayor parte, por Benjamín Coleman en su libro *El Espiritualismo en América* y casi por completo en la revista *The spiritual magazine* (1862-1869). Esta última revista ha insertado los facsímiles de la escritura medianímica de Estela viva (número de noviembre de 1862), de los que resulta una identidad absoluta entre las dos escrituras. También se publicaron extensos resúmenes de estas sesiones en los libros de Epes Sargent: *Planchette, the Despair of Science* (1874) y *The Debatable Land*, de Robert Dale Owen. El capítulo que este autor les consagra adquiere una especialísima importancia probante por el hecho de que el señor Dale Owen, antes de publicar su obra, fue a ver al banquero F. Livermore, relator protagonista de los hechos, para someter a su revisión el capítulo que le concernía, que luego sometió también a otro testigo, el doctor Juan F. Gray.

Como el resumen publicado en el libro de Aksakof no permite formarse una idea adecuada del valor teórico de esta maravillosa serie de experiencias, juzgo indispensable extenderme un poco al citar los relatos originales de Livermore.

A los que por completo ignoren el caso de que se trata, diré que Carlos F. Livermore era un banquero conocidísimo en Londres, que tuvo la desgracia, en 1860, de perder a su esposa adorada. Un año después, él, escéptico inveterado, se dejó convencer para comenzar una serie de experiencias con el célebre médium Kate Fox, con objeto de comunicar, si le era posible, con su difunta esposa.

El proceso de la materialización del fantasma de Estela, nombre de la muerta, se produjo gradualmente, de modo que en la cuadragésima tercera sesión logró manifestarse visiblemente a su marido. Las sesiones tenían lugar en completa oscuridad, pero en el momento oportuno la escena se iluminaba por grandes globos luminosos de origen supranormal, de los que cuidaba otro fantasma materializado, que tenía la costumbre de acompañar a Estela y que decía haber sido en vida Benjamín Franklin, y, en efecto, se observaba una perfecta correspondencia de rasgos entre el fantasma materializado y los retratos de Franklin.

Las materializaciones de Estela se fueron haciendo cada vez más perfectas hasta llegar a alcanzar la consistencia suficiente para resistir la luz cegadora de una linterna sorda. Rara vez podía expresarse de viva voz, y generalmente comunicaba por escrito, pero no por mediación del médium. Escribía directamente con su mano materializada y en presencia del señor Livermore, que facilitaba para ello el papel necesario, haciendo en él, con anterioridad, una contraseña. A menudo se expresaba en francés, lengua que en vida poseyó a la

perfección y que el médium ignoraba completamente. Su escritura constituyó siempre un exacto facsímil de la que fue propia de la difunta esposa del señor Livermore.

Este tomaba inmediatamente nota de los fenómenos, y al día siguiente, redactaba su informe. La mayoría de las sesiones tuvieron lugar en su casa., permaneciendo solo con el médium, cuyas manos tenía constantemente entre las suyas. Con frecuencia asistieron a ellas su hermano, su cuñado, el señor Groute, y el doctor Juan F. Gray, los cuales atestiguaron por escrito la autenticidad de aquellas manifestaciones maravillosas y la escrupulosa exactitud de los informes redactados por el señor Livermore. Se celebraron 388 sesiones, durante cinco años consecutivos.

Después de estas premisas, relataré algunos episodios, comenzando por la sesión en que Estela, por vez primera, se manifestó visiblemente.

15 de abril 1861.—Comienza el señor Livermore dando una descripción minuciosa de las medidas adoptadas para asegurarse contra toda posibilidad de fraude, y después continúa diciendo:

Así que se apagó la luz, se oyeron pasos semejantes a los de una persona que caminase con los pies desnudos, acompañados del roce de un traje de seda. Al mismo tiempo, por medio de golpes, me fue comunicado: “Querido mío, estoy presente en persona, no hables”. Simultáneamente, detrás de mí se formaba poco a poco, una luz globular, y tan pronto como tuvo fuerza para iluminar la habitación, vi, al mismo tiempo que el médium, ante nosotros, un rostro coronado por una diadema, y, en seguida, una cabeza entera, rodeada de velos blancos, que se elevaba lentamente. Cuando hubo alcanzado cierta elevación, se levantaron los velos y tuve ante mí la cara de mi esposa, envuelta en una aureola luminosa, de unas diez y ocho pulgadas, aproximadamente, de altura. La identificación de la difunta fue hecha por mí en el acto, porque a la semejanza de las facciones se unía la expresión característica de su rostro. Poco después, el globo luminoso se elevó y una mano de mujer apareció delante de él. Las dos manifestaciones se renovaron varias veces, como si quisieran alejar de nuestro ánimo la sombra de una duda.

Bajando luego la cabeza sobre el globo luminoso, el fantasma dejó caer sobre él un rizo de su cabellera, cuyo color era análogo al de la de mi mujer, lo mismo que su excepcional longitud y abundancia. Varias veces rozó suavemente mi cara y la del médium; me produjo la impresión de que se trataba de cabellos naturales...(Epes Sargent, pág. 57)

18 abril 1861.—De repente, la mesa se elevó sobre el suelo, la puerta fue sacudida violentamente, las cortinas se levantaron y volvieron a caer varias veces; en una palabra, todo se agitaba en la habitación. Se contestaba a nuestras preguntas con golpes formidables dados en la puerta, en la ventana, en el techo, en la mesa, por todas partes. Se nos dijo que ello era debido a la intervención de potentes espíritus cuya presencia era necesaria para predisponer el ambiente a manifestaciones de un orden más elevado.

Detrás de nosotros empezó a formarse una sustancia luminosa, parecida a gasa, acompañada del habitual roce de vestidos de seda, mientras que, simultáneamente, un ruido semejante a una crepitación eléctrica se iba haciendo por momentos más intenso y vigoroso.

Una figura de mujer da vueltas alrededor de la mesa, se acerca a mí y me toca... Por medio de golpes, se me invita a que mire del otro lado del punto en que brotaba la luz, y ví aparecer un ojo humano. Inmediatamente después, la luz se alejó, seguida del crepitar, y al alejarse, recuperó el esplendor que había perdido. Volvió luego al sitio que había ocupado, haciendo visible una mano de mujer, de apariencia normal. Ocupada en manipular la gasa, que ya había cambiado de forma, y cogiendo después uno de los bordes y levantándolo. Bajo él vi aparecer, con un estremecimiento de alegría indescriptible, el rostro de mi esposa y, más precisamente, la frente y los ojos, que tenían una expresión perfecta... Desapareció reapareció varias veces, y cada vez se manifestaba de una manera más perfecta, adquiriendo una expresión de serena beatitud. Le pedí que me besara, y con viva sorpresa tuve el placer de sentir y ver que sus brazos rodeaban mi cuello y que me daba un beso sonoro real, palpable, a pesar de la interposición de una materia semejante a una gasa. Después llevó su cabeza hasta tocar la mía, envolviéndola en su espléndida cabellera, y me dio mis besos, cuyo rumor resonaba en la habitación.

En aquel momento, la luz fue alejada a unos diez pies de distancia, a medio camino entre nosotros y la pared, y al mismo tiempo, se acentuó la crepitación, y en la misma proporción aumentó la luz, de modo que iluminaba completamente el rincón de la estancia y la figura de mi esposa, derecha, de cara a la pared, en actitud de sostener, con el brazo extendido, en el hueco de la mano, el globo de luz, cuya luminosidad avivaba, pues a cada instante se debilitaba, agitándolo de vez en cuando. Murmurando, pero distintamente, pronunció mi nombre y el suyo, y después se acercó al espejo para dejar ver su imagen en él reflejada, acto que no es una de las menores maravillas de aquella memorable sesión... (Epes Sargent, pág. 59).

...Poco después fue dictado, por medio de golpes, el siguiente mensaje: “Observadme; voy a hacer una levitación”. En seguida, en plena luz, la forma se elevó hasta el techo, permaneciendo suspendida durante algunos instantes y descendiendo luego suavemente, para desaparecer en el acto...

La habitación estaba iluminada en forma que se podían ver las finas venas del mármol que había debajo del espejo... (Dale Owen, pág. 388).

2 de junio de 1861.—Por medio de golpes, dictaron: “Examina cuidadosamente todos los rincones de la habitación; cierra las puertas y guarda la llave en el bolsillo”, cosa que me apresuré a hacer.

Apenas habíamos vuelto a ocupar nuestro sitio, todos los muebles comenzaron a moverse, mientras resonaban golpes por todas partes alrededor de nosotros; sobre la mesa sonaban terribles y prolongados, imitando el rumor del trueno.

Así que se restableció el silencio, se oyó un débil ruido, y una forma materializada fue a colocarse junto a mí; sentí como si su aura penetrase todas las fibras de mi organismo. Tocó el respaldo de mi silla, y después mi hombro; por último, se inclinó sobre mí, puso su mano en mi cabeza, y depositó un beso en mi frente, mientras una especie de ligero tejido rozaba mi cara. Al propio tiempo, un globo de brillante luz fue a interponerse entre nosotros, acompañado de una fuerte crepitación eléctrica. Levanté la vista y vi ante mí la figura de Estela perfectamente iluminada por la luz que vibraba frente a ella. Su rostro me pareció espiritualmente tan bello, que no he visto en la tierra nada semejante. Me miraba con una expresión de radiante beatitud.

Quitóme de las manos una hoja de papel, y me la devolvió poco después, con un mensaje escrito en perfecto francés. Haré observar que el médium no sabía una palabra de este idioma. (Dale Owen, página 390).

18 de agosto de 1861 (ocho de la noche).—Estoy solo con el médium. La atmósfera es pesada y caliente. Como de costumbre, he examinado cuidadosamente la habitación, he cerrado la puerta, he guardado la llave en el bolsillo e inspeccionado todo.

Después de una media hora de tranquila espera, vimos surgir del suelo una gran luz esferoïdal completamente rodeada de velos, que, después de elevarse hasta colocarse a nivel de nuestras frentes, fue a detenerse sobre la mesa. Por medio de golpes, dictaron: “Observad que esta vez hemos intervenido sin provocar ruidos”. En efecto, toda aparición de luces era generalmente precedida de una serie de crepitaciones, de refulgencias, de violentos golpes, acompañados de movimientos y transporte de objetos, mientras en dicha ocasión el fenómeno se había desarrollado con la calma más completa...

Ocurrióseme la idea de que dicha sesión podía estar reservada a fines especiales, y que, por consiguiente, debía renunciar a presenciar las manifestaciones de mi esposa. Apenas había formulado este pensamiento, cuando vi elevarse la luz, hacerse más brillante y aparecer delante de mí una cabeza cubierta con un gorro blanco, adornado con bordados. Era una cabeza sin rasgos, y, a su vista, pregunté el significado de tal manifestación, respondiéndome, tiptológicamente: “Cuando yo estaba enferma...” ¡Entonces comprendí! El gorro aparecido era la exacta reproducción de otro, de forma especial, que mi esposa usó durante la enfermedad de que murió.

Había llevado conmigo varias hojas de papel más grandes que las de costumbre, enteramente diferentes de las que hasta entonces había usado, y en las que había hecho unas señales particulares. Las deposité en la mesa, de la que fueron retiradas, para reaparecer después, suspendidas a tres o cuatro pulgadas del suelo. No podía juzgarlo de una manera exacta, porque la luz apenas iluminaba, además del papel, tres o cuatro pulgadas por cada lado, o, más precisamente, porque la hoja de papel constituía el centro de la luz espírita, y todo el espacio iluminado media un pie de diámetro. De repente, fue a colocarse sobre la hoja una mano imperfectamente conformada, que apretaba entre sus dedos mi pequeño lapicero de plata, y comenzó a moverse despacito sobre la hoja, de izquierda a derecha, en la forma que se acostumbra a escribir. Cuando llegaba al extremo de una línea, volvía atrás para comenzar otra.

Se nos invitó a no mirar con demasiada insistencia el fenómeno, sino solamente durante unos segundos cada vez, a fin de no estorbar con nuestras miradas la fuerza en acción, pero como el fenómeno se prolongó casi una hora, esta petición no nos impidió observarlo. La mano que escribía no estuvo normalmente conformada sino durante algún tiempo, quedando reducida luego a una masa de sustancia oscura, de proporciones un poco inferiores a las de una mano normal; no obstante, continuaba dirigiendo el lápiz, y cuando llegó al final de la hoja, la volvió, y empezó a escribir al dorso. Terminada la manifestación, me fueron devueltas las hojas, que yo había facilitado y marcado, cubiertas por las dos caras de una menuda escritura.

...Es evidente que en semejantes circunstancias no había ninguna probabilidad de fraude; yo tenía sujeta entre las mías las dos manos del médium, la puerta estaba cerrada, yo guardaba la llave en mi bolsillo y había adoptado con anterioridad todas las medidas de precaución posibles. (Epes Sargent, pág.62)

16 de agosto 1861.—Así que entramos en la habitación apareció la forma de Estela. Permaneció inmóvil en medio de la estancia, mientras una luz espírita daba vuelta rápidamente en torno suyo, muy cerca, iluminando más especialmente, a veces, la cara; a veces, la garganta, y otras, la nuca, evidentemente, con objeto de mostrarnos de una manera bien clara las diversas partes de su materialización. Mientras la contemplábamos, la masa de sus cabellos desatados le cubría la cara, y ella los apartaba

con la mano, a menudo. Tenía el cabello adornado con rosas y violetas. Fue esta la más perfecta de sus materializaciones; aparecía tan distinta y natural como en vida.

4 de octubre 1861.—Resonaron unos golpes espantosos en el suelo, haciendo conmovir la casa en sus cimientos. Cuando cesaron, vimos aparecer los fantasmas materializados de mi esposa y de Franklin. Ambos se acercaron a mí. El último me dio unos golpecitos amistosos en el hombro; la primera, me acarició la cara. Estábamos a oscuras. Pero, de pronto, se oyen las crepitaciones eléctricas, brilló la luz y me permitió ver la figura de un hombre, fuerte y robusto, que se mantiene en pie. A petición mía, el fantasma se pasea por la habitación, presentándose a mis ojos en diferentes posiciones y de una manera clarísima.

En seguida tocó el turno a mi esposa, que se manifestó en plena luz, en toda su belleza. Resbalaba en el aire, atravesando así, despacio, la estancia; pasó cerca de la mesa, la rozó con el borde de su traje blanco, haciendo caer al suelo las hojas de papel, los lápices y otros menudos objetos que sobre ella estaban. Algunas veces la vimos cubrirse la cara con el tejido medianímico, que en otras ocasiones había llevado, con los flotantes pliegues hacia delante. Nos hizo ver y tocar dicho tejido, que me pareció de una naturaleza delicadísima; luego lo depositó sobre la mesa, colocando tras él la luz para que pudiéramos examinar bien la transparencia y examinar la trama, parecida a la de una tela de araña; se hubiera dicho que un soplo bastaría para disolverlo. Repitió varias veces la experiencia, y, finalmente, hizo pasar por mi cara los bordes de su vestido, que me pareció sustancial. Cada vez que el tejido medianímico se acercaba a nosotros, percibíamos las emanaciones de un perfume purísimo, que me recordaba el “heno fresco” y la “violeta”. (Sargent, página 65).

10 de noviembre 1861.—Así que estuvimos sentados dictaron: “esta vez tendremos éxito”. Poco después apareció mi esposa. Dándome amables golpecitos en el hombro, me dijo que se ocupaba en ayudar al doctor Franklin. Este apareció de repente, dejando ver por vez primera su cara. A su lado se veía otro fantasma materializado; en una mano llevaba la luz, cuyos rayos proyectaba directamente sobre el rostro del doctor. Toda duda respecto a la identidad de éste desapareció en el acto de mi espíritu. Cualquiera que hubiese sido el lugar en que aquella cara se me apareciera, en seguida hubiese dicho que era la de Franklin, a quien conocía muy bien por haber visto su retrato. Añadiré que la grandeza de su carácter aparecía perfectamente reflejada en la expresión de la fisonomía viviente del fantasma, mejor que en su retrato, que, evidentemente, no podía reflejarlo. Llevaba un frac oscuro, de corte anticuado, y corbata blanca. La cabeza era poderosa, con bucles blancos en las sienes; su cara respiraba bondad, inteligencia, espiritualidad; tenía la apariencia de un hombre cargado de años, de dignidad, de paternal solicitud, a quien todo el mundo habría querido recurrir para obtener consejos inspirados por la prudencia y la bondad. Se manifestó varias veces; en dos de ellas, se aproximó tanto, que pude ver hasta el fondo de sus ojos.

Mi esposa apareció tres veces vestida de blanco y coronada de flores; su rostro angelical reflejaba una celestial beatitud. (Sargent, pág. 67).

12 noviembre 1861.—La crepitación eléctrica se dejó oír, y en seguida brilló la luz, permitiéndonos ver el fantasma materializado del doctor Franklin sentado a la mesa, frente a nosotros. La luz era tan viva, y aquel hombre parecía tan real, que su sombra se proyectaba en la pared, como si se tratase de una persona viva. La actitud era digna, con el cuerpo ligeramente ladeado, apoyado en el respaldo de la silla y el brazo sobre la mesa. De vez en cuando, se inclinaba hacia nosotros y nos examinaba con su mirada profunda; los largos rizos de su cabello acompañaban todos sus movimientos.

Nos dijo que cerrásemos los ojos un instante; cuando los volvimos a abrir, le vimos de pie sobre la silla, dominándonos, como una estatua. Descendió luego y volvió a ocupar su

sitio, mientras toda clase de ruidos resonaban por todas partes de la habitación, como, por lo demás, ocurría a cada uno de sus movimientos.

Se me dijo, de parte de mi esposa, que un fantasma iba a entregar un billete para mí al doctor Franklin. (Debo decir, con este motivo, que en el curso de las manifestaciones que acabo de describir, otros dos fantasmas, envueltos en blancos ropajes, habían, aparentemente, contribuido a la producción de los fenómenos; uno de ellos llevaba la luz). Ví, en efecto, que un fantasma se aproximaba al doctor Franklin, y le tendía una mano, que sujetaba una hoja de papel, lo depositó en sus rodillas, lo volvió a coger y me lo dio, directamente.

La fuerza en acción era grande y no disminuyó en el curso de la velada, permitiendo a mi silencioso visitante permanecer materializado y sentado delante de mí durante una hora y cuarto. (Sargent, pág. 67).

29 noviembre 1861.—Además del médium y yo, asiste a la sesión mi hermano. Las condiciones son desfavorables, una tempestad, con lluvia y relámpagos, estalla en aquel mismo momento.

Así que quedamos a oscuras vimos surgir del suelo una gran luz espírita. En seguida me puse un guante y mi hermano hizo lo mismo. Entonces, la luz fue a colocarse en el hueco de mi mano enguantada, pudiendo comprobar que una mano de mujer se encontraba en ella. Como estuvo en la mía varias veces, tuve ocasión de palpar atentamente, en todas sus partes, aquella mano espírita. Obsérvese que, mientras esto ocurría, yo tenía sujetas con la otra mano las dos del médium.

El difunto hijito de mi hermano se manifestó luego, y, a su vez, vino a estrecharme la mano, que fue poco después sujeta por una tercera mano, muy grande, una mano de hombre (verosíblemente la del doctor Franklin), que estrechó la mía y la sacudió, tan vigorosamente, que todo mi cuerpo se estremeció.

Estas manos también estrecharon la de mi hermano. Es digno de tenerse en cuenta que, en el espacio de pocos minutos, tres manos, muy diferentes por su forma y dimensión, fueron a colocarse sucesivamente entre las nuestras, de modo que nos permitieron identificarlas bien. La primera, era una mano de mujer; la segunda, de niño; la tercera de un hombre adulto y robusto, caracterizándose cada una por su finura, su debilidad y su fuerza, respectivamente.

A petición mía, la puerta de dos hojas se abrió completamente y se cerró, varias veces, con una violencia extraordinaria. (Sargent, pág. 68).

30 noviembre 1861.—Sesión en mi casa. Como siempre, tengo buen cuidado de cerrar la puerta con llave. Las condiciones son favorables; el tiempo es bueno y frío.

Una vez hecha la oscuridad, se oyen potentes golpes en la mesa, seguidos de la crepitación eléctrica, pero no aparece ninguna luz. Nos dictan: “Esta noche triunfaremos...” En un momento dado se me pidió cerillas, al mismo tiempo que se nos invitaba a cerrar los ojos. Saqué del bolsillo una cerilla, y tendiendo el brazo, la deposité sobre la mesa. Instantáneamente, una mano me la quitó, y frotándola tres veces en la mesa, logró encenderla. Abrimos los ojos; la cerilla iluminaba perfectamente la habitación; delante de nosotros estaba el doctor Franklin, de rodillas, detrás de la mesa, que su cabeza sobrepasaba de un pie, aproximadamente. Le estuvimos contemplando hasta que la cerilla estuvo a punto de apagarse, momento en que, repentinamente, desapareció el fantasma. Por medio de golpes nos dictaron: “Hijos míos, ¿dudará aún el mundo después de esta última prueba? Para convencerlo trabajamos. Benjamín Franklin”. E inmediatamente después, “¡Qué contenta estoy, querido! Estela”. En seguida me entregaron una hoja de papel en la que se leía: “Esta sesión es la más importante de todas. Largo tiempo hemos ensayado, renovando nuestras tentativas, antes de lograr ejecutar lo que habéis visto, pero, al fin, nuestros esfuerzos han sido

coronados por el éxito. Para demostrar que soy un ser absolutamente igual a vosotros, me ha bastado encender una cerilla, ¡pero cuántas tentativas infructuosas, antes de poder conseguir manifestarme a la luz terrestre! **Benjamín Franklin.** (Sargent, pág. 69).

12 diciembre 1861.—Sesión en mi casa. Me he provisto de una linterna sorda, a la que he adaptado un obturador con su regulador, de modo que me permita proyectar a voluntad un círculo de luz de dos pies de diámetro sobre la pared, a la distancia de diez pies.

Coloco l linterna encendida y abierta sobre la mesa, y sujeto las manos del médium. En seguida la linterna fue levantada en el aire, y se nos invitó a que la siguiéramos. Era llevada por un espíritu que nos precedía y cuya forma veíamos dibujarse claramente debajo de los velos blancos en que se envolvía, los cuales rozaban el suelo. Depositó la luz sobre la mesa del despacho, y nos detuvimos. Nos encontrábamos frente a la ventana colocada entre el “bureau” y el espejo. La linterna se elevó de nuevo, deteniéndose a unos cinco pies de altura entre la mesa y el espejo, desde donde proyectó toda su luz hacia la ventana, iluminando la figura del doctor Franklin, sentado en una butaca.

Durante diez minutos sin interrupción, el haz de luz proyectado por la linterna iluminó su rostro y su figura entera, de tal modo, que pudimos examinarla a nuestro saber. Parecía, en un principio, una forma carnosa y natural, lo mismo que los cabellos y los ojos, cuyo blanco veía, resplandecientes de vida. No tardo, sin embargo, en observar que la forma sufría la influencia disolvente de la luz terrestre; los ojos acabaron por apagarse, las facciones perdieron el resplandor que siempre habían tenido cuando las contemplaba a la luz espiritual.

Varias veces se me pidió que accionara el regulador de la linterna para que dejara pasar más o menos luz; al hacerlo, puede comprobar que la linterna estaba suspensa en el aire, sin punto de apoyo.

Cuando terminó la manifestación encontramos una hoja de papel en la que aparecía escrito>: “Esto, hijo mío, es por el delante de la Humanidad. Con esta sola finalidad trabajo. **B. Franklin**”-(Dale Owen, pág. 394).

22 enero 1862.—Frente a la puerta apareció una mujer completamente vestida de blanco, envuelta en un transparente velo azul... Ceñía su frente una corona de flores...

La luz espiritual proyectaba sobre ella sus haces luminosos, iluminándola por entero. La estábamos mirando con vivo placer e interés, cuando, de pronto, desapareció repentinamente, rápida como el pensamiento, emitiendo un ruido semejante al silbido del viento. Se nos dictó: “Esta noche la saturación eléctrica es grande. La he aprovechado para demostraros con qué celeridad podemos desaparecer”. Un instante después reapareció en un aspecto natural y sustancial, como poco antes. (Sargent, pág. 71).

15 febrero 1862.—Atmósfera húmeda y desfavorable. Además del médium y yo, asiste a la sesión mi cuñado, a quien está consagrada la sesión especialmente.

He pedido que nos hicieran presenciar alguna manifestación de fuerza, y en seguida obtuvimos el siguiente mensaje: ¡Atención! Oídle; llega con toda rapidez. Quitad las manos de la mesa. Inmediatamente resonó un espantoso alboroto metálico, que conmovió la casa de arriba abajo. Era como si hubiesen lanzado de lo alto, sobre la mesa, un pesado montón de cadenas. Por tres veces se repitió el ruido, cada vez con menor intensidad. Después de esto, una gran mesa de mármol, pesadísima, se puso a caracolear por la habitación; después hizo lo mismo una caja grande. Un paraguas, que estaba colocado sobre la mesa, desapareció de ella y comenzó a dar vueltas por la

estancia, tocando, tan pronto a uno como a otro de nosotros, para acabar por detenerse entre las manos del señor Groute, mi cuñado.

Estas manifestaciones habían tenido, sin duda, por objeto convencer al incrédulo recién llegado de la realidad de la existencia de un poder invisible, actuando cerca de nosotros. En ese caso, la finalidad fue alcanzada, porque mi cuñado había tomado toda clase de precauciones posibles para precaverse contra toda probable superchería. Entre otras cosas había sellado la puerta y la ventana. (Sargent, pág. 73).

16 de febrero 1862.—Hacia el final de la sesión, el espíritu materializado de Benjamín Franklin escribió lo siguiente en una hoja de papel: “Hijo mío, en estos momentos nuestros ejércitos han ganado una gran victoria”. Al día siguiente se supo que en el curso de aquella misma velada, el ejército federal había tomado por asalto el fuerte Donaldson, en el río Tenesse. (Sargent, pág. 75).

22 febrero 1862.—Atmósfera húmeda. Condiciones desfavorables.

Después de una media hora de espera, una luz cilíndrica muy brillante, rodeada de velos, como de costumbre, fue a colocarse sobre la mesa, a su lado apareció una rama con dos rosas abiertas y un capullo y hojas. Flores, hojas y ramas parecían perfectas. Dichas rosas fuéronme acercadas para que las oliera, y las hallé con el perfume de una rosa recién cortada, y aun era más delicado y más suave. Nos permitieron que las tocásemos, de lo que me aproveché para examinarlas detenidamente. Se nos dijo: “Tened cuidado de manejarlas con precaución”. Observé que la rama y las hojas eran untosas al tacto; como yo pregunté el motivo se me contestó que el inconveniente proveía de las condiciones húmedas e impuras de la atmósfera. Estas flores fueron tenidas cerca o por encima de la luz, que parecía tener la propiedad de devolverles la vitalidad y sustancia, como si las nutriese; el mismo poder parecía tener la mano que las sostenía.

Ya había yo notado que todas estas creaciones espirituales parecen formarse y persistir a expensas de reservas eléctricas contenidas en el globo luminosos, lo que se deducía del hecho de que desde que comenzaban a perder consistencia se les ponía en contacto, o cerca de la luz, después de lo cual recuperaban, como por encantamiento, la sustancia y la vitalidad perdida.

Por medio de golpes, nos dictaron: “Ved cómo se disuelven rápidamente”. La ramita florecida estaba allí, muy cerca de la luz; vimos las flores doblarse, de repente, ajadas, en la rama; y, en seguida, como la cera al fuego, disolverse y desaparecer en menos de un minuto.

Los golpes dijeron; “Ved cómo vuelven”. En el acto, un filamento blanco apareció delante del cilindro luminoso, y se desarrolló rápidamente en forma de rama; después aparecieron y volvieron a formarse las hojas, el capullo y las rosas, todo de una manera perfecta, en el mismo tiempo, aproximadamente, que se tarda en la disolución. El fenómeno se renovó varias veces; era un espectáculo maravilloso. Se nos prometió que se reproducirían a la luz del gas, cuando las condiciones atmosféricas lo permitiesen. (Sargent, página 75).

25 febrero 1862.—Además del médium, asiste a la sesión conmigo el señor Groute. La habitación en que tuvo lugar la experiencia era contigua a otra más pequeña, ala que se entraba por una puertecilla de escape. Las puertas de las dos habitaciones, así como las ventanas, fueron selladas cuidadosamente por el señor Groute...

Pronto se elevó del suelo una luz brillante, permitiéndonos a mi y al médium ver la forma de un fantasma de hombre de pie ante nosotros. En el primer momento, a causa de la gran cantidad de velos que rodeaban su rostro, no pudimos identificarlo, pero poco después, distinguimos claramente las conocidas facciones del doctor Franklin. Al principio, el doctor Groute no fue autorizado a acercarse, pero habiéndose mejorado las condiciones de fuerza, o, mejor, habiendo sido, en parte, superados los efectos

inhibitorios de su presencia, se nos comunicó el siguiente mensaje: “Ahora, querido amigo, puedes acercarte y ver”. El señor Groute se aproximó y hallase ante el fantasma... Aunque la luz no era tan perfecta como antes, le vio, sin embargo, lo bastante bien para reconocer que las facciones del fantasma eran idénticas a las del doctor Franklin, tal como aparecen en su retrato. En efecto, aun en las condiciones de luz en que entonces se encontraba, los ojos, el cabello, las facciones, la expresión de su fisonomía, lo mismo que una parte de los velos que lo cubrían, eran perfectamente visibles. No obstante, el debilitamiento de la luz había sido de pronto considerable, producido por la presencia hostil del señor Groute, cosa curiosa e instructiva a la par. Mientras el doctor Groute permanecía en la habitación contigua, la luz brillaba con su intensidad habitual; pero si se acercaba a ella, se debilitaba a medida que avanzaba, recobrando su luminosidad cuando se alejaba.

Este curioso fenómeno demuestra que la naturaleza de una persona viva tiene una influencia directa sobre las creaciones del mundo invisible, y que esta influencia obra, a veces, como un elemento perturbador y neutralizante, sin otro motivo, por parte de la persona en cuestión, que la sorpresa, el temor o cualquier otra emoción dependiente de su poca familiaridad con los fenómenos medianímicos. (Sargent, pág. 77).

3 de noviembre 1862.—apareció Estela con el rostro cubierto por sus cabellos flotantes. Para verle la cara, he tenido yo mismo que separarlos con las manos. Después comenzó a elevarse lentamente hasta que sus pies estuvieron a la altura de mi cabeza, sobre la que pasó, deslizándose, rozándola con el borde de su traje. (Dale Owen, pág. 395).

21 octubre 1863.—Había llevado conmigo la linterna sorda, y así que apareció la forma materializada de Estela, proyecté sobre ella toda la claridad. Estela se estremeció ligeramente, pero no se movió, permitiéndome dirigir el haz luminoso sobre su rostro, ojos, pecho, vestidos, es decir, por todas partes. Cuando la hube examinado suficientemente, desapareció de improviso. Poco después, nos dictaros: “Sólo a costa de grandes dificultades he logrado conservar mi forma durante algún tiempo”. (Dale Owen, pág. 396).

He aquí cómo el mismo autor resume el relato de dos sesiones a las cuales asistió el señor Groute y de las que él fue testigo:

A la sesión del 28 de febrero (número 346), estaba presente el señor Groute, que sujetaba las manos del médium. Apagado el gas, el señor Livermore se sintió empujado por una mano robusta contra el diván, en seguida, una luz se elevó del suelo, iluminando el rostro del doctor Franklin, que estaba por encima del sofá. El señor Groute, así que pudo convencerse de que se trataba de una forma humana viva, corrió hacia la puerta, para asegurarse de que nadie la había abierto. Después, acercase para contemplar la forma, de la que pudo palpar el borde de su vestidura.

Pero era tan exagerado su escepticismo, que una semana más tarde pidió asistir a otra sesión para poner las cosas en claro. Por sí mismo quiso cerrar la puerta y las ventanas, y, haciéndolo, murmuraba que estaba decidido a no dejarse engañar más.

Esta vez, la forma de Franklin apareció más neta, manteniendo en el hueco de la mano la luz con que se iluminaba, como si quisiese demostrar al incrédulo “santo Tomás” que él era el primero en desear proporcionarle los medios de examinarle de una manera satisfactoria.

El señor Groute, que desde el principio de la sesión conservaba entre las suyas las manos del médium y las del señor Livermore, se aproximó al fantasma, vió y tocó, y como el apóstol Tomás se declaró, por fin, convencido. (Dale Owen, pág. 393).

El doctor Gray me refirió esta otra interesante observación. En el curso de una de las últimas manifestaciones del doctor Franklin, éste se presentó en el primer momento con la cara imperfectamente formada, de modo que parecía no tener más que un solo ojo; en el lugar del otro y de la mejilla existía una cavidad informe, que daba al rostro un aspecto casi horrible. Se impresionó tanto el médium, Kate Fox, que prorrumpió en gritos, provocando la inmediata extinción de la luz espiritual que iluminaba el lugar.

—tontuela—exclamó el doctor Gray, estrechándole las manos,—¿no comprendes que de esa manera contrarias la experiencia más grande del mundo, la materialización gradual de un espíritu?

Esta interpretación filosófica del fenómeno tuvo la virtud de calmar poco a poco a la joven, disipando su supersticioso temor, y cinco minutos después reapareció la cara del doctor Franklin, y esta vez de un modo tan perfecto, con tal expresión de serena dignidad y benignidad en la mirada, que el médium fue el primero en exclamar: ¡Oh, qué hermoso es!. (Dale Owen, pág. 407).

No sin sentimiento termino aquí las citas del relato, teóricamente importantísimas, de Livermore. En la selección que de él he hecho he juzgado útil apartarme un poco del tema especial que se trata de discutir, a fin de exponer un cuadro general de los fenómenos obtenidos en el curso de aquellas memorables experiencias.

Entre los pasajes que he relatado, se observan numerosos incidentes que podrían ser comparados con ventaja a otros análogos obtenidos por la mediumnidad de William Stainton Moses, la señora d'Esperance, Eusapia Paladino, la señora Hollis, la de Salmon, Eva C. y Linda Gazzera, pero este trabajo me alejaría demasiado del tema principal de esta obra.

Me limito, pues, a presentar brevemente las principales analogías, renunciando a citar ejemplos.

Una primera analogía muy notable encontramos entre las luces obtenidas por Livermore y las obtenidas por la mediumnidad de William Stainton Moses, las cuales, además de presentar las mismas formas y dimensiones, aparecían constantemente envueltas en un tejido semejante a la gasa. Añádase que ambos habían notado que dichas luces eran alimentadas por la mano espírita que en ellas se encontraba, o por la mano espírita que las sostenía.

También en el hecho de la emanación de perfumes se encuentran analogías interesantes entre las dos series de experiencias, aunque este fenómeno fue mucho más variado en el curso de las experiencias con Moses, en las que toda clase de perfumes tan pronto trasudaban de la frente del médium, tan pronto eran esparcidos profusamente por la habitación, hasta hacer el aire irrespirable, como eran extraídos de flores frescas aportadas con tal fin. En esta última ocasión

algunas flores bastaban para producir emisiones enormes de perfumes, pero con el resultado de marchitar instantáneamente, hasta la completa desecación, las flores sometidas a la experiencia.

Otra analogía interesante, esta vez con la mediumnidad de Eusapia Paladino, consiste en el hecho de que las formas materializadas de que habla Livermore no se ponían jamás en contacto con las personas sin interponer un tejido medianímico, o exigir de los experimentadores la interposición de un tejido o tegumento natural. Hemos visto que Livermore y su cuñado se pusieron un guante para sostener en el hueco de la mano una luz medianímica, y que Estela consintió en besar a Livermore “interponiendo previamente una sustancia parecida a la gasa”.

Pues bien, idénticas particularidades se verifican en las sesiones con Eusapia Paladino, en cuyo curso, en general, las formas materializadas no tocaban, ni se dejaban tocar, más que a través del tejido de la cortina; de la misma manera no dejaban sus huellas en la plastilina sin la interposición de un tejido medianímico.

En las sesiones de Livermore, como en las de Eusapia y Moses, se observa otra analogía; cuando iban a producirse fenómenos de importancia, o se estaba en vías de su realización, las personalidades medianímicas exhortaban a no mirar con demasiada insistencia el punto en que se preparaba o se producía el fenómeno, a causa del poder neutralizante que la mirada humana y la concentración de la atención ejercen sobre las fuerzas exteriorizadas. Por esto cuando una mano materializada, escribía, iluminada, en presencia del señor Livermore, éste era invitado a no mirar con demasiada insistencia el fenómeno, sin solamente por cortos intervalos, con el único fin de no entorpecer, con la fijeza de su mirada, la fuerza en acción. Otras veces se pedía a los experimentadores que cerraran momentáneamente los ojos; “El doctor Franklin nos invitó a cerrar los ojos un momento. Cuando los abrimos, le vimos de pie sobre la mesa, desde la cual nos dominaba, como un estatua”. Y más adelante: “En un momento dado se me pidieron cerillas, y se nos previno que cerrásemos los ojos”.

Veamos un caso análogo, tomado de las sesiones de Moses:

Pedí que acercasen a mi cara una luz. “Mentor” consintió en ello, “y me invitó a que cerrara los ojos”. Cuando me dijo que los volviera a abrir, vi frente a mí, a pocos centímetros de la cara, una luz esplendida, con la forma y el volumen de un globo de lámpara ordinaria. (doctor Speer, en “Proceedings of the S. P. R.”, vol. IX, pág 275).

A la fuerza inhibitoria de la mirada y de la atención, corresponde la de los temperamentos y su acción relativa a las emanaciones vitales. Sobre este punto es muy instructivo el episodio narrado por Livermore a propósito del efecto desfavorable que la presencia del señor Groute ejercía en la producción de los fenómenos:

Mientras el señor Groute permanecía en la habitación contigua, la luz brillaba con su intensidad habitual; pero si se acercaba a ella, se debilitaba a medida que avanzaba, recobrando su luminosidad cuando se alejaba.

Efectos análogos tenían lugar con Moses, cuando se introducía en las sesiones a personas extrañas, lo que hizo que las personalidades medianímicas acabaran por aconsejar a los miembros habituales del grupo que fueran siempre poco numerosos, para no comprometer la progresión de los fenómenos. Con Home y Eusapia se comprobaron perturbaciones análogas, y lo mismo ha ocurrido con todos los médiums. Es en esta particularidad de los fenómenos medianímicos donde se debe observar los grados diferentes de sintonización entre los distintos grupos de experimentadores, ya que los resultados que se obtienen con el mismo médium son tan diversos y aun contradictorios.

Hablaré, por último, de un curioso fenómeno expuesto por Livermore y que tiene también su equivalencia en las experiencias con Moses. Consiste en los ruidos atronadores que precedían de ordinario la realización de manifestaciones importantes, fenómeno de tal modo habitual en las sesiones de Livermore, que, no habiéndose realizado en una circunstancia, las personalidades medianímicas llamaron sobre aquel hecho la atención de los experimentadores por medio del siguiente mensaje: “Observad que esta vez hemos intervenido sin provocar ruidos.” El mismo fenómeno tenía lugar con la medianidad de Moses, el cual pidió la explicación al espíritu-guía “Rector”, que contestó que no era fácil suprimir estas manifestaciones ruidosas, porque era el medio más rápido que los “espíritus” poseían para librar el ambiente de la excesiva saturación de fuerzas físicas exteriorizadas, las cuales impiden la producción de manifestaciones superiores.

Con ésta, termino la enumeración de las principales analogías existentes entre las modalidades con que se producían los fenómenos en las sesiones con Kate Fox y las de otros médiums, analogías teóricamente interesantes e instructivas, puesto que confirman mutuamente los resultados obtenidos, y, por consiguiente, nos facilitan preciosos datos para una futura interpretación de los hechos.

Sólo me queda examinar los fenómenos de que tratamos desde el punto de vista especial de la presente discusión concerniente a la génesis y naturaleza de los fenómenos materializados que se han manifestado; tenemos que juzgar si deben ser considerados como de naturaleza plástica, orgánica, subconsciente o extrínseca. No creo que sea preciso que desperdiciemos el tiempo en discutir si dichos fantasmas eran creaciones plásticas u orgánicas, puesto que se mostraban dotados de inteligencia, de voluntad y de actividad. Es cierto que, a veces, algunos se manifestaron incompletamente materializados, cuando los fluidos y la fuerza que estaban a su disposición no eran suficientes, pero incontestablemente

no eran fantoches plásticos, ya que iban y venían por la habitación, eran capaces de subir a una mesa o a una silla, y se preocupaban de alimentar los globos luminosos que mantenían en el hueco de sus manos, agitándolos, con el brazo extendido; estaban incluso en condiciones de hablar, aunque lo hiciesen con dificultad y con una voz átona. Esto no impide sentar la afirmación de que, si hablaban y respiraban, debían ser, pues, seres organizados y vivos, y de ninguna manera fantoches plásticos comprables a “las figuras de cera de un museo anatómico”.

En este estado, el problema sustancial que hay que resolver se reduce a preguntarse si dichos fantasmas, organizados e independientes, pueden o no ser explicados con la tesis fundamental que defiende el señor Sudre, según la cual los fantasmas serían el exclusivo producto de una personalidad subconsciente materializada y exteriorizada (prosopopeya).

Expuesto en estos términos el problema, empiezo por recordar que en el curso de la sesión del 10 de noviembre de 1861 se realizaron simultáneamente tres fantasmas materializados, y que, en la del 12 del mismo mes y año, vióse pasear simultáneamente por la habitación cuatro materializados. De ello se deduce que, si queremos atenernos a la interpretación del señor Sudre, deberíamos decir que en dichas ocasiones nos encontramos frente a un problema ¡de triple, y luego de cuádruple prosopopeya exteriorizada y materializada! O más exactamente: que nos hallamos ante un fenómeno quíntuple de prosopopeya simultánea, ya que el médium no caía en sueño medianímico y conservaba toda su conciencia. En otras palabras: habría que creer que en tales circunstancias la personalidad psíquica del médium se había desdoblado simultáneamente en cinco personalidades psíquicas bien definidas, cuatro de ellas exteriorizadas, vivas, inteligentes y actuantes. Habría que admitir esto para poder aceptar la hipótesis de la prosopopeya aplicada a los casos de materialización. Pero antes de suscribir tal milagro, espero que se me de a conocer un solo ejemplo, por lo menos, de desintegración patológica de una personalidad con la consiguiente formación de personalidades alternantes, que, en lugar de permanecer alternantes, sean capaces de emerger y actuar simultáneamente bajo cuatro aspectos. Como se ve, pido una cosa psicológicamente imposible. Lo sé, pero como dicho fenómeno se realiza en las experiencias de materialización y en las de voz directa, habrá que sentar la conclusión de que, si el desdoblamiento simultáneo de una individualidad psíquica en cinco personalidades independientes es una imposibilidad psicológica, las personalidades simultáneas que se manifiestan en los fenómenos de materialización y en los de voces directas son extraños al médium y a los asistentes... Y la lógica nos lleva necesariamente a la hipótesis espírita.

Me parece que esta primera observación basada en los hechos, basta para derrocar irremediamente la hipótesis de la prosopopeya exteriorizada y materializada.

Me limitaré, por lo tanto, a enumerar las pruebas admirables de identidad personal dadas por la entidad materializada de Estela, sin comentarlas ni discutir las, tanto más, cuanto que he examinado de una manera completa en esta misma obra el valor teórico de las pruebas más importantes: las de identidad de escritura y los mensajes escritos en un idioma ignorado del médium.

Hago observar que la personalidad medianímica que estudiamos consiguió demostrar su identidad recurriendo a las mejores pruebas de que puede disponer una personalidad de difunto que se manifiesta: mostrándose durante varios años bajo la misma apariencia—la misma que en vida tenía,—escribiendo centenares de mensajes con idéntica escritura, expresándose en una lengua extranjera que le era familiar en vida y que el médium ignoraba, revistiendo sus ideas de una forma netamente personal, añadiendo a todo esto pruebas adicionales de carácter altamente sugestivo, como, por ejemplo, la reproducción materializada del gorro bordado que había usado durante la enfermedad que la llevó al sepulcro, y por último, robusteciendo las pruebas de identificación con la producción de prodigiosos fenómenos destinados a probar la intervención real de personalidades espirituales extrañas a los asistentes.

El fantasma materializado de Benjamín Franklin no interviene con un fin de identificación personal, sino únicamente, para contribuir al éxito de las manifestaciones de Estela, utilizando aquella energía eléctrica que en vida había estudiado profundamente. Sin embargo, este fantasma reproduce la figura y las facciones de aquél que dice ser.

A propósito de esta última manifestación, conviene hacer resaltar el hecho, tan impresionante, de que el espíritu de Franklin, después de haber conseguido hacerse ver a la luz de una cerilla, es decir, a una luz terrestre, tan perjudicial a las formas materializadas, transmitiera el mensaje siguiente: “Después de esta última prueba, ¿podrá aún dudar el mundo, hijos míos? Para convencerle es por lo que trabajamos tanto”.

En otro momento, después de haber permitido que el haz luminoso de una linterna sorda le fuese dirigido de lleno, de modo que le desintegró rápidamente, dictó este otro mensaje: “Esto también, hijo mío, es para bien de la humanidad. Con esta sola finalidad empleo mi actividad y trabajo”. ¡Qué tristes consideraciones sugieren estas palabras! Ellas nos demuestran que ya en el año 1861 el fantasma materializado del doctor Franklin consideraba que las pruebas que él había aportado en apoyo de la supervivencia del espíritu humano, debían, racionalmente, bastar para desvanecer toda duda de los vivos, sobre el futuro en el Más Allá; añadía que él y otros espíritus se sometían a la ardua tarea de manifestarse y materializarse nada más que con la finalidad de ofrecer al mundo estas pruebas capitales. No es posible negar que la serie completa de las experiencias de que se trata, prolongadas durante cinco años, deberían bastar, racionalmente, para probar experimentalmente la supervivencia del espíritu humano. Pero ¡ay!, sesenta y cinco años han pasado después de la fecha de aquella memorables experiencias, y no sólo el mundo no está convencido

todavía, sino que en el círculo de las personas que estudian las manifestaciones metapsíquicas se continúa, más que nunca, discutiendo y disputando sobre el asunto, a pesar de la gran cantidad de hechos que se han acumulado rápidamente, tan maravillosos como los que se debieron a la personalidad espiritual de Benjamín Franklin. Debeos confesar que Franklin esperaba demasiado de las facultades racionales del hombre, sin pensar que éstas se oscurecen a menudo por la niebla de las ideas preconcebidas y el misoneísmo que caracteriza, sobre todo, a los hombres de ciencia, misoneísmo que les predispone a acoger toda hipótesis gratuita y absurda que armonice con sus prejuicios, y a rechazar ciegamente una verdad manifiesta e indiscutible, si la misma es opuesta a sus inveterados prejuicios. Desgraciadamente, Franklin no tuvo en cuenta lo que se ha llamado la “credulidad de los incrédulos”, que es infinitamente más ciega y tenaz que la “credulidad de los espíritus sencillos”. Son insuficientes los hechos para combatirla y vencerla, lo mismo que los procedimientos científicos y el análisis comparado, aplicado a un gran número de casos, siendo asimismo insuficiente la admirable convergencia de todas las pruebas en el sentido de la interpretación espiritualista de los hechos. No hay, no puede haber más que la obra del Tiempo para triunfar, y la dramática historia de todos los precursores lo demuestra de mis maneras diferentes. Dentro de un siglo la humanidad civilizada reconocerá, sin más discusiones, la gran verdad que hoy tantas amarguras cuesta a los que la defienden.

Prosiguiendo mi exposición de los casos más notables de fantasmas materializados, observo que el tercer caso clásico de este género es el de la celestial “Nepenthés”, fantasma que se manifestó en el curso de una serie especial de experiencias en las que intervino la mediumnidad de la señora d’Esperance. En ellas se produjo el famoso incidente, teóricamente importantísimo, de que el fantasma que decía ser contemporáneo de la época heroica de la antigua Grecia, escribió con su propia mano un mensaje en Griego antiguo en el carnet de uno de los experimentadores. El valor teórico de este incidente se acrecienta por la feliz consideración de que todos los asistentes ignoraban la antigua lengua griega.

Conocidos son los orígenes de aquellas memorables sesiones. Un grupo de eminentes experimentadores noruegos, entre los cuales figuraban profesores de Universidad, literatos, médicos, magistrados y pastores luteranos, con el fin de averiguar hasta qué punto influían favorablemente en la producción de los fenómenos las condiciones físicas de los asistentes, se propuso abstenerse durante seis meses de toda bebida alcohólica, de tabaco y de cualquier otra droga análoga, organizando para después de los tres primeros meses una serie de doce

sesiones a las cuales no debía admitirse a ninguna otra persona que las convenidas, quienes se habían comprometido a asistir a ellas sin interrupción.

En el grupo, compuesto de una treintena de personas, estaban representados los dos sexos por partes iguales.

Cuando terminaron las sesiones, varios de los experimentadores publicaron libros u opúsculos dando cuenta de ellas. Extracto lo siguiente del Diario de la baronesa Peyron (Light, 1907, 439), y largas citas de un libro, Harper i Luften, publicado por un magistrado que formaba parte del grupo, citas que la señora d'Esperance expuso en el curso de una conferencia. En la narración noruega, da el autor, autorizado para ello, una relación de casi todas las personas que asistieron a dichas sesiones; no obstante, la señora d'Esperance no se considera autorizada para citarlos en la conferencia de que hemos hablado. (Light, 1903, págs. 547, 559, 571). Por la baronesa de Peyron sabemos que el organizador de las sesiones fue el doctor Von Bergen, conocido investigador metapsiquista, y por la conferencia de la señora d'Esperance, que herr Sjostedt fue propuesto para la dirección de las sesiones. Tuvieron éstas lugar en casa del profesor E.

Las disposiciones tomadas en la sala en que debían celebrarse las experiencias fueron ocultadas al médium, el cual debía llegar a Goteborg a Cristianía.—”No sé por qué motivos, escribe la baronesa, no se juzgó oportuno que el médium entrase en la sala de las sesiones durante el día, por lo que, llegada la hora de la reunión, se debió perder mucho tiempo en modificar las disposiciones que habían sido tomadas para el alumbrado del local.”

La forma de “Nepenthés” se manifestó una de las primeras y continuó manifestándose en casi todas las sesiones. Era una figura de mujer de la mayor belleza; se mostraba a la luz al mismo tiempo que el médium, que estaba despierta, sentada con los demás fuera del gabinete. Se materializaba en medio del círculo, prestándose tanto a dejarse fotografiar como a escribir en el carnet de uno de los presentes y a dejarse tomar el molde de la mano, hundiéndola en parafina derretida.

El doctor von Bergen ha expuesto este episodio de la manera siguiente:

Esperábamos impacientes y llenos de ansiedad. “¿Lo conseguirá?”, nos preguntábamos. El médium comprendió nuestro estado de ánimo, y nos dijo: “No me dirigáis la palabra; debo permanecer tranquila; procurad conservar vuestra calma y serenidad”. El ligero rumor producido por la mano al hundirse y salir del liquido, continuó durante algunos minutos en la sombra de la cortina, mientras percibíamos la forma blanca inclinada sobre el recipiente. Luego, Nepenthe’s se irguió, y volviere hacia nosotros, mirando en torno suyo hasta que vió a herr E. sentado detrás de otro experimentador que le ocultaba a medias; dirigióse a él, suspendida en el aire, llevando en la mano un objeto. ¡Me da un pedazo de cera!—exclamó aquel; y rectificando, añadió: “No; es el molde de su mano, cubierta hasta la muñeca; se disuelve en el interior del modelo”. En tanto hablaba, la forma se deslizaba tranquilamente hacia el gabinete, dejando el modelo de parafina en las manos de herr E. ¿Se había obtenido el fenómeno tan deseado! Acabada la sesión, se examino el molde. Exteriormente, parecía informe, grumoso, formado por un gran número de capas superpuestas de parafina; por la

pequeña abertura de la muñeca se veían en el interior las huellas de todos los dedos de una mano extremadamente pequeña.

Al día siguiente llevamos el guante aun modelador de oficio, un tal Almiri, para hacerle sacar el vaciado en yeso. Tanto él como sus obreros examinaron, estupefactos, el modelo, y viendo que una mano humana, después de haberlo producido, no habría podido retirarse, acabaron por decir que era obra de brujería. Cuando el trabajo quedó hecho, todos pudimos admirar una mano muy pequeña y completa, hasta la muñeca, en la que se observaban claramente las uñas y se dibujaban las líneas más finas de las juntas y de la palma. Los dedos, ahusados y de perfecta forma sorprendieron al artista más que todo lo demás, y le convencieron del origen supranormal del modelo, sobre todo por la posición de los dedos, que se presentaban doblados de tal modo, que una mano humana no hubiera podido salir de la forma.

En este otro pasaje se describe la manera cómo se desmaterializaba Nepenthés en medio del círculo:

Permanecía tranquilamente en medio de nosotros, bajando lentamente la cabeza, sobre la cual brillaba su diadema habitual. En poco tiempo, sin que se oyese el más ligero ruido, la sobrehumana, la espiritual Nepenthés, tan bella, tan real, tan viva, se había convertido en una nubecilla luminosa poco más grande que una cabeza humana, sobre la cual brillaba todavía la diadema; luego, aquella luminosidad se extinguía, la diadema se disolvía y desaparecía a su vez, y todo había terminado.

Veamos ahora el famoso episodio del mensaje escrito en clásica lengua griega:

...Nepenthés se presentó más bella que nunca. A pesar de la admiración y el respeto que siento por las amables y hermosas damas que conozco, declaro que mis ojos no han visto nada comparable a aquella divina criatura, mujer o diosa, lo que fuese, y mis palabras son intérpretes de la opinión general. Viendo a herr E. inclinado sobre su carnet, ocupado en tomar notas, permaneció un instante mirándole, invitándola, entonces, aquél, a escribir una frase para él, ofreciéndole el carnet y el lápiz, que ella aceptó. Herr E. se levantó y se colocó detrás de ella, observando. Ambos estaban al lado del médium, pero un poco más atrás. Nosotros mirábamos el grupo formado por aquellos tres seres, y esperábamos, ansiosamente. “Escribe”, nos anunció herr E. Veíamos las dos cabezas inclinadas sobre los dedos que escribían y cuyos movimientos se percibían distintamente. Poco después, el carnet y el lápiz fueron devueltos a herr E., que se volvió a sentar, triunfante. Examinamos la hoja de papel, en la que aparecían trazados caracteres griegos de forma muy clara, pero ininteligibles para todos los asistentes. Al día siguiente los hicimos traducir del griego antiguo al moderno, y después, a nuestro idioma. Decía así_ “Yo soy Nepenthés, tu amiga; cuando tu alma se vea oprimida por el dolor, invócame a mi, Nepenthés, y acudiré en el acto para aliviar tus penas”. ¡Dichoso mortal!, pensamos todos al felicitarle.

Interrumpo aquí las citas.—A propósito de estas experiencias, hay que tener en cuenta, primeramente, las excepcionales condiciones probatorias en que han ocurrido. Obsérvese que el local estaba constantemente alumbrado por una luz lo suficientemente intensa para que los presentes se pudieran reconocer, para poder tomar notas, y, en una palabra, distinguir lo que sucedía en la habitación. El

médium estaba sentado con los demás formando círculo, visible para todos, y siempre despierto. Volvía la espalda al gabinete medianímico, en el que se formaban los fantasmas materializados para salir en seguida y aparecer ante los experimentadores. En cuanto a Nepenthés se materializaba y desmaterializaba casi siempre en medio del círculo que formaban aquéllos. De esto se deduce que las condiciones de experimentación eran absolutamente ideales, puesto que, en tales condiciones, toda tentativa de fraude era literalmente imposible.

Pasando a la producción de los fenómenos, haré notar, en primer lugar, lo que se dice de Nepenthés, que hunde y saca su mano en la parafina derretida para reproducir el modelo tan deseado, y una vez terminada la operación, se vuelve, buscando con la mirada al profesor e., a quien parece preferir, y viéndole, a medias oculto por el hombre de otro experimentador, se dirige a él y le entrega el guante de parafina. Recordaré, también que, en otra ocasión, se detiene para mirar al profesor E., ocupado en tomar unas notas, y que este último, presentándole el carnet y el lápiz, le ruega que escriba algo para él, cosa que ella hace de buen grado, escribiendo un mensaje cuyo contenido no entiende ninguno de los asistentes. Cuando se revisan estos detalles, el pensamiento se orienta hacia la teoría del señor Sudre que convierte a los fantasmas materializados en plásticos polichinelas, que tienen la apariencia de la vida, gracias a un fenómeno de prosopopeya, pero que realidad pueden ser comparados a las figuras de cera de un museo anatómico. E inmediatamente, pensamos en la fuerza perturbadora de las ideas preconcebidas, que hacen que los hombres afirmen lo opuesto de lo que los hechos demuestran.

Réstame hacer resaltar la significación imperativa de una personalidad materializada que escribe en una lengua ignorada del médium y de los asistentes, circunstancia que interviene oportunamente para neutralizar en absoluto una objeción fantástica de la que ya he hablado, a propósito de casos análogos a aquél que acabo de citar, pero en los cuales las personalidades medianímicas se expresan o escriben en idiomas ignorados del médium, pero conocidos del consultante. Podría objetarse en estos casos el médium toma su conocimiento de una lengua de la subconciencia del consultante; pero ya he hecho observar que esta hipótesis es de tal modo absurda, que ni aun los mismos opositores se han atrevido a formularla; más, lo que hasta hoy no han hecho, pueden hacerlo mañana, en vista de las desesperadas condiciones teóricas en que se encuentran, cada vez más graves. De aquí nace el gran valor teórico de los casos análogos a aquéllos que he presentado, que oponen previamente un mentís a dicha hipótesis, demostrando que el fenómeno se realiza igualmente aun fuera de subconciencias que faciliten al médium el conocimiento de lenguas. Por consiguiente, se está obligado a admitir la presencia real, en el lugar de la acción, de una personalidad espiritual ajena al médium y a los asistentes.

Afirmo, pues, sin temor a engañarme, que los casos de xenoglosia en que la personalidad medianímica habla o escribe corrientemente en un idioma desconocido del médium, considerados conjuntamente con los casos análogos

en que la personalidad medianímica habla o escribe en una lengua desconocida del médium y del los asistentes, bastarían por sí solos para demostrar de una manera irrefutable la validez de la hipótesis espírita. Pero si se reflexiona que las categorías de manifestaciones medianímicas que demuestran dicha validez son numerosísimas (y este libro lo prueba), para confirmar esta validez partiendo de la base científica del análisis comparado y de la convergencia de las pruebas, hay motivo para sorprenderse al verla tan combatida en los mismos centros científicos. Es cierto que todo nuestro asombro cesa así que reflexionamos que siempre ha ocurrido lo mismo, cuando a través de los siglos ha surgido en el horizonte del progreso humano la aurora de una Gran Idea.

Siempre ocupándonos del episodio importantísimo que examinamos; haré observar que los casos de personalidades que hablan o escriben en lenguas ignoradas del médium y de los asistentes, son raros. Y es natural que así sea, dado que las personalidades de difuntos que se manifiestan son casi siempre parientes o conocidos de los experimentadores, y no puede menos de serles común la lengua o el dialecto. Sin embargo, en mis clasificaciones se encuentran once casos en que las personalidades de difuntos hablan o escriben en una lengua ignorada del médium y de los asistentes. Más adelante referiré otros dos episodios de esta clase, que han tenido lugar recientemente en Varsovia con motivo de la materialización de fantasmas.

Voy a relatar un ejemplo tomado de mis propias experiencias, publicado en mi libro *I potesi Spiritica o Teoriche Scientifiche*, aparecido en 1903. Este episodio se desarrolló en el curso de una larga serie de experiencias, con Eusapia Paladino, organizadas por el “Circolo Scientifico Minerva” de Génova, en las que tomaron parte conmigo los profesores Morselli y Francisco Porro, el doctor José Venzano y Luis Arnaud Vassallo, director del Sécalo XIX.

A la sesión del 10 de febrero de 1902 asistían conmigo los cuatro siguientes miembros del Círculo: Félix Avellino, Jerónimo Pastoriano, Evaristo Testa y J. Faggioni.

Del acta de aquella sesión, redactada por mi mismo, tomo este pasaje esencial:

A la izquierda del médium toma asiento el señor Testa, y a la derecha, el señor Faggioni. La habitación está débilmente iluminada por la luz de una bujía colocada en la antecámara.

...De repente, percibimos los movimientos de la cortina del gabinete medianímico situado detrás del señor Testa. En seguida, en dicho punto, visible para todos, se perfila la forma de una mano, y alcanza al señor Testa, tocándole, acariciadora, para retirarse rápidamente. Después de esto, la cortina se agita de nuevo y se infla, adhiriéndose a la cara del señor Testa, el cual declara estar en contacto con una cabeza completamente materializada. Aun no ha acabado la frase, cuando todos sentimos el rumor de un beso depositado en su rostro. El señor Testa ruega a la personalidad que se manifiesta que se sirva hacerle conocer su nombre. Oyese entonces (detrás de la cortina), unos sonidos

inarticulados que tienen, sin embargo, el timbre de la voz humana, como si detrás de la cortina se encontrase alguien que hiciese sobrehumanos esfuerzos para conseguir articular palabras. Estos sonidos, en efecto, acaban por constituir una voz humana, una voz frágil, áfona, que dice, silabeando en italiano: Soy tu madre... ¡Hijo mío...!. Siguen más besos y caricias largas y afectuosas, con la interposición de la cortina. El señor Testa, deseando más que nunca obtener una prueba de identidad, pide a la personalidad materializada que se le aparezca visiblemente. Se obtiene una respuesta afirmativa. Y las cortinas se abren por el centro, y a una altura aproximada de unos cuarenta centímetros sobre la cabeza de Eusapia, se presenta un busto de mujer, que tan pronto se adelanta como retrocede, con movimiento lento y alternativo. Por la posición que ocupo con relación al punto de donde viene la luz, no logro distinguir más que de una manera confusa la forma materializada; lo mismo les ocurre a los señores Testa y Avellino, pero los señores Pastorino y Faggioni, mejor colocados, y muy cerca de la forma materializada, declaran percibir claramente el perfil de un rostro de mujer, cuyas facciones distinguen muy bien; sus observaciones concuerdan perfectamente. El señor Testa, basándose en las observaciones que dichos testigos hacen, minuciosamente, de las facciones del fantasma, está cada vez más convencido de que se trata realmente de su madre, por lo que insiste con calor, y ruega y exhorta a la forma materializada para que se adelante, y poder verla. Al oír estas súplicas, el señor Faggioni, con el acento de una persona que siente desvanecer las ilusiones de otra, le dice: No, querido señor Testa; la forma que yo percibo no puede ser su madre; distingo perfectamente las facciones, y puedo decirle que son las de una mujer en plena juventud. —Sí, sí, contesta el señor Testa; mi pobre mamá murió a los veinte años de edad.

Esta coincidencia, tan sorprendente e inesperada, no dejó de producir una gran impresión en todos los asistentes. Ninguno de nosotros podía suponer que la madre de nuestro amito hubiese muerto tan joven. El señor Testa, por otra parte, era poco conocido de todos nosotros, pues hacía pocos días que había entrado en nuestro Círculo.

Aquí termina el acta de la sesión, pero el episodio debía tener al día siguiente una continuación interesantísima.

Queriendo comprobar la autenticidad del incidente, que le había impresionado mucho, el señor Testa cogió una fotografía de su madre y la unió a otros retratos de señoras jóvenes, teniendo cuidado de elegirlos exclusivamente entre las pertenecientes a la misma época, y con ellos se dirigió a casa del señor Faggioni, rogándole que le indicara cuál de dichos retratos se parecía más a la forma que había percibido.

Una tras otra examinó el señor Faggioni la colección de fotografías, y cuando llegó a la última, exclamó: Esta es la forma que he visto. Era, en efecto, el retrato de la madre del señor Testa.

Hay, pues, que convenir que el señor Faggioni había observado bien y que el incidente expuesto implica una excelente prueba de identificación personal de difuntos, tanto más, cuanto que el retrato de la madre del señor Testa—que yo he visto,—no tenía la más ligera semejanza con su hijo, y que en la serie de fotografías presentadas al señor Faggioni figuraba la de una tía de Testa, que tenía con él bastante parecido.

Estas son las conclusiones que inspira racionalmente el episodio descrito a todos aquellos que tienen el espíritu libre de la bruma de los prejuicios, y sobre

todo, a aquéllos que poseen un vasto conocimiento de los casos medianímicos, y, por consiguiente, la competencia necesaria para circunscribir, en límites legítimos, ciertas hipótesis naturalistas, cuyo alcance real es extremadamente restringido, pero que a los opositores, poco al corriente de estos casos, parece, por el contrario, ilimitado.

En cuanto al señor Sudre, ya sabemos que, basándose en sus propias conclusiones sobre los fenómenos de materialización, se desembaraza tranquilamente de los casos análogos al que he citado, diciendo:

La semejanza que estos últimos (los fantasmas), puede presentar con personas que han vivido, proviene de los recuerdos del sujeto y de los asistentes. Es un fenómeno de criptomnesia, seguido de una objetivación.

Y con esto, el señor Sudre tiene la seguridad de haber resuelto sin apelación el formidable problema. Teniendo en cuenta la deplorable ligereza con que nuestro autor lanza sus juicios, sin inquietarse nunca de analizar los hechos que discute, no puedo menos de citar un caso que le contradice formalmente, aunque se trata de un episodio familiar a todos los que se ocupan de estas cuestiones. Me refiero al famoso caso de “Svens Stromberg”, obtenido por la mediumnidad de la señora d’Esperance.

El relato de este hecho interesantísimo apareció primeramente (1893) en las revistas de Metapsíquica suecas, alemanas, francesas y canadienses; el principal investigador del caso fue el señor Fólder que publicó un informe en la revista inglesa *The Medium and Daybreak*. Copio de un artículo de la señora d’Esperance publicado en *Light* (1905, pág. 43):

El 3 de abril de 1890, a las diez de la mañana, me hallaba en mi despacho, ocupada en escribir varias cartas de negocio, que tenía que expedir antes de mediodía. Había puesto la fecha en una hoja de papel y trazado el encabezamiento, cuando me interrumpí para asegurarme de la ortografía de un nombre. Cuando volví a fijar la vista sobre el papel, me dí cuenta de que mi pluma, o mi mano, había escrito espontáneamente, con grandes caracteres, las palabras: Svens Stromberg, en tal forma, que la hoja quedaba inutilizada. Era, sin duda, un nombre sueco, aunque absolutamente desconocido para mí. Un poco contrariada, porque todavía tenía que escribir mucho antes de la hora del correo, puse la hoja a un lado y empecé otra, olvidando el incidente hasta el momento en que, acabada mi correspondencia, y al poner en orden mis papeles, la hoja en que estaba escrito aquel nombre extranjero cayó bajo mi vista. Esta vez fijé en ella mi atención y pregunté a los empleados si alguno conocía el nombre de Svens Stromberg. La respuesta fue negativa. Más tarde, al escribir mi habitual informe diario al señor Fidler, que se hallaba entonces en Inglaterra, hice alusión a dicho incidente. Este informe, como de costumbre, fue reproducido en el copiador de cartas, circunstancia que creo deber relatar porque establece de un modo indiscutible la fecha exacta del incidente. El copiador de cartas y la hoja en que fue escrito el nombre, han sido conservados.

Dos meses después, el señor Alejandro Aksakof, el profesor Boutleroff y otros amigos rusos, fueron a vernos. El señor Fidler había regresado de Inglaterra y discutíamos entre nosotros sobre los mejores medios que se podían emplear para obtener fotografías de fantasmas materializados.

Walter, nuestro espíritu-guía, se mostraba deseoso de prestarnos auxilio, y todos los días discutíamos con él sobre el tema. En una de las sesiones preliminares, Walter escribió: “Había aquí un espíritu, que ha dicho que se llamaba Stromberg, el cual deseaba que sus padres fuesen informados de su muerte. No me acordé de decíroslo antes. Me parece que ha dicho que ha muerto el 13 de marzo en Wisconsin, y haber nacido en Jemland. ¿Existe ese país? Sea como fuere, ha muerto, t desea que sus parientes lo sepan. Estaba casado y tenía una docena de hijos”.

Este mensaje no interesó mucho a los asistentes, a excepción del señor Fidler, el cual observó: ¿Quién sabe si se trata de aquel mismo Stromberg que escribió su nombre, hace unos meses, en una hoja de papel de mi despacho...! Si ha muerto en Jemtland, que nos haga el favor de darnos la dirección de su esposa”. Le contestaron: No; murió en América, y son sus parientes los que viven en Jemtland. Está bien, replicó el señor Fidler; dadme su dirección y les escribiré.

Al día siguiente quedaron terminados los preparativos para las sesiones proyectadas, pero a causa de lo avanzado de la hora, nadie pensaba en celebrar una aquel día. No obstante, el profesor Boutleroff, al cual se había confiado el papel de fotógrafo, expresó el deseo de ensayar la intensidad de la luz, a fin de comprobar su efecto, y entramos todos en la sala de sesiones para presenciar el ensayo. Cuando todo estuvo listo, el profesor me rogó que me colocase en el puesto que me había sido destinado y que mirase al aparato, de manera que mis facciones pudiesen quedar fijas en la placa, como así lo hice, mientras los demás permanecían al lado del fotógrafo. Se apagó la luz, descubrióse la placa, y, se dio fuego al magnesio. En esta fracción de segundo sentí claramente un contacto en la cabeza, pero antes de que hubiese tenido tiempo para decirlo, alguien exclamó: —¿Había un hombre detrás de usted! Yo también lo he visto. —Y yo también, dijeron los demás.

Entonces, a mi vez, dije que había sentido un contacto, pero sin haber visto nada.

Naturalmente, esperamos con impaciencia que revelaran la placa y sacaran una copia. ¡era verdad! En la fotografía aparecía detrás de mí la cabeza de un hombre de expresión serena y plácida, que contrastaba con mis facciones, alteradas por la explosión del magnesio.

Mientras los demás continuaban ocupándose de los preparativos de las sesiones, el señor Fidler preguntó a Walter si podía decirle quién era aquella entidad fotografiada. —Sí, contestóle; es ese Stromberg de que ya he hablado. Debo decir que no murió en Wisconsin, sino en New-Stockholm, y que la fecha de su muerte es el 31 de marzo, y no el 13. Yo me acordaba de que en la cifra había un 3 y un 1, pero, al decirlos, invertía los números. Sus padres viven en Strom Stocking, o un nombre por el estilo, en la provincia de Jemtland. Creo recordar que dijo que emigró el año 1886, que se casó y que tuvo tres hijos, y no seis. Murió querido y respetado de todos. —Está bien, replicó el señor Fidler. ¿quieres decirme qué quiere? ¿Debo, quizá; enviar su fotografía a su viuda? —Todavía no has comprendido, respondió Walter,. Lo que yo he dicho es que son sus parientes de Jemtland los que ignoran su fallecimiento, no su esposa, y él desea que se les informe y que sepan que ha muerto amado y respetado de todos. —Realmente, dijo el señor Fidler, lo mejor sería que escribiese su viuda, pero puesto que tiene gusto en ello, les escribiré, o, por lo menos tomare informes con tal propósito —Le doy las gracias en su nombre. Me ha dicho que en su comarca le conoce todo el mundo, y creo que si mandas la fotografía alcanzarás tu objeto. Manda también una prueba a su mujer, porque el buen hombre cree que sus parientes recibirán con gusto noticias suyas.

Al día siguiente, el señor Fidler cumplió su promesa, y escribió al pastor protestante de Strom, en la provincia de Jemtland, preguntando si un hombre llamado Stromberg, que

había emigrado a América hacia el año 1886, había vivido en su parroquia; en caso afirmativo, le rogaba que le diera la dirección y el nombre de sus parientes.

Después, el señor Fidler se dedicó a buscar en un mapa la localidad de New-Stockholm, pero inútilmente. En vano pidió noticias en varios agentes de emigración. Por último, escribió a un amigo, el señor Ohlen, vicecónsul en Winnipeg, en el Canadá, relatándole lo que había sucedido y rogándole le dijese si existía por allí una localidad que llevase aquel nombre.

Poco tiempo después del envío de su carta, llegó la respuesta del cura de Strom, en la que le decía que había consultado los libros parroquiales, comprobando que ninguna persona del apellido que se le había dado vivió en la comarca. Sin embargo, informábale de que un tal Svens Ersson, se había casado y partido para América en la fecha que se le decía, y que había muchas otras personas que se llamaban Svens, pero que ninguna tenía el apellido de Stromberg. Estas noticias, unido a que nadie conocía la localidad de New-Stockholm, y que dicho lugar no aparecía indicado en ningún mapa, parecía demostrar claramente que habíamos sido víctimas de una mixtificación, por lo que invité al señor Fidler a abandonar el asunto. En cuanto a la carta del cónsul Ohlen, había salido y no era posible recuperarla.

Pasó tiempo, y, una mañana, el correo trajo un periódico canadiense, y al hojearlo, el señor Fidler leyó: New-Stockholm, a la cabecera de un artículo firmado A. S... Inmediatamente escribió al autor del artículo, dirigiendo la carta al director del periódico, con el ruego de hacerla llegar a su destino. En ella le suplicaba que le dieran noticias de un tal Svens Stromberg, fallecido en New-Stockholm en la primavera de 1890.

Entretanto, el cónsul Ohlen había recibido la carta, y aunque no era espiritista, ni se sentía bien dispuesto hacia quienes lo eran, por complacer a su amigo se había prestado a hacer las indagaciones necesarias, entablándose entre los dos una activa correspondencia que terminó con la llegada a Suecia del cónsul, deseoso de poner las cosas en claro. Durante este tiempo, aquel señor A. S. facilitaba, a su vez, informes y datos importantísimos. Véase lo que se llegó a averiguar.

Svens Ersson, natural de Strom Stocken, parroquia de Strom, en la provincia de Jemtland, suecia, casado con Satra Káiser, había emigrado al Canadá, y ya establecido allí, había adoptado el nombre de Stromberg, caso frecuente entre campesinos suecos, cuyas familias no llevan nunca nombres que les sean propios; es decir, que si, por ejemplo, un campesino llamado Juan tiene un hijo a quien llama Carlos Jonson (hijo de Juan); y si, por el contrario, le nace una hija a la que llama María, ésta no será designada con el nombre de María Jonson, sino con el de María Johnsondaughter (María, hija de Juan). Pero como esta costumbre no está exenta de inconvenientes para los suecos establecidos en país extranjero, éstos, a menudo, adoptan un apellido. Por esto Svens Ersson, establecido en el Canadá, había tomado el nombre de su país natal como apellido, convirtiéndolo en Stromberg. Allí había comprado tierras en una región que no tardó en llamarse New-Stockholm (en 1887); tuvo tres hijos y murió en la noche del 31 de marzo de 1890. La esposa del difunto, el médico que le había cuidado y el sacerdote que le asistió en sus últimos momentos, fueron consultados, y la viuda y el sacerdote dijeron que uno de los postreros deseos expresados por él había sido que sus parientes y amigos de Suecia fueran informados de su muerte. A pesar de que fue escrita una carta con tal objeto, sus deseos no fueron cumplidos por diversas razones; una de las más importantes fue la de que la oficina de correos más próxima estaba situada a veinticuatro millas de distancia. Y la carta no fue enviada a su destino. A causa del revuelo que provocó la carta del señor Fidler y las personas que había ido a verla, la

viuda sintió remordimientos y acabó por trasladarse a Whitewood expresamente para expedir la misiva que tanto retraso había sufrido.

Cuando la carta llegó a Strom, el párroco se apresuró a escribir al señor Fidler, relatándole los detalles que hemos descrito, que ya dicho señor conocía por el cónsul Ohlen, por el sacerdote canadiense y por el señor A. S. ; en resúmenes: según todos los informes que acabo de citar, se podía comprobar que todos los datos comunicados medianímicamente estaban de acuerdo con la verdad.

La fotografía de Svens Stromberg fue identificada también por numerosos habitantes de Strom, en cuya sacristía fue colgada, con el ruego de que las personas que reconocieran en ella al difunto pusieran al pie sus firmas. Por último, nos la devolvieron con numerosas firmas y muchos comentarios, entre ellos varios haciendo alusión al bigote que lleva en la fotografía y que cuando emigró de su país, aun muy joven, no tenía.

Toda esta encuesta había requerido un año, pero, en compensación, fue coronada por el mejor éxito. Toda la correspondencia, lo mismo lo que los certificados, documentos y testimonios firmados por las diferentes personas que intervinieron en esta encuesta, fueron cuidadosamente conservados por el señor Fidler, y a su muerte pasaron a mi poder.

Por la información se supo que la estafeta postal más cercana a New-Stockholm es la de Whitewood, a veinticuatro millas de distancia.; que existe actualmente entre los dos puntos un servicio hebdomadario regular, pero que antes de 1890 era de los más irregulares y menos frecuentes, y que el viaje a Whitewood debía hacerse a pie o a caballo; que hasta 1893 la estación telegráfica más cercana se encontraba a cien millas, y que no existía ferrocarril, circunstancias que descartan toda posibilidad de que la noticia de la muerte de Stromberg hay podido llegar, por una vía normal, a Suecia, en el intervalo de tiempo que medió entre el fallecimiento y el mensaje medianímico.

Queda, pues, en firme, que sesenta horas después de su muerte, ocurrida en New-Stockholm, en el Norte del Canadá, Svens Stromberg escribió su nombre en una hoja de papel, en el despacho del señor Fidler, en la ciudad de Göteborg, Suecia.

.....Svens Stromberg había prosperado en el país que había adoptado, y estaba orgulloso de su triunfo, deseando que sus conciudadanos supiesen que en el Canadá se había convertido en un hombre mucho más considerado de lo que hubiese podido ser en su país natal. Probablemente, este deseo, unido a un sentimiento de nostalgia póstuma, contribuyó a darle las energías necesarias para cumplir su deseo y prepararnos a nosotros un año de trabajo, para probar de una manera indiscutible lo que había sido de él.

Los defensores de la hipótesis espírita tienen una deuda de gratitud con el señor Matthew Fidler que estudió a fondo, con una tenacidad admirable, este caso interesantísimo y justamente célebre que bastaría por sí solo para resolver afirmativamente el gran enigma de la intervención real de los difuntos en las manifestaciones medianímicas. Sería suficiente para resolverlo gracias a las circunstancias de lugar y tiempo en que se desarrolló, a la ignorancia que todos tenían de la oscura personalidad del fallecido, a las complejas y elocuentes modalidades que permitieron confirmar el hecho en todos sus detalles, y, por último, a que el fenómeno de materialización se encuentra ligado de un modo insoluble a los mensajes medianímicos que lo precedieron y siguieron. Todo esto constituye un conjunto de pruebas convergentes hacia la misma

demostración; la de la presencia real, en el lugar de la manifestación, del difunto que comunicaba, lo mismo que la de las otras personalidades espirituales que contribuyeron a la manifestación.

Respecto al incidente de mayor importancia que este caso contiene, es decir, la materialización del rostro de un difunto desconocido de todos, rostro que fue perfectamente identificado por aquéllos que conocieron al fallecido, invito al señor Sudre a que lo explique por la teoría que propone: La semejanza que los fantasmas pueden presentar con personas que han vivido, proviene de los recuerdos del sujeto o de los presentes (criptomnesia). Pero como no puede caber duda de que el señor Sudre reconocerá que en el caso aquí comentado no puede hablarse de recuerdos que hayan podido quedar latentes en el fondo de las subconciencias de los asistentes, de ello resulta que deberá encontrarse en la ineludible necesidad de admitir que, para colmo, en lo que se refiere a los fenómenos de materialización, la razón está de parte de los partidarios de la hipótesis espírita, cuando afirman, basándose en los hechos, que se encuentran en los fenómenos en cuestión, —lo mismo que en todos los demás, por otra parte, —circunstancias de realización que prueban de una manera positiva que a menudo la Idea directora, o la Voluntad organizadora, es ajena al médium y a los asistentes.

Añado, al mismo tiempo, que si el caso que he expuesto demuestra esta verdad de una manera indiscutible y decisiva, es preciso, no obstante, no olvidar que los casos que le preceden ratifican la misma verdad, aunque sea, por así decirlo, en una forma menos matemática.

Hago observar que el caso examinado aquí puede ser comparado a los casos relatados más arriba, en los que las personalidades medianímicas hablan o escriben corrientemente en lenguas ignoradas por los asistentes; porque en este caso se trata de una personalidad medianímica que materializa su rostro, desconocido por todos los asistentes, demostración que desde el punto de vista teórico reviste un grado equivalente de valor probatorio.

Acabo, invitando a los adversarios de la hipótesis espírita que crean tener algo que objetar a las conclusiones que he formulado, para que se sirvan dar a conocer sus razones, rindiendo homenaje a la investigación de la verdad por la verdad.

Creemos conveniente relatar aún algunos casos recientísimos de materialización de formas completas, vivas y parlantes, que se han producido y se producen todavía en Varsovia, con la intervención del médium Frank Kluski, el cual, notadlo bien, es un rico banquero que se presta a las funciones de médium exclusivamente por amor a la Ciencia. Es, además un delicado poeta y le apasionan las ciencias naturales. La mediumnidad es hereditaria en su familia;

se siente inclinado a experimentar por una imperiosa necesidad de penetrar el gran misterio de que él mismo es el inconsciente protagonista.

El profesor Pawloski tuvo ocasión de asistir a algunas sesiones en casa del señor Kluski, y publicó un relato de ellas en el número de septiembre de 1925 del Journal of the American Society for Psychical Research. Este informe es extraordinariamente interesante por diferentes conceptos, pero debo limitarme a reproducir algunos pasajes en relación con el tema que discutimos. El profesor Pawloski sintetiza en los siguientes términos sus impresiones referentes a los fantasmas materializados que se manifiestan con el señor Kluski:

El detalle que más impresiona en las materializaciones de fantasmas humanos—diré, incluso, el detalle científicamente más interesante, —consiste en el hecho de que éstos se conducen absolutamente como personas vivas. Se diría que son invitados a una recepción mundana. Paseaban por la habitación, sonreía a los espectadores que les eran conocidos para demostrarles que les reconocían; miraban con curiosidad a aquéllos que les eran todavía desconocidos... En la amabilidad con que se conducían con todos, en la solicitud con que respondían a las preguntas que se les dirigían, en todo cuanto hacían se manifestaba su vivo deseo de convencernos a todos del hecho de que eran entidades espíritas propiamente dichas y no personalidades efímeras o alucinatorias...

...Los fantasmas que se materializaban en las sesiones Kluski, son de personas difuntas que pertenecen a todas las nacionalidades, y, generalmente, hablan en su lengua. No obstante, si los experimentadores les dirigen la palabra en un idioma diferente del que suele usarse en las sesiones (que es, casi siempre, el polaco), comprenden perfectamente. Podría creerse que poseen la facultad de leer el pensamiento en la mente de los asistentes, puesto que no es necesario exponer un deseo, o hacerles preguntas, para obtener una respuesta, o para que se realice lo que se desea. Basta pensar lo que se quiere que el fantasma haga, para que éste consienta en ello, a menos que no consienta, en cuyo caso contesta con una negativa. En efecto, a veces, los fantasmas rehusan doblegarse a los requerimientos de los espectadores, o bien explican que no pueden hacer tal o cual experimento, prometiendo, sin embargo, intentarlo en otras circunstancias. Todos los fantasmas no están en condiciones de hablar, y entonces comunican por medio de golpes, procedimiento largo y enojoso. Cuando hablan, sus voces resuenan perfectamente claras y con un timbre sonoro normal, pero diríase que resuenan como un murmurio... fuerte.

Si se observa la viva expresión de sus fisonomías cuando hablan se queda convencido de su individualidad. En una de las sesiones, mientras se materializaba la personalidad de un turco, conocido de otros experimentadores, estaba yo a punto de leer en su rostro los sentimientos que le animaban, cuando él observó en mis facciones la expresión de estupor y de satisfacción que su aparición había producido en mí. Se acercó a mí, e, inclinándose, me saludó, en turco, con estas palabras: Chokyash Lebistan . Viendo que no le había comprendido, repitió con cierto énfasis las mismas palabras, sonriéndome amablemente. Nosotros los polacos experimentamos un sentimiento de gran simpatía por la nación turca, por lo que, al no comprender lo que decía, respondí, exclamando: ¡Viva Turquía!. En seguida me dí cuenta de que me había comprendido, porque me sonrió de nuevo, sus ojos brillaron de alegría y aplaudió, batiendo una contra otra las manos. Después volvió a inclinarse, me saludó otra vez y se retiró. Mi cortesía le había procurado un instante de satisfacción patriótica. Tomé nota, fonéticamente, de la frase que me había dirigido, y al día siguiente fui a casa de una persona que conocía la lengua turca, para que me la tradujera, y así supe que la frase significaba: ¡Viva Polonia!

La más rara, y probablemente la más elevada de las formas de materialización obtenidas por Kluski, y la cual he visto dos veces, es la figura solemne de un anciano completamente luminoso. Se diría que es un faro. Me han dicho que visita con frecuencia el círculo. La luz que se desprende de su cuerpo es bastante intensa para iluminar a todos los asistentes y aun los objetos más lejanos de la habitación. Los centros de mayor luminosidad están en el corazón y en las palmas de las manos.

En las sesiones con Kluski, la mesa medianímica detrás de la cual está extendido el médium, se colocaba en un ángulo de la habitación. El fantasma luminoso apareció un día en el centro, a cierta distancia de nosotros; llevaba en la cabeza un sombrero cómico y estaba revestido de una amplia y larga toga, que, al avanzar hacia nosotros con paso majestuoso, arrastraba por el suelo. Con una mano dibujó en el aire un gran triángulo, y se puso a hablar con una voz solemne y profunda. Se detuvo durante una decena de segundos detrás de mí, extendiendo la mano hacia los concurrentes, una mano de la que se desprende luz, mientras hablaba, y se retiró en seguida a un rincón donde desapareció. Su llegada produjo tal abundancia de ozono en la habitación, que el ambiente quedó saturado aún después de la sesión. Parecía un hombre muy anciano, y llevaba una larga barba gris. La lengua que hablaba era gutural, incomprendible para todo el mundo, aunque los reunidos conociesen entre todos una docena de idiomas. Por ahora no se ha logrado identificar este fantasma, ni la lengua que habla, pero en el círculo es conocido con el nombre de sacerdote asirio., calificativo que se adapta admirablemente al aspecto y traje con que se manifiesta.

Creo que estos pasajes tomados del relato del profesor Pawloski, contribuyen, primero que nada, a infligir uno de los mentís habituales y repetidos a la teoría del señor Sudre, según la cual las formas materializadas serían, todas ellas, fanteoches plásticos, que tienen apariencia de vida, gracias a un fenómeno de prosopopeya, pero que, en realidad, pueden ser comparadas a las figuras de cera de un museo anatómico. Pero por el contrario, el profesor Pawloski afirma que el detalle que más impresiona en ellos consiste en el hecho de que se conducen perfectamente como personas vivas. Y añade: Se diría que son invitados a una recepción mundana. Paseaban por la habitación, sonreían a los espectadores que les eran conocidos para demostrar que les reconocían, miraban con curiosidad a los que todavía les eran desconocidos. Habrá que convenir que esta manera de conducirse parece inverosímil en fanteoches animados por la prosopopeya. Además, el profesor Pawloski escribe que en todo lo que hacían se manifestaba un vivo deseo de convencer a los experimentadores del hecho de que ellos eran entidades espirituales propiamente dichas, y no personalidades efímeras o alucinatorias. Esta ansiedad es también inverosímil en la hipótesis del señor Sudre, y perfectamente comprensible y natural si se trata de entidades espirituales independientes. ¿Y qué decir del fantasma del turco que se expresa en un lenguaje desconocido de todos los asistentes y a propósito del cual deserva el profesor Pawloski: “Estaba yo a punto de leer en su rostro los sentimientos que le animaban, cuando él observó en mis facciones el estupor y la satisfacción que su aparición había producido en mí”. Cuando puede leerse en la expresión del rostro de un fantasma los sentimientos que agitan su espíritu, es difícil no

reconocer que el fantasma posee efectivamente una mentalidad que anima su fisonomía, como sucede en las personas vivas.

En cuanto al fantasma del sacerdote asirio, haré notar que si un día los experimentadores de Varsovia pudiesen hacer intervenir en sus sesiones a algún arqueólogo de los que saben descifrar las escrituras cuneiformes de Babilonia y Asiria, y se lograra así descubrir que el sacerdote asirio habla en lengua asiria o caldea, se tendría una excelente prueba a favor de la génesis independiente de varios fantasmas materializados. Solamente totalizando las pruebas se llegará un día a la solución definitiva del gran problema.

De todas maneras, tomemos nota de que en las experiencias de Varsovia se encuentran otras dos formas materializadas que hablan en lenguas ignoradas por los asistentes, y que, al decir del profesor Pawloski, las formas materializadas que se presentan hablan generalmente en su propia lengua, lo que multiplica los casos del género de que nos ocupamos, a favor de la teoría que admite la independencia psíquica de muchos fantasmas materializados.

Antes de abandonar el tema de las materializaciones tenemos que decir dos palabras sobre los fenómenos de ideoplastia, a fin de hacer notar el error en que caen los investigadores modernos, cuando escriben que la existencia de estos fenómenos se debe a un descubrimiento recientísimo, siento así que, por el contrario, son conocidos hace más de medio siglo. El doctor N. B. Wolfe los había obtenido en 1867, con el médium señora Hollis.

Los métodos de investigación adoptados por el doctor Wolfe eran excelentes. Aunque tenía la suerte de experimentar con un médium superior a toda sospecha, como santo Tomás, quería ver y tocar por sí mismo. No operaba a oscuras y encerraba al médium, bajo llave, en un gran armario de madera, que le servía de gabinete medianímico. En el centro del armario había practicado una abertura oval capaz de dejar pasar el busto de una persona, y había protegido dicha abertura con un telón enrollado a una varilla, que se podía accionar desde el interior del gabinete. Los fantasmas materializados recorrían el telón y se manifestaban en plena luz a los experimentadores. En estas condiciones el doctor Wolfe obtuvo fenómenos muy interesantes de materializaciones completas de fantasmas vivientes y parlantes, pero también obtuvo reproducciones plásticas, en efigie, de personas difuntas. Así, por ejemplo, siendo un gran admirador de Napoleón I y habiendo hecho investigaciones acerca de su familia, obtuvo con su médium el retrato plasticizado y coloreado al natural del emperador y de la emperatriz Josefina, lo mismo que obtuvo en varias ocasiones el retrato del último presidente de los Estados Unidos, Buchanan, a quien había conocido en vida. Se comprende que el doctor Wolfe no había jamás confundido estas reproducciones de efigies de difuntos con las materializaciones auténticas de

fantasmas vivientes y parlantes que a él se manifestaban. Los consideraba, sin embargo, como de origen espírita, por la relación que tenían con las materializaciones de fantasmas vivientes.

La verdadera novedad de estas experiencias consiste en el hecho de que una misma personalidad de difunto se manifestaba tan pronto en efigie plasticizada y plana, como en una forma netamente materializada, al punto de poder dialogar con el doctor Wolfe. Esto ocurrió muchas veces con el fantasma materializado del presidente Buchanan. Véase cómo lo relata el doctor en la página 317 de su libro: *Startling Facts in Modern Spiritualism*:

Buchanan permaneció materializado tanto tiempo y tan sólidamente, que me permitió ir a buscar una carta autógrafa que me había enviado y que yo conservaba en un marco, colgada en la sala. Se la entregué y le pregunté si recordaba en qué circunstancia la había escrito. La tomó de mi mano y se introdujo en el gabinete, en el que estuvo aproximadamente medio minuto. Cuando reapareció, ya no se presentaba de cara, sino de perfil, y leía atentamente la carta que tenía en la mano. Pasó un minuto y se retiró, pero volvió a presentarse casi inmediatamente, y esta vez, de frente, extendió el brazo para devolverme la carta, y me dijo: Me acuerdo muy bien, querido Wolfe; es una carta de presentación para mister Forney.

Este incidente, no carece de interés, y creo que induce a pensar que la alternativa de una misma personalidad que se manifiesta tan pronto bajo la forma de efigie plástica como en forma de materialización, que vive, siente y habla, tiende a justificar la opinión del doctor Wolfe de que dos modalidades tan diferentes de manifestación tienen el mismo origen espírita. Podríamos inferir que cuando la fuerza era débil, los espíritus hacían lo que podían plasticizando sus imágenes, y cuando, por el contrario, era suficiente la fuerza de que podían disponer, la aprovechaban para materializarse más o menos completamente.

Con esto, termino las citas de fenómenos de materialización sobre los cuales me he extendido un poco, no porque les atribuya una importancia teórica especial, sino únicamente para ejercer, si es posible, una acción favorable sobre las opiniones de los experimentadores contemporáneos en general, ya que éstos, habiendo descubierto de nuevo que por medio de médiums de efectos físicos se obtiene fenómenos de ideoplastia propiamente dicha, piensan poder dar por cierto con demasiado apresuramiento, y en oposición con el análisis comparado de los hechos, que los fenómenos de materialización deben ser reducidos todos a fenómenos de ideoplastia; es decir, a fenómenos de objetivación y plasticización del pensamiento subconsciente del médium.

Es urgente disipar sin perder tiempo, este deplorable error, que, desorientando los trabajos de investigación, no haría más que entorpecer el triunfo final de la Verdad. Confío en que los numerosos casos que he citado de fantasmas materializados, que, no solamente viven y sienten, sino que hablan y escriben aun en lenguas ignoradas de todos los asistentes, bastarán para aclarar definitivamente y para todos la verdadera posición de las cosas.

Hay que reconocer, sin embargo, que el error que cometen los experimentadores de nuestra época, aunque depende de un análisis superficial de los hechos, es justificable, hasta cierto punto, porque los hechos que ellos examinan demuestran precisamente esto, y no otra cosa. Basándose en los limitados resultados que obtienen, tendrían razón para asegurar que los fenómenos de materialización observados por ellos dependen de una facultad supranormal inherente a la subconciencia humana, facultad que, en determinadas circunstancias, tendría el poder de sustraer de la sustancia somática de su mismo organismo (ectoplasma) para objetivarla y plasticizarla siguiendo las directivas del pensamiento subconsciente del médium (ideoplastia), y, a veces, para organizarla a su imagen (materializaciones). Estas conclusiones contienen, indiscutiblemente, una importante proporción de verdad. En efecto, como dijo José Manzini: “La verdad es un prisma de muchas caras, y el error consiste en contemplar sólo algunas y figurarse que se contemplan todas”. Pues bien; en esta ilusión está el error en que tropiezan nuestros contradictores. Nadie, en efecto, ha pensado nunca en discutir la existencia de los fenómenos anímicos, pero éstos no representan más que un solo lado del Prisma-Verdad, cuya otra parte está constituida por los fenómenos espíritas. Y el conjunto de todos estos fenómenos procede de una causa única: “el espíritu humano”, el cual, si actúa en calidad de “encarnado” provoca los fenómenos anímicos, y si opera en calidad de “desencarnado”, determina los fenómenos espíritas. En tales condiciones, es natural que debe hallarse una perfecta identidad sustancial entre los fenómenos anímicos y los espíritas, salvo las limitaciones que el animismo sufre a consecuencia de la imposibilidad en que se encuentra el médium y el sensitivo de salir de su individualidad, lo cual permite a los investigadores distinguir las manifestaciones anímicas de las espíritas. La presente obra demuestra que la empresa no es nada difícil. De esto se deduce que en tanto que los extremistas de los dos partidos persisten en querer explicarlo todo, sea por la hipótesis espírita, como por la hipótesis anímica, no conseguirán más que enredar y hacer insoluble un problema que está clarísimo en su doble forma de manifestación.

CAPITULO XII

-.CORRESPONDENCIAS CRUZADAS.-

Al llegar aquí veo que he analizado, ilustrado y comentado nueve categorías de las once que había previamente enumerado con objeto de contestar a la afirmación del señor Sudre referente a algunas categorías de fenómenos en las que los espíritas se han atrincherado, y que declaran inexplicables por las teorías metapsíquicas. Me parece, en efecto, haber demostrado con hechos que los espíritas tienen perfecto derecho a proclamar que las categorías especificadas contienen manifestaciones inexplicables por toda hipótesis natural, sin contar que es literalmente contrario a la verdad afirmar que los espíritas se han atrincherado en ellas, puesto que todas las manifestaciones metapsíquicas, desde las más inferiores a las más elevadas, pueden ser, y son realmente, tan pronto anímicas como espíritas. Pero no es este el momento de insistir para poner en evidencia el error que contiene esta afirmación del señor Sudre. Volviendo a nuestro tema, haré notar que como la enumeración que examinamos comprende once categorías de fenómenos, me quedarían dos por demostrar, y en realidad tan solo una, porque la undécima, que se refiere a la existencia en la subconciencia humana de facultades supranormales, de sentidos independientes de la ley de evolución biológica, ha sido ya discutida al principio de esta obra.

Voy, pues, a presentar la décima y última categoría, en la que se encuentran clasificadas ciertas modalidades especiales de correspondencias cruzadas.

El señor Sudre consagra dos páginas a estas experiencias, explicando claramente las modalidades con que se realizan, en los siguientes términos:

Llegamos a una serie de pruebas a las que los espíritas ingleses conceden gran importancia, porque las consideran como especialmente concertadas por sus colegas de ultratumba con el fin de convencer a los incrédulos. Las llaman “cross-correspondences”; es decir, correspondencias cruzadas., pero el término más exacto, como ha propuesto Flournoy, es el de “mensajes complementarios”. Son comunicaciones obtenidas por la escritura automática de diferentes médiums. Cada una es lagunosa, y, a veces, ininteligible, pero su acoplamiento revela un solo sentido, como las piezas bien combinadas de un rompecabezas. Naturalmente, los médiums no tienen entre sí ninguna relación; a menudo viven en ciudades diferentes y no se conocen. Además, los mensajes son entregados al mismo tiempo. “La finalidad de estos ingeniosos y complicados esfuerzos, dice Oliver Lodge, es probar claramente que estos fenómenos son obra de una inteligencia bien definida y distinta de cualquiera de los que escriben automáticamente el mensaje. La transmisión por fragmentos de un mensaje o de una alusión literaria ininteligible para cada uno de los escritores aisladamente, excluye la posibilidad de una mutua comunicación telepática”. La opinión de Myers era que los desencarnados se esfuerzan en perfeccionar las pruebas de la supervivencia. Así, cuando murió, en enero de 1901, se esperaron nuevas pruebas con impaciencia. Se las halló en forma de mensajes complementarios, emitidos por notables médiums automáticos, tales como las señoras Thompson, Forbes, Holland y Verral.

...Los casos de mensajes complementarios llenan las páginas de la S. P. R. inglesa. Llegan incluso a poner en juego la actividad de siete sujetos, entre los cuales se hallaba la señora Piper. Se complican también por la naturaleza de las comunicaciones, tomadas de la literatura antigua, por la sutileza de las alusiones y por su enmarañamiento. Sólo por medio de un largo estudio se logra descifrar estos rompecabezas literarios y se percibe la intención que presidió su ensamblamiento.

Después de haber explicado brevemente, pero bien, en qué consisten las “correspondencias cruzadas”, el señor Sudre nos refiere, en un corto resumen, dos de los más sencillos casos, que son, no obstante, importantes y elocuentes en el sentido de la interpretación espírita de los hechos. Sólo que cuando los lectores favorablemente impresionados en el sentido espiritualista, por los casos citados, esperan la natural explicación del señor Sudre, ésta no llega, y el autor pasa a ocuparse de otros temas sin intentar la difícil lucha. Por lo demás, esta curiosa manera de conducirse se repite a menudo en su libro; podría decirse que trata de mantenerse imparcial en la exposición de los hechos (dicho sea en su honor) para sustraerse luego, prudentemente, a su interpretación natural, que en este sentido halla insoluble.

Uno de los casos citados por el señor Sudre es el del difunto hijo de la señora Forbes, uno de los médiums, ésta, que tomaron parte en las experiencias de que hablamos. Yo también lo relataré, pero de una manera más extensa, porque el caso es realmente interesante y se presta a importantes consideraciones. Se publicó en los Proceedings of the S. P. R., volumen XX, páginas, 222-4. El

fenómeno consistió en lo siguiente: mientras que, por mano de la señora Verrall, eran reveladas unas circunstancias ignoradas a propósito del hijo difunto de una amiga ausente, dotada también de cualidades medianimicas de médium escribiente, dicha amiga obtenía un poco antes un mensaje procedente de la misma personalidad, anunciándole el que iba a recibir de la señora Verrall. Véase cómo se desarrolló el incidente.

Un 28 de agosto, la señora Forbes (amiga de la señora Verrall), escribió automáticamente un mensaje en el que su propio hijo difunto, Talbot Forbes, oficial del ejército británico, muerto en el Trasvaal, le informaba de su intención de ensayar con otro sensitivo la escritura automática, con el fin de aportar nuevas pruebas en confirmación de los mensajes que él había dictado por mediación de su madre. Añadió que debía irse, para intentar en unión de Esdmundo Gurney, el “control” del sensitivo, al cual había hecho alusión.

Pues, bien, en la misma fecha la señora Verrall escribía las frases siguientes, desprovistas para ella de toda significación.

“Fíjate en los signos con que firmo. Los pinos plantados en el jardín crecen vigorosos”. Estas frases fueron subrayadas por una rúbrica en forma de cinco puntas irregulares, bajo la cual fueron trazados tres dibujos representando una espada, un cuerno de caza suspendido de un clavo y unas tijeras abiertas.

Pasó tiempo antes de que los médiums se diesen cuenta de la relación de coincidencia y concordancia de los mensajes obtenidos aquel 28 de agosto, y que, en un principio, habían considerado sin importancia.

Poco después fue observado que en el jardín de la señora Forbes crecían cuatro o cinco pinos pequeños, nacidos de unas semillas que habían sido enviadas a dicha señora por su hijo, pocos días antes de su muerte, y que ella, tenía la costumbre de llamar “los árboles de Talbot”. Igualmente se dieron cuenta de que el regimiento a que pertenecía el hijo de la señora Forbes tenía por distintivo un cuerno de caza colgado de un clavo, y sobre él, una corona.

La señora Verrall comenta sí el hecho:

Es un hecho cierto que la señora Forbes escribió un día, automáticamente, un mensaje en el que su hijo le anunciaba que había hallado un nuevo sensitivo, médium escribiente, con el cual trataba de ponerse en relación. Aquel mismo día, mi propia escritura automática hablaba de unos pinos pequeños plantados en un jardín, hecho que revestía un interés particular para la señora Forbes, y justificaba al propio tiempo lo que ella por sí misma, había escrito.. Además, la rúbrica de mi texto, compuesta de unos signos sobre los cuales se me había llamado la atención, representaba, en parte, la divisa del regimiento al cual había pertenecido Talbot Forbes, lo mismo que el símbolo de la espada. En cuanto a saber si esta circunstancia podría ser accidental, haré observar solamente que en ninguna otra circunstancia ha aparecido en mi escritura automática el dibujo de un cuerno de caza, ni se ha hecho alusión en ella a ningún pino.

La señora Verrall no logra explicarse la razón del tercer dibujo representado unas tijeras abiertas; pero me parece que, si se tiene en cuenta el carácter simbólico del mensaje, la explicación del dibujo aparece netamente: de la misma

manera que para indicar el regimiento a que había pertenecido el difunto fue trazada en el papel su divisa heráldica; de la misma manera que para designar la profesión que en vida había ejercido recurrióse al símbolo de la espada, las tijeras abiertas (símbolo mitológico de la vida prematuramente cortada, puesto que es el instrumento fatídico que aparece en las manos de las Parcas), representaban su muerte violenta en la flor de la edad.

Ahora examínese bien lo que dan a entender en su conjunto los incidentes que acabo de exponer. Obsérvese, primeramente, que el hijo difunto de la señora Forbes (dirigido por dos eminentes psiquistas fallecidos, Gurney y Myers), anuncia a su madre haber descubierto otro sensitivo por medio del cual se manifestará, a fin de aportar una prueba de su presencia espiritual que esté exenta de la eterna objeción de la telepatía, y que lo que anuncia lo realiza aquel mismo día, a la misma hora.

En segundo lugar, obsérvese que los detalles que el difunto expone al nuevo sensitivo se refieren a incidentes totalmente desconocidos de este último, y que, para evitar hasta la sombra de una duda sobre la intervención de la telepatía, evita darse a conocer, y en vez dice firmar con su verdadero nombre lo hace de una manera simbólica, trazando sobre el papel una espada, un cuerno de caza y unas tijeras, símbolos todos que se adaptan admirablemente a la personalidad del comunicante.

No es posible dejar de ver la importancia teórica de este último detalle que basta por sí solo para eliminar toda duda a propósito de la posibilidad de un fenómeno de transmisión telepática entre la subconciencia de la señora Forbes y la de la señora Verral. Por telepatía se debía haber obtenido el nombre de Talbot Forbes, pero nunca tres dibujos simbólicos, de una significación concreta, aunque incomprensible para quien recibió el mensaje. Esta circunstancia en perfecta armonía con los fines que el espíritu comunicante se proponía y por los cuales tenía que hacer muy complicada la transmisión del mensaje, demuestra netamente la presencia efectiva, en el lugar de la acción, de una individualidad pensante independiente, que obraba por su propia iniciativa con intención de obtener positivos resultados, ignorados de los médiums, e importantísimos desde el punto de vista de la investigación científica de las manifestaciones metapsíquicas; estos resultados eran, justamente, los que se querían alcanzar, y efectivamente, el espíritu de Talbot Forbes logró sus deseos.

Voy a exponer un segundo episodio que figura entre los mas importantes estudiados en esta rama de la investigación. Se le conoce con el nombre de “oreja de Dionisio”. El caso ha sido relatado por lord Balfour en el volumen XXIX de los Proceedings of the S.P.R y ocupa una cincuentena de páginas. Primeramente, relataré el resumen sumario del caso, reservándome describir en seguida ciertas modalidades de su realización que contribuyen a aumentar su valor teórico.

En el curso de una sesión que tuvo lugar el 10 de enero de 1910 con el médium señora Willett (dama distinguida perteneciente a la S P R), estando dicho

médium en trance, había dicho la siguiente frase: “El lóbulo de la oreja de Dionisio”, pronunciando con acento italiano el nombre de Dionysius. Esta frase, entonces incomprensible, indica probablemente que desde 1910 el llorado Federico Myers, en unión de Gurney, meditaba una experiencia referente a estudios clásicos, experiencia que las circunstancias no le permitieron de momento realizar.

Pero el 10 de enero de 1914 la señora Willett insistió sobre el mismo punto por medio de la escritura automática; esta vez el difunto comunicante era otro hombre que se había distinguido por su erudición clásica, el profesor Verral, fallecido en 1912. Hablando de su esposa, que también era profesora de lenguas clásicas, y no estaba presente, invitó a que se le preguntara si recordaba el día en que él le había reprochado su ignorancia a propósito de un tema clásico que ella debía conocer.—el hecho era exacto, y se refería precisamente al incidente expuesto por la señora Willett, cuyos mensajes medianímicos habían sido transmitidos a la señora Verrall para que analizara las citas clásicas que contenían. En el caso de la frase: El lóbulo de la oreja de Dionisio, no logrando comprender la significación, ella se había dirigido a su esposo, quien se la explicó, sorprendiéndose de que ignorase aquel episodio de erudición clásica, que debía conocer.

El 28 de febrero de 1914 la señora Willet escribió automáticamente otro mensaje del difunto profesor Verral, en el que le anunciaba que iba a intentar una experiencia constituida por una asociación de ideas referente a la literatura clásica., experiencia cuyo tema había aparecido ya en una frase pronunciada en trance por el médium y que el comunicante se proponía completar aportando los elementos necesarios. Luego añadió: “La experiencia que me propongo efectuar es buena y merece ser intentada”. Advirtió, no obstante, que dicha experiencia se desarrollaría probablemente en el curso de un período de tiempo más bien largo, durante el cual su esposa, la señora Verrall, no debía saber nada de los que pasaba; si los demás experimentadores lograban establecer conclusiones personales durante la experiencia, debían conservar sus descubrimientos cada uno por su cuenta, sin dar parte a los demás.

Estas instrucciones preventivas y meticulosas demuestran cuán seria era la intención con que la entidad comunicante se disponía a ofrecer a los vivos una prueba indirecta, pero decisiva, de la supervivencia espiritual, prueba que debía ser de naturaleza bastante compleja para triunfar de la eterna objeción de la telepatía entre vivos.

Se descubrió que el profesor S. H. Butcher se había unido al doctor Verrall para llevar a cabo la importante experiencia, que consistía en una especie de adivinanza clásica, en la que la elección del tema debía presentar los rasgos característicos propios de la profunda erudición clásica de los difuntos comunicantes.

Desde entonces los diversos temas de la adivinanza, fueron transmitidos en muchas sesiones, bajo la forma de frases mezcladas con períodos de un estilo

oscuro, indescifrables para las personas poco versadas en la erudición clásica. Año y medio fueron necesarios para agruparlas todas.

Veáanse los temas esenciales extraídos de los pasajes voluntariamente confusos; estos temas constituían el enigma que había que resolver:

- La oreja de Dionisio.
- La caverna de Siracusa en que se encerraba a los prisioneros de guerra y de Estado.
- La historia de Polifemo y de Ulises.
- La historia de Acis y Galatea.
- Celos.
- Música y el sonido de instrumentos de música.
- Algo que hay que buscar en la Poética de Aristóteles.
- Sátira.

Se trataba de buscar un personaje secundario y olvidado de la literatura clásica griega, que no estaba citado en las historias de dicha literatura y que debía reunir en su persona los temas diversos antes enumerados, dándoles la unidad necesaria.

Mientras duró la experiencia, los agentes espirituales habían administrado en dosis de varias páginas cada vez, sus indescifrables mensajes.

En los mensajes se leían advertencias del orden siguientes: “Dice Gurney que por ahora se ha administrado bastante material al médium. Más adelante le transmitiremos más. De todos modos, entiéndase que hasta que nuestro esfuerzo no haya terminado, estos fragmentos, tal como los transmitimos, no deben ser comunicados a ningún otro médium escribiente”.

Pasan meses entre una transmisión de material nuevo y la siguiente, como si se quisiera conceder a los peritos, que analizaban los mensajes, el tiempo suficiente para descifrarlos.

Llegamos a la solución del enigma, que el grupo de investigadores había, por fin, hallado, descubriendo el personaje oscuro y olvidado a quien se referían todos los temas indicados más arriba. Lord Balfour dice lo siguiente:

Los que no estén especializados en la literatura clásica, no tienen motivo para avergonzarse de ignorar hasta el nombre de Filoxeno, que, sin embargo, fue un notable poeta, muy estimado en su época, y del cual tan sólo pocas líneas han llegado hasta nosotros.

Filomeno era un poeta ditirámico. El ditirambo era una especie de poesía irregular en la que los versos se combinaban con la música; el instrumento musical empleado generalmente en estas ocasiones, era la citara. Filomeno era natural de la isla de Cíterea; en el período de su mayor reputación vivió durante algún tiempo en Sicilia, en la corte de Dionisio, tirano de Siracusa. Un día cayó en desgracia y fue encerrado en la cantera-prisión, que en su origen, había sido una excavación abierta en la misma roca, para sacar piedras.

(A propósito de esta cantera-prisión, tal vez no es inútil recordar que aun hoy lleva el nombre de “oreja de Dionisio” a causa de sus propiedades acústicas que permiten la transmisión de la voz a una distancia considerable, por cuya circunstancia se dice que el tirano Dionisio podía sorprender las conversaciones de sus prisioneros).

Continúa lord Balfour:

Llego ahora el punto esencial del misterio, que durante tanto tiempo había resistido a nuestras investigaciones. El más celebre de los ditirambos de Filoxeno era un poemita titulado “El cíclope y Galatea”, del que sólo algunos versos han llegado hasta nosotros. Lo escribió para vengarse de Dionisio, representado por el cíclope. Dionisio era tuerto, y es sabido que los cíclopes no tenían más que un ojo. Todo esto se adapta ya a uno de los temas del enigma que se debía resolver, en el que se trataba de una “sátira”.

Pero había que explicar lo restante. Por último, se descubrió en una obra rarísima, que formaba parte de la biblioteca del difunto profesor Verral, el párrafo siguiente, referente al poeta Filoxeno:

“Si amistad con Dionisio el Viejo fue rota de repente, bien por haber criticado franca y duramente las tragedias que el tirano componía, bien por haberse enamorado de Galatea, una joven flautista favorita de Dionisio. Un día, sin embargo, fue puesto en libertad y llevado a la presencia del tirano, para que le diera su parecer sobre unos versos que éste había compuesto. Después de haber escuchado la lectura, el poeta exclamó por toda respuesta: ¡Llebadme otra vez a la prisión! En ésta se vengo escribiendo contra él un famoso ditirambo que llevaba por título “El cíclope y Galatea”, en el que el poeta se representaba bajo el personaje de Ulises, el cual, para vengarse de Polifeo (Dionisio), raptó a la ninfa Galatea, de la que el cíclope estaba enamorado”.

Por fin, después de tanto tiempo de estudio, se lograba la unidad literaria consistente en combinar las diversas partes de la adivinanza clásica, imaginada y transmitida a los vivos por los difuntos profesores Verral y Butcher. Los temas de la adivinanza se hallaban completos en el ditirambo del “Cíclope”, de Filoxeno: “Dionisio y la oreja de Dionisio (es decir, la catacumba-prisión de Siracusa), Ulises y Polifemo (el cíclope), Acis y Galatea, (la querida), Celos (que el poeta despertó en el tirano al raptarle la querida), y la sátira (escrita por él en la prisión para vengarse de Dionisio. Cada uno de los temas transmitido figura en el poemita de Filoxeno, hasta el tema de la música, que formaba parte de la recitación de los ditirambos.

Faltaba hallar el pasaje de Aristóteles que pedía combinarse con todo lo demás, y en su Poética se encontraron dos pasajes que se adaptaban por igual al caso; en uno se habla de la poesía ditirámbica en general; en el otro, se cita especialmente al “Cíclope”, como un ejemplo de poema satírico.

Se comprende por este resumen del interesantísimo caso de “correspondencia cruzada” que imaginaron en el Más Allá dos eminentes psiquistas difuntos, la manera que tuvieron para probar con hechos la supervivencia de su memoria terrestres y, por lo tanto, su supervivencia personal, venciendo la terrible objeción de la telepatía entre vivos. Nada fue desdeñado para alcanzar entre

objeto, y con este fin, los espíritus comunicantes rodeaban su pensamiento de períodos oscuros y laberínticos, para disipar toda duda sobre la posibilidad de interferencias telepáticas entre vivos en la experiencia imaginada.

No es menos notable la circunstancia de que las personalidades comunicantes siguieran con vivo interés, casi con ansiedad, la gradual comprensión de enigma clásico transmitido. De vez en cuando se leía en los mensajes preguntas como ésta: ¿Ha sido identificada la sátira a que se ha hecho alusión? O bien se advertía: Seguid el hilo conductor. ¿No os hemos dicho que os fijéis en la palabra caverna? —O: “El incidente a que se ha aludido me parece bastante claro, debierais identificarlo. —Y en otra circunstancia: —Seguid intentándolo... Dice Gurney que desea que se le advierta en seguida que hayáis comprendido esta última alusión clásica. Y cuando lord Balfour anuncia a la personalidad comunicante: “Querido Gurney, me apresuro a comunicarle que han sido identificadas todas las alusiones clásicas transmitidas a la señora Verral.”, el espíritu comunicante, satisfechísimo, contesta: ¡Muy bien! ¡Por fin!

Todo esto contribuye a conceder al conjunto, tan complejo, de estos hechos, una impresión de naturalidad y verdad que en cada detalle secundario completa la admirable prueba de identificación espírita aportada bajo una forma tan nueva., tan ingeniosa, tan laboriosa e irrefutable.

Lord Balfour analiza minuciosamente todas las hipótesis que pueden imaginarse para explicar de una manera natural el caso expuesto. Después de haber demostrado su insuficiencia, concluya en estos términos:

Si son aceptadas estas conclusiones, la única alternativa que queda, sería reconocer que los mensajes obtenidos proceden de una o varias inteligencias desencarnadas. Naturalmente, aun acogiendo esta conclusión, ello no significaría que las comunicaciones obtenidas procediesen realmente de los espíritus desencarnados que hemos conocido en vida con los nombres de los profesores Verral y Butcher. No obstante, es evidente que todos los que acepten la idea de que los mensajes medianímicos proceden de inteligencias desencarnadas, no deberían hallar dificultades especiales en admitir que las personalidades comunicantes eran realmente los espíritus de los difuntos nombrados, como ellas afirmaban con insistencia. Negar este solo punto, sería sentir escrúpulos por digerir un mosquito, después de haberse tragado un camello.

Debemos admirar al profesor Balfour por haber expuesto con lealtad las conclusiones a que llegó por el examen de este notable incidente medianímico, y de no haber vacilado en hacerlo, a pesar de la responsabilidad que tenía por su cargo en la Sociedad cuyas Actas publicaron su informe.

Por lo demás, los que no se contentan con meras expresiones verbales vacías de sentido, tomándolas por demostraciones científicas, y emprenden un análisis detallado y profundo de todas las fases en las cuales se desarrolló el caso de que se trata (de las que no es posible formarse una idea clara por un simple resumen), deberán inevitablemente llegar a conclusiones análogas a las que formula lord Balfour, y aun acentuándolas más explícitamente en el mismo sentido.

Digase nos ahora qué más se podría exigir de las personalidades de los difuntos comunicantes para recibir demostraciones y testimonios de su existencia espiritual, independiente del médium. Desde el principio de las investigaciones metapsíquicas hasta aquel día, las personalidades de los difuntos habían aportado todas las pruebas de identificación personal directas o indirectas que el espíritu humano puede imaginar y pedir; pero ahora se desarrollan otros sistemas, novísimos, de pruebas inesperadas y de la mayor eficacia, que no han sido imaginadas por vivos, sino por difuntos, que, habiéndose interesado durante su vida por las investigaciones metapsíquicas, y conociendo bien las hipótesis, a menudo gratuitas, pero por lo menos neutralizantes que los escépticos oponen a la hipótesis espírita, se esfuerzan en vencerlas, ideando siempre nuevos sistemas de pruebas ingeniosísimos, y de los que el episodio que acabo de referir sólo constituye un ejemplo entre mil. No comprendo qué más podría pedírseles a las personalidades de difuntos para admitir la realidad de su presencia espiritual. De todas maneras, todo contribuye a demostrar que los nuevos métodos de los experimentadores colocados “en el otro extremo del hilo” se perfeccionarán, se multiplicarán sin cesar, hasta el día en que las pruebas acumuladas sean aplastantes y se haya alcanzado la certeza científica de la existencia y de la supervivencia del alma.

CAPITULO XIII

OTRO EJEMPLO INEXPLICABLE POR LA METAGNOMIA

Para demostrar aún más el ingenio con que los espíritus de difuntos, que durante su vida se ocuparon de estudios metapsíquicas, se esfuerzan en aportar pruebas nuevas de identificación personal susceptibles de disipar todas las hipótesis gratuitas adelantadas por los opositores, me decido a relatar otro reciente ejemplo de esta clase, que no pertenece de hecho a la clase de experiencias más arriba comentadas.

Extracto este caso de un libro legítimamente famoso que debiera estar en la biblioteca de todas las personas que se interesan por las cuestiones metapsíquicas. Me refiero al libro del Reverendo C. L. Tweedale: *Man`s Survival alter death*, en el que relata las maravillosas manifestaciones obtenidas por la mediumnidad de su esposa, que se reveló espontáneamente como un potente médium de fenómenos físicos intelectuales, realizados a menudo en pleno día, fuera de toda sesión experimental, sin que el médium cayese en sueño, y sin sentir los efectos de ninguna otra manera, por lo que podía ser, al mismo tiempo, protagonista y espectadora de manifestaciones extraordinarias, en las que las “voces directas” y las apariciones de fantasmas humanos y animales—visibles a todos,—se producían en plena luz.

A propósito del caso de identificación espírita que me dispongo a referir, dice lo siguiente el profesor Tweedale:

El 25 de junio perdí a mi madre... El 27, a la llegada de los obreros encargados de soldar el ataúd de zinc, que debía ser introducido en otro de madera de encina, me retiré a mi despacho, cerré la puerta con llave, con intención de preparar una prueba crucial de identificación personal de mi madre, si se manifestaba a nosotros. Las ventanas estaban cerradas y me encontraba solo en la habitación. Mirando en torno mío, ví una gran bellota seca, sin cáscara, que hacía más de un año estaba sobre mi mesa. La cogí, escondiéndola en el hueco de mi mano derecha, que medí en el bolsillo para que nadie pudiese verla. Volví a la habitación en que yacía el cadáver de mi madre, y rogué a los obreros que me dejaran solo un instante. Cuando salieron cerré la puerta y corrí los cortinajes. Las persianas de las ventanas estaban cerradas; me hallaba solo con la muerta. Aparté las flores que rodeaban su rostro, acerqué la mano, siempre cerrada, a él, y después la pasé por debajo de su cabeza. Únicamente entonces abrí los dedos y dejé caer la bellota. Retiré la mano, volví a colocar en su sitio las flores, abrí la puerta y dejé entrar a los obreros, que soldaron el ataúd de zinc y lo introdujeron luego en el de encina, cerrándolo, después de atornillar la tapa. Durante esta operación, permanecí presente para vigilar que no apartasen las flores ni moviesen para nada el cuerpo de mi madre. Estaba, pues, seguro, de que ningún ser viviente, excepto yo, podía saber lo que había depositado debajo de la cabeza de la difunta. En cuanto a mí, estaba bien decidido a guardar el secreto escrupulosamente.

Sábado 12 de julio 1913.—Hoy, estando mi mujer ante el espejo de la habitación en que murió mi madre, ha visto destacarse en el fondo de la luna un objeto extraño depositado en el lecho de mi madre. El objeto, visto por reflejo, pareció a mi esposa un pedazo de tejido de color, pero cuando se volvió, vio con sorpresa que se trataba de un objeto de color moreno claro, con la forma de un huevo alargado, que resaltaba vivamente sobre la blanca ropa de la cama. Adelantó la mano para tocarlo, pero el objeto se sustrajo al contacto, deslizándose rápidamente hacia el borde del lecho, en el que se desvaneció. Mi esposa corrió a darme cuenta de lo que había visto. Todo el mundo apreciará sin trabajo la semejanza exacta de forma y color entre una bellota despojada de su cáscara y un huevo de color moreno claro. En el acto escribí un relato detallado del hecho, pero me guardé muy bien de revelar mi secreto referente a lo que había depositado debajo de la cabeza de mi madre.

2 mayo 1914.—Me hallaba en el jardín, cuando ví aparecer a mi mujer, muy excitada, y me dijo que había visto el fantasma de mi madre subiendo lentamente la escalera interior de la casa. Estaba vestida de negro y subía los escalones apoyándose, pesada y alternativamente, en cada pie, balanceando el cuerpo como hacen los ancianos decrepitos y hacía mi madre en los últimos meses de su existencia.

Me dirigí inmediatamente a casa con mi mujer, y en seguida nos sentamos a la mesa medianímica, esperando algún mensaje. Pronto comenzaron los golpes en la madera, y entablamos conversación por medio del alfabeto.

—¿Eres mi madre?

—Sí.

—¿Podrías decirme, mamá, que fue lo que deposité debajo de tu cabeza, en el ataúd?

—Sí.

Le rogué que me lo dijese, y me contestó con estas palabras, dictadas una por una: “Crezco lentamente”. Muy sorprendido pregunté:

—¿Es ésa tu respuesta?

—Sí.

Este mensaje fue más que suficiente para convencernos que la personalidad medianímica que lo había transmitido “conocía lo que yo había depositado debajo de la cabeza de mi madre”, puesto que las palabras que he copiado constituyen una evidente alusión a la “encina”, nacida de la bellota, cuyo lento desarrollo es proverbial. Esta respuesta, unida al hecho de que mi esposa había visto poco antes el fantasma de mi madre, me persuadió de su presencia real entre nosotros. Inmediatamente referí lo que había ocurrido a mis hijos y a la criada Lily, a fin de que pusiesen sus firmas al pie de la relación que yo había redactado.

19 junio 1914.—A las 2`30 de la tarde nos sentamos en torno de la mesa medianímica, yo, mi esposa y la criada Lily... Nos fue dictado el nombre de Tomás Tweedale, mi padre. Como ya he dicho, su fantasma había sido visto en la casa... Le pedí noticias referentes a ciertos acontecimientos de mi infancia, que nadie en el mundo podía conocer fuera de mí, y me los dio con la mayor exactitud. Entonces le pregunté:

—Padre mío, ¿podrías decirme qué fue lo que deposité debajo de la cabeza de mamá el día en que la encerraron en el ataúd?

—Sí.

Y como respuesta se obtuvo la palabra “matorral”, expresión muy significativa, pues se sabe que las bellotas crecen formando matorral.

Lunes, 6 de julio de 1914.—Hacia las 10`45 nos sentamos ante la mesa medianímica. Las manifestaciones han comenzado en el acto, y el nombre de mi madre nos es dictado.

—¿Está mi madre presente?

—Sí.

—Entonces, te pregunto de nuevo si puedes decirme qué fue lo que deposité debajo de tu cabeza.

—Sí.

—Espero.

Con gran sorpresa mía y vivo contento, obtuvimos la palabra “quercus”. (En latín, quercus significa encina).

Era pues, evidente, que mi padre y mi madre conocían mi secreto, pero que se proponían transmitirme la respuesta que yo solicitaba de ellos, de diversas e inesperadas maneras, para desvanecer todas mis dudas sobre una posible interpretación telepática de sus mensajes. Se ha visto, en efecto, que las tres respuestas obtenidas eran completamente diferentes de lo que yo pensaba; más exactamente: yo pensaba en una bellota, y no pensé nunca más que en una bellota.

En cuanto a mi esposa, no podía comprender nada de aquello, cosa natura, no poseyendo la clave del asunto, sin contar que, no conociendo el latín, no podía entender el significado de la palabra en este idioma que habían transmitido.

7 julio 1914.—A la 1`30 nos pusimos ante la mesa medianímica. Mi madre se manifestó en seguida. Le pregunté mentalmente si podía dictarme una palabra que me demostrase su presencia real a nuestro lado.

Con gran satisfacción mía deletreamos la palabra oak (encina, en inglés). Como se ve, las pruebas de identificación continuaban acumulándose. Obsérvese que esta vez yo había dirigido a mi madre una petición mental. Mi esposa, no sabiendo lo que yo había preguntado, e ignorando el sentido de la palabra latina que se había obtenido anteriormente, no podía explicarse la palabra que nos había sido dictada, pero yo me

guardé bien de aclararlo. Aventuró una conjetura: que con aquel término mi madre había querido aludir a su ataúd, que era de madera de encina. O me abstuve de todo comentario.

3 enero 1917.—A las 3`30, mi esposa y yo nos sentamos ante la mesa medianímica. Después de haber saludado a mi madre, le pregunté:

—Dime, mamá ¿podrías darme detalles concretos sobre lo que deposité debajo de tu cabeza, en el ataúd?

—Sí.

—Te ruego, pues, que me los des.

Fueron dictadas las letras A E N.

—¿Está bien A?

—¿Y E?

—Sí.

—¿Faltan, quizá algunas letras a la palabra?.

—Sí

—¿Cuántas letras componen la palabra?

—Cinco.

—Cuando hace un momento me transmitiste las letras a A E y N, ¿era la A la que debía ocupar el primer lugar?

—Sí.

—¿La N debe ocupar el último?

—Sí.

—¿Quieres indicarme el orden de las demás letras? Te lo ruego.

—Sí.

—¿Dónde debo colocar la E?

—En el segundo lugar.

—¿Y la R?

—Cuarto.

—¿Y la O?

—Tercero.

—¿Se trata, pues, de la palabra AEORN?

—Si,

—¿Pero estás segura de la E?

—Sí.

Haré observar, primeramente, de paso, la semejanza entre la C y la E, tanto en la escritura impresa como en la manual, en caracteres minúsculos,” c “ , “ e “ . Y ahora, haré notar que como era la primera vez que se nos transmitía la palabra exacta: acorn (bellota en inglés), el orden de las letras había sido alterado intencionadamente y, se había reemplazado la C por una E, con objeto de demostrarme la presencia de una voluntad extraña o independiente, que tenía la intención de probarme que podía oponerse a la mía, dictando lo que se le antojaba. Si se analizan todas las repuestas obtenidas, habrá que reconocer que indican de una manera admirable la presencia de una entidad espiritual propiamente dicha, que, una vez más, quería probarme que la telepatía no entraba para nada en la transmisión de estos mensajes. En cada una de las ocasiones que he expuesto, yo no podía, naturalmente, evitar pensar en la palabra Bellota, y, si se hubiese tratado de telepatía, esta palabra debió ser obtenida enseguida y siempre, mientras que, por el contrario, en todas las respuestas se observa netamente que la personalidad comunicante se esfuerza en transmitir la información pedida de un

modo siempre distinto a la idea que yo tenía presente en mi memoria. Esto es, sobre todo, evidente en las primeras comunicaciones, en las que se obtuvieron las respuestas: CREZCO LENTAMENTE, MATORRAL Y QUERCUS, palabras que no estaban, en manera alguna, en mi pensamiento, y que me sorprendieron altamente cuando me fueron transmitidas. (Págs. 162-167)

En los comentarios que acabo de reproducir, el Rdo. Tweedale hace observar muy justamente el real valor teórico de las respuestas transmitidas por la personalidad espiritual comunicante, puesto que excluyen definitivamente la hipótesis de la telepatía entre vivos para explicar el caso de que se trata. Completaré estos comentarios haciendo, a mi vez, fijar la atención sobre el gran valor teórico que en el mismo sentido reviste el primer incidente alucinatorio-verídico sucedido espontáneamente a la señora Tweedale cuando se encontraba frente al espejo, en la habitación en que había muerto su suegra, diez y ocho días antes. El valor teórico de esta visión consiste, en primer lugar, en la circunstancia de ser literalmente inexplicable por la hipótesis de la telepatía entre vivos, en tanto que, al propio tiempo, indica que la iniciativa de llevar a cabo la experiencia ideada por el Rdo. Tweedale pertenece a la personalidad comunicante, y si la iniciativa pertenece a esta última, entonces la interpretación espírita de los hechos parece inevitable. Piénsese, además, que al provocar en el médium la visión de un objeto análogo, pero no idéntico, a aquél que figuraba en la experiencia, no sólo demostró la personalidad comunicante un conocimiento de los hechos y una iniciativa personal, sino que hizo con ello un primer ensayo del ingenioso método que había imaginado para desvanecer en el espíritu del experimentador la eterna objeción de la “telepatía entre vivos”, en lo que se refiere a las manifestaciones de difuntos. En otros términos: la personalidad comunicante conocía muy bien en vida el enorme abuso que se ha hecho de dicha hipótesis, y combinó después de la muerte un sistema de “pruebas por analogía” destinadas a neutralizar sus efectos. Repito, pues, que estos nuevos sistemas de pruebas imaginados por las personalidades espirituales comunicantes (circunstancia ya por sí misma elocuente y capital), no puede menos de conducirnos rápidamente hacia el objetivo deseado, haciendo tabla rasa de toda clase de oposiciones y aportando a los círculos metapsíquicas la conciliación de todas las hipótesis legítimas, que hoy, por el contrario, los combatientes de ambos bandos se arrojan unos contra otros como armas ofensivas, siendo así que, en realidad las hipótesis de que hacen uso son igualmente legítimas e igualmente verdaderas, perfectamente conciliables entre sí, o, mejor, complementarias unas de otras. Pero esta conciliación sólo puede realizarse admitiendo primeramente la existencia y la supervivencia del alma.

-.CAPITULO XIV.-

-.RESPUESTAS A ALGUNAS OBJECIONES DE ORDEN GENERAL.-

Al llegar aquí advierto que he agotado la labor primitivamente propuesta consistente en analizar, ilustrar y comentar las once categorías de manifestaciones metapsíquicas, en las que, según el señor Sudre, los espíritas “se han atrincherado, declarando que son inexplicables por las teorías metapsíquicas”. He querido probar al señor Sudre, con hechos, que los espiritistas tenían razón de declararlas inexplicables por las teorías metapsíquicas, dejando a un lado la inexactitud de decir que se habían “atrincherado” detrás de ellas.

El análisis que acabamos de hacer, demuestra de una manera evidente y decisiva la insuficiencia e inconsistencia de las hipótesis naturales sostenidas por el señor Sudre, lo mismo que la inania completamente sofística de los argumentos que emplea a favor de su tesis. No tengo, pues, la intención de seguir refutando las objeciones de menor importancia que dirige a los defensores de la hipótesis espírita, más que nada, por la causa que ya he expuesto; es decir, porque la empresa es literalmente imposible, puesto que las objeciones de esta clase se encuentran por docenas en cada página, y también porque se trata de afirmaciones o inexactas o ilógicas.

Creo más oportuno, antes de terminar, contestar a algunas objeciones de carácter general, que, coincidiendo con el señor Sudre, los representantes de la ciencia oficial dirigen constantemente a los defensores del Espiritismo. Como se

trata de objeciones teóricamente importantes y compartidas por gran número de personas, esta obra (en la que se refutan las ideas de un autor, con el fin de refutar al mismo tiempo las ideas de otros opositores), esta obra, digo, parecería incompleta, si no recogiese las objeciones de orden general a las que aquí he hecho alusión.

Comienzo por una que a los ojos de los hombres de ciencia y de los profanos en toda ciencia, reviste gran eficacia para debilitar el valor de los argumentos formulados por los defensores de la hipótesis espírita, aún en el caso de que estén concebidas y desarrolladas con arreglo a la lógica, mientras que las de los adversarios parecen gratuitas y caprichosas. Esta objeción consiste en afirmar que los espíritas, son, en masa, una aglomeración de “místicos”, que quisieran fundar una religión basándola en los fenómenos metapsíquicas, y que, por consiguiente, sus argumentos no pesan en un círculo científico. Esta objeción, presentada en formas tan diversas como irritantes, se opone a los espíritas por todas partes, y no estamos ciertamente en el caso de tener que recurrir a los ejemplos; no obstante, deseando concretar, haré notar que, entre ellos, figura el profesor Richet, a quien sinceramente admiro y respeto. En el *Jornal of the American S. for P.R.* dice lo siguiente (septiembre 1923, página 400):

Estoy convencido de que si la Metapsíquica no ha progresado más, se ha debido a un defecto de método; se ha querido hacer de ella una ardiente religión, en lugar de una ciencia serena y modesta.

Otro biólogo angloitaliano, el doctor William Mackenzie, me dirigía a mí personalmente la misma objeción, escribiéndome: “Si los espiritistas quieren atribuir a los fenómenos metapsíquicas un contenido religioso, éstos tendrán el valor de una religión cualquiera, es decir, mucho como sentimiento, nada como ciencia”.

Pienso, pues, que es conveniente destruir esta deplorable prevención, que es consecuencia de una observación extrañamente parcial y superficial del movimiento espírita examinado en su conjunto. Si es cierto que una respetable multitud de almas sencillas dan al espiritismo un sentido religioso, ello no significa que éste sea religioso, sino que las conclusiones rigurosamente experimentales—y por tanto, científicas,—a que conducen las investigaciones medianímicas, tienen la virtud de reconfortar a gran número de personas atormentadas por la duda. Pero los opositores no debieran olvidar que por encima de esta multitud en la que prevalece el sentimiento, existe una cohorte numerosa de experimentadores duchos en los métodos científicos, verdaderos hombres de ciencia en los que prevalece la fría razón, y que examinado los hechos con el solo fin de buscar la verdad por la verdad, por lo que si han acabado por adherirse a la hipótesis espírita, en manera alguna significa esto que se hayan convertido en místicos, sino que se han convencido experimentalmente de este hecho; que esta hipótesis era la única capaz de explicar el conjunto de la fenomenología examinada. Y esto es Ciencia. Ni Myers, ni Hodgson, ni Hyslop,

ni Barret, ni la señora Verral, ni Lodge, ni Zöllner, ni Du Prel, ni Aksakoff, ni Boutleroff, ni Flammarión, ni Lombrose, ni Brofferio, ni el autor de esta obra, tenían tendencias místicas; por el contrario, casi todos profesaban convicciones positivo-materialistas. Lo que les llevó a pronunciarse definitivamente a favor de la hipótesis espírita fue la elocuencia irresistible de los hechos, y, sobre todo, la imponente comprobación de la convergencia de todas las pruebas—ánimicas y espíritas,—hacia la demostración de la existencia y supervivencia del alma. De esto se deduce que sus conclusiones son tan rigurosamente científicas como las de sus contradictores, con la diferencia, no obstante, de que estos últimos fundan sus inducciones y sus deducciones sobre grupos aislados de fenómenos y nunca sobre su totalidad, mientras que las inducciones y las deducciones de los que sostienen la hipótesis espírita están firmísimamente basadas en la totalidad de las manifestaciones medianímicas, anímicas y espíritas. Repito, pues, por la centésima vez, que la hipótesis espírita es una hipótesis científica, y que los que la discuten demuestran que aún no se han formado una idea clara de lo que pretenden discutir.

Para demostrarlo mejor, una vez más, contestaré a otra objeción formulada por el profesor Richet en el artículo que ya hemos citado (pág. 465):

No piensan (los espiritistas), que antes de adherirse a una teoría hipotética, tan frágil, de tal modo rodeada de dificultades e ilusiones, es necesario dotarla de una base sólida, constituida por hechos indiscutibles. ¿Qué se diría de un arquitecto que comenzase a pintar delicadas figuras alegóricas en la bóveda de un templo, antes de asegurarse de que el edificio tiene sólidos cimientos?

A su vez el doctor Mackenzie, en el artículo a que he aludido, insiste en estos términos: “El espiritismo tiende a explicar lo desconocido por lo desconocido”.

Contestado a estas dos críticas de la teoría espírita, observaré que cuando afirmo que el animismo es el complemento necesario del espiritualismo y que el espiritismo carecería de base sin el animismo; cuando digo esto, sostengo precisamente que para lograr la demostración científica de la hipótesis espírita, es indispensable proceder de lo conocido a lo desconocido; es decir, que se está obligado a pasar por la hilera de las causas y efectos de orden psicofisiológico, que se elevan gradualmente, se refinan y se espiritualizan, hasta hallarse en relación, sin solución de continuidad, con las manifestaciones de naturaleza esencialmente espiritual. Se trata, por último, del paso, admirablemente graduado, de causas conocidas a otras menos conocidas, pero sólidamente asentadas sobre las que las preceden, exactamente como se exige para hacer obra rigurosamente científica. No creo que haya motivo para extenderme en la enumeración detallada de estos complejos encadenamientos de causas y efectos intermediarios entre el cuerpo somático y el espíritu, puesto que la cuestión es familiar a nuestros contradictores; me limito, pues, a trazar un bosquejo esquemático y a grandes rasgos.

Por lo que se refiere al aspecto psicofisiológico de las manifestaciones anímicas, los defensores de la hipótesis espírita parten de los fenómenos de exteriorización de la motricidad (telekinesia), y de la sensibilidad, para pasar en seguida a aquéllos en que la telekinesia se complica con el fenómeno del paso de la materia a través de la materia, fenómeno que, a su vez, se une a este otro; la desintegración a distancia, el transporte en el curso de las sesiones medianímicas y la reintegración instantánea de un objeto cualquiera (aporte). En este estudio los espiritistas ponen en acción los métodos del análisis comparado, aproximando y ligando dichos fenómenos con los de ideoplastia propiamente dicha, en los que la materia somática exteriorizada del organismo del médium bajo una forma fluidica o semifluidica, se concreta en un miembro, en una cabeza, en una forma organizada, con auxilio de la voluntad subconsciente del médium, comprendiendo en esta serie todas las manifestaciones anímicas de orden análogo, no diferenciándose una de la otra más que por su gradación evolutiva y demostrando respectivamente:

1º, que la sensibilidad y motricidad humanas pueden ser separadas del sistema nervioso y muscular.

2º, que la voluntad humana subconsciente tiene el poder de desintegrar a distancia, de trasladar y de reintegrar la materia.

3º, que dicha voluntad posee también la facultad de reducir el organismo humano a la sustancia amorfa y primitiva que lo compone, para emplearla luego en reorganizar miembros humanos, rostros humanos, organismos humanos perfectos e independientes del médium, conjunto de facultades que nos inclinan a inferir, naturalmente, que el organismo humano debe ser a su vez como un producto de esas mismas fuerzas y facultades exteriorizables, dominando la materia inanimada y organizando la sustancia somática, fuerzas y facultades dirigidas por una voluntad subconsciente, de naturaleza trascendental.

Dicho en otros términos : fuerzas y facultades que nos hacen pensar lógicamente que es el espíritu quien organiza el cuerpo, y no, como afirman los representantes de la ciencia oficial, el cuerpo organizado quien engendra el espíritu. Con este motivo haré notar que la obra magistral del doctor Gelely: *De l'Inconscient au Conscient* está completamente consagrada a la demostración científica de esta verdad capital. Dice el autor citado:

La noción de la ideoplastia impuesta por los hechos es capital: la idea no es una dependencia, un producto de la materia. Por el contrario, es la idea quien modela la materia y le procura su forma y sus atributos.

Recordemos, pues, que estas primeras conclusiones, rigurosamente fundadas en hechos, y a las cuales se ha llegado siguiendo el método científico de la ascensión gradual de lo conocido a lo desconocido, bastan por sí solas para demostrar la existencia en el hombre de un espíritu independiente del cuerpo—y por lo tanto, preexistente al cuerpo y superviviente a la muerte del cuerpo,—y bastan, al mismo tiempo, para derrumbar irremediabilmente el postulado

fundamental sobre que reposa la biología moderna, según la cual el órgano del cerebro crea la función del pensamiento, mientras los hechos demuestran que es el espíritu, es decir, la función del pensamiento, quien crea los órganos.

Desde un punto de vista diferente, pero siempre bajo el aspecto psicofisiológico, los defensores de la hipótesis espírita parten de los fenómenos de exteriorización de la sensibilidad y de la motricidad, para llegar, gradualmente, a las demás manifestaciones aliadas de la formación completa de un “cuerpo flúidico” exteriorizado, idéntico al del sensitivo sometido a la experiencia, cuerpo flúidico provisto de sensibilidad y de motricidad, pero desprovisto de atributos inteligentes, puesto que reproduce, miméticamente, los movimientos del sensitivo mismo. Pasan luego a los casos, bien espontáneos, bien provocados, en los que el desdoble es al propio tiempo flúidico, sensorial y psíquico (bilocación), de modo que la personalidad consciente del sensitivo pasa al cuerpo flúidico percibiendo a distancia su propio cuerpo somático inanimado y sin vida. Al llegar a este punto, los defensores de la hipótesis espírita establecen necesariamente la conclusión de que existe en el hombre un “cuerpo flúidico” (periespíritu), que representa “el eslabón de conjunción” entre el organismo somático y el espíritu, y el cual puede separarse del organismo somático en circunstancias especiales de relajación vital (como en el síncope, en el éxtasis, en el sueño fisiológico y en el sonambúlico e hipnótico, en los casos de inhalación de cloroformo, etc), condiciones que nos inclinan lógicamente a argüir que si en el hombre existe un “cuerpo flúidico” que reviste la función de envoltura del espíritu, y que puede temporalmente alejarse del organismo somático, aun en el curso de la existencia terrestre, entonces la muerte debe consistir en la separación definitiva del organismo somático, por una parte, y del espíritu provisto de envoltura flúidica, por la otra. Estas son las conclusiones de los defensores de la hipótesis espírita, que, como se ve, van de lo conocido a lo desconocido.

Por último, desde el punto de vista puramente psíquico, los defensores de la hipótesis espírita parten de las experiencias de transmisión del pensamiento a corta distancia, para pasar a las obtenidas a distancias notables, experiencias que abren la vía a las manifestaciones telepáticas propiamente dichas, para las cuales no existen limitación en el espacio. Luego, relacionan, comparan, ligan estas manifestaciones demostrativas del poder funcional de pensamiento, con as manifestaciones complementarias de la evolución y de la espiritualización de las facultades sensoriales, desde los fenómenos de “transposición de los sentidos”, que, evolucionando gradualmente, se trasforman en fenómenos de autoscopia y de aloscopia, en las que el sensitivo percibe, macroscópica y microscópicamente, el interior de su cuerpo y el interior del de los demás. Estos fenómenos se elevan, a su vez, hasta trasformarse en la lucidez propiamente dicha, en la que el sensitivo percibe a través de todo cuerpo inanimado; estos últimos abren el camino a otros fenómenos mucho más importantes de la percepción de cosas y acontecimientos a una distancia cualquiera del sensitivo (telestesia), fenómenos

que se sublimizan y se espiritualizan, por último, hasta alcanzar las cimas de la clarividencia en el pasado y en el futuro (retroconocimiento y preconocimiento). De este maravilloso conjunto de manifestaciones anímicas deducen racionalmente los defensores de la hipótesis espírita lo que ha sido tema de las consideraciones precedentes: es decir, que todo esto demuestra que en lo más profundo de la subconciencia humana se encuentran facultades psicosenoriales de un orden elevadísimo, que son independientes de la “ley de selección natural”, y, por consiguiente, no pueden ser más que los sentidos que existen preformados, en estado latente, en la subconciencia, esperando emerger y actuar en un medio espiritual, después de la crisis de la muerte, como en el embrión existen preformados, en estado latente, los sentidos de la vida terrestre, esperando emerger y actuar en un medio terrestre, después de la crisis del nacimiento.

Todo el mundo comprenderá que las triples conclusiones a que llevan los defensores de la idea espírita, cada una de las cuales es complementaria de la otra, equivalen a una demostración rigurosamente experimental de la existencia en el hombre de un espíritu independiente del cuerpo, organizador del cuerpo y sobreviviente a la muerte del cuerpo, demostración que para ser indiscutibles no espera, más que la formación de una cuarta conclusión complementaria, que debe nacer de los fenómenos espíritas propiamente dichos.

Desde el punto de vista anímico de las manifestaciones metapsíquicas, esta es la base inquebrantable en que se apoya la teoría espírita, base que los defensores de dicha hipótesis han edificado gradualmente empleando lo conocido para explicar lo menos conocido, hasta llegar a lo desconocido, sin solución de continuidad, como prescriben los métodos de investigación científica.

No considero oportuno proceder a la enumeración de la graduación fenoménica seguida en el estudio de las manifestaciones espíritas propiamente dichas. En efecto, una vez probado que existe en el hombre un espíritu independiente del cuerpo y que sobrevive a la muerte de éste, las conclusiones obtenidas por la teoría espírita no son más que el corolario inevitable de dichas premisas. Lo esencial para la validez de toda hipótesis o teoría, como para la solidez de toda construcción material, son los cimientos, y bien se ha visto que los fundamentos son de una solidez inquebrantable, gracias a los fenómenos anímicos, de que los contradictores quisieran valerse para demostrar el error de la hipótesis espírita. Puede estar tranquilo el profesor Richet: su apólogo del arquitecto que antes de adornar con delicadas pinturas la bóveda del templo está obligado a comprobar la solidez de sus cimientos, aunque muy justo por sí mismo, nada tiene que ver con los espíritas.

CONCLUSIONES

_Al llegar al fin de esta amplia refutación de un libreo excepcionalmente parcial y superlativamente sofista, declaro haber probado con hechos que la hipótesis fundamental sostenida por el señor Sudre, la de la “prosopopeya-metagnomia”, que habría debido explicar de una manera natural todas las manifestaciones metapsíquicas de efectos inteligentes, es absolutamente inferior a su misión en todas las categorías de manifestaciones medianímicas. En cuanto a la hipótesis complementarias imaginadas por el autor para hacer frente a las manifestaciones que traspasan los límites de la hipótesis aludida, (es decir, aquella por la que afirma la existencia de un “fantasma telepático”, o “doble”, que se separaría del cuerpo somático en la crisis de la muerte “para conservar una vida independiente de la de su creador, o más bien, para unirse a otros vivos durante cierto tiempo”, lo mismo que la otra por la que se admite la existencia de “memorias que sobreviven y que no son evidentemente del “psicológico muerto”, pero que tampoco son personalidades vivas”); en cuanto a estas hipótesis, se ha visto que solamente demostraban de una manera elocuentísima qué esfuerzos mentales desesperados ha tenido que hacer el autor para librarse de la invasión, para él, concesiones peligrosísimas hechas a los espiritas, puesto que ellas hacen franquear la frontera de la muerte marcando un primer paso irrevocable en los dominios del espiritismo., al admitir lo que constituye la base fundamental de la tesis espírita. Esto, naturalmente, entrañaba para el señor Sudre una situación insostenible, destinada a derrumbarse como un castillo de naipes al primer choque de la realidad. Y la realidad era los hechos demoliendo desde los cimientos el edificio construido por el autor, porque demostraban, en efecto, que el “cuerpo somático”, lejos de sobrevivir durante el corto tiempo que el señor Sudre le concedía para mayor comodidad de su teoría, sobrevivía y se manifestaba inteligentemente hasta un siglo después de la muerte del “cuerpo somático”. Y no es esto todo, porque en vez de permanecer inerte en el mismo lugar, como debía ocurrir a un “cuerpo somático”, inconsciente, que tiene necesidad, para adquirir conciencia, de entrar en relación con un sensitivo, el “fantasma plástico” se muestra muy capaz de manifestarse inteligentemente a una distancia cualquiera del punto en que desencarnó. La otra hipótesis complementaria, la de la supervivencia de memorias integrales, pero impersonales e inconscientes, en las que el médium tomaría los datos necesarios para personificar los difuntos y el “meter dentro” a su prójimo, era a su vez contradicha por los hechos. Estos demostraban que las personalidades espirituales no eran personificaciones subconscientes, puesto que sabían predisponer y combinar completamente fuera de toda relación con los médiums, entre una y otra sesión medianímica.

De esto se desprende que la obra del señor Sudre, que presentaba el gran inconveniente de no haberse propuesto la investigación de la Verdad por la Verdad, ha hallado la suerte que merecía, al caer hecha pedazos al primer choque sufrido contra la realidad de los hechos. Añadiré que si el señor Sudre fuese de contrario parecer, en tal caso, debe encontrar una explicación natural de

todos los hechos que acabo de relatar, y no elegir algunos cuidadosamente de entre los que más o menos se prestan a “ejercicios” sofisticos. Por otra parte, me reservo la misión de agravar su tarea, ya tan ruda, ofreciéndole en ocasión oportuna, algunos centenares de casos diligentemente ordenados, clasificados y comentados en un grueso volumen que tengo en preparación.

Después de haber analizado su obra no creo inútil ocuparme de la mentalidad del autor, que merece ser atentamente observada. Es indiscutible el talento del señor Sudre, pero es “un sofista nato”. Pasa y repasa junto a la Verdad sin percibirla; va y viene en torno suyo, y la evita con cuidado; choca con ella, por casualidad, y la rechaza con repugnancia, rasgos característicos que distinguen al “sofista nato” del “sofista ocasional”. Todos los hombres de ciencia, todos los pensadores tienen en su haber sofismas y paralogismos pero nada más que en una proporción normal y accidental; es un accidente psicológico inevitable. En el señor Sudre, el sofisma es la regla, que casi no sufre excepciones. Nació sofista, y lo es, a tal punto, que cuando alguien le señala sus sofismas, no contesta, por la sencilla razón de que no le es posible, pero continúa, imperturbable empleándolos, llegando al colmo de no darse cuenta de la posición insostenible, casi ridícula, en que su actitud irracional le coloca. De otra circunstancia inexplicable puede también deducirse que es un “sofista nato”: el que en modo alguno se preocupe de aplicar a sus investigaciones los procedimientos científicos del análisis comparado y de la convergencia de las pruebas. Para combatir la hipótesis espírita le basta que un caso negativo caiga bajo sus ojos para prevalerse de él en beneficio de sus fines, sin parar mientes en los numerosos casos afirmativos que contradicen y neutralizan el incidente por él explotado con tanta ligereza. Y no termina aquí la cosa, sino que se diría que ni siquiera comprende la necesidad, la utilidad de los métodos de investigación científica indicados, puesto que no se preocupa de los hechos ni aun cuando te son conocidos. En tales condiciones, siendo la mentalidad del señor Sudre la de un sofista de nacimiento, y estando combinada con un temperamento demasiado inclinado al prejuicio, le hace inepto para la tarea de investigar con provecho las manifestaciones metapsíquicas. Su talento es de un género muy distinto; dedicándose al periodismo, a la literatura o al teatro, podrá cosechar laureles, pero en los dominios de la Metapsíquica no hará más que entorpecer la labor de los demás, desorientar la investigación y retardar el advenimiento de la Verdad.

FIN